TERTULIANO

EL APOLOGETICO

Versión y notas
P. Gérmán Prado, Benedictino de Silos

Serie
Los Santos Padres
N.º 6

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-211
D.L.: Gr. 2.5001-2004
Impreso en España
Printed in Spain

AL LECTOR

No debiera necesitar presentación ni un luminar de primera magnitud, como es Quinto Septimio Florencio Tertuliano, ni su obra cumbre, su celebrado incomparable APOLOGÉTICO, *el libro clásico de apología o defensa de la fe y vida cristianas.*

Tertuliano nació en Cartago entre 150 y 160, de familia gentil, y fue su padre centurión en la armada preconsular. Tras de una juventud disipada y hasta licenciosa, según propia confesión, oyó la voz de Dios, que le llamaba a la fe y al bautismo (¿año 195?).

Un lustro después, el ya notable jurisconsulto fue ordenado presbítero, si hemos de creer a San Jerónimo, aunque autores modernos, aun católicos, niegan haya sido jamás sacerdote.

Varón generoso pero extremoso, debió de tener algún roce con el clero romano, lo que le ocasionó el precipitarse en el Montanismo, secta ultraespiritual, muy adaptada al temperamento del insigne africano rigorista con tendencias al iluminismo.

Anduvo fluctuando desde el 206; pero en 213 estaba ya separado de la Iglesia y empeñado en una lucha tenaz contra los psíquicos, *que así llamaba a los católicos, cuando los de su secta eran los espirituales, los* pneumáticos, *una mentalidad, según ellos, mucho más fina y elevada.*

Los escritos que de Tertuliano se conservan son al menos treinta y uno. Sábese de otros siete, hoy perdidos.

De esos treinta y un libros, catorce pertenecen al primer período, en el que Tertuliano era plenamente católico, contando en ese número el APOLOGÉTICO, *compuesto hacia fines de 197.*

En el período semimontanista disminuye su vena literaria, secándose casi del todo en el período montanista de su agitado vivir. Desde 222 hasta 250, cerca del cual debió morir, poco o nada escribió.

Pero el APOLOGÉTICO, *con ser obra de juventud, es su obra maestra. Dirígela a los magistrados,* Antístites *y también a los gobernado-*

res de provincias, formando el más formidable alegato contra el paganismo romano, obstinado en perseguir ciega y sañudamente a los cristianos y su nombre mismo. El dialéctico, el jurista, el cristiano eslabona y traba de tal manera los argumentos, que acorralado el enemigo en todos sus reductos se ve precisado a deponer su actitud, tan absurda como injusta, y a devolver la paz y libertad a los seguidores de Cristo, como en efecto sucedió.

Tertuliano ha sido generalmente admirado, no obstante sus desvaríos heréticos, a los que le predisponía su temperamento recio y derechero.

"Dame el maestro", da magistrum, *decía de él San Cipriano, su asiduo fervoroso lector. Más tarde, Vicente Lirinense, hacia 434, escribe que Tertuliano "ha de ser considerado como el príncipe de nuestros autores latinos". Era de los autores más leídos y citados por Bossuet.*

Los escritos de Tertuliano suponen una cultura tan vasta y tienen tal nervio, tal vida, sobre todo el APOLOGÉTICO, *que, con ser ya viejos, parecen del día. Diríase que Papini y otros modernos de Tertuliano imitaron ese vigor y fuerte pincelada que los caracteriza. Hay fuego y alta tensión, hay sal y pimienta. Libros del siglo III, interesan y cautivan cual si fuesen de palpitante actualidad.*

Y con todo eso, leer al gran africano es tarea difícil, a veces desesperante. La frase breve, dura, asonantada; el sentido que da a ciertas palabras, como invidia, *hace que con frecuencia se escurra el concepto cual se escurre la anguila cuando más apretadamente se la tiene asida.*

Vamos a seguirle en su APOLOGÉTICO, *su obra cumbre; a seguirle lo más de cerca posible, reflejando hasta el ritmo de la frase latina, de la frase suya, rápida, fulminante, contundente, que, cual golpe certero de hacha bien afilada, raja por mitad la argumentación del contrincante y fuérzale a rendirse abrumado, humillado, vencido. Tertuliano será mal moralista: no tenía para ello el equilibrio necesario; es, en cambio, formidable dialéctico y jurista, lo precisado para escribir un libro de* apología, *de defensa.*

Por ese motivo lanzamos hoy una nueva versión de este libro incomparable. Ya en 1644 fray Pedro Manero, obispo que fue de Tarazona, había publicado la suya, luego reeditada en tiempos distintos. Pero al recorrer sus páginas nos convencemos de que otra cosa se precisa en nuestros días, algo que se ciña más al autor, que dé

todo y solo *su pensamiento, que refleje, a ser posible, la música de su estilo, el ritmo, la cadencia misma de la frase latina. A todo eso ha de aspirar el traductor para no ser traidor. Y todo ello es posible al habla castellana, tan noble, tan sonora, tan dúctil, tan latina. Y los modernos estudios tertulianistas obligan también a más de lo que obligados estaban en pasadas centurias.*

Tiene Tertuliano expresiones gráficas, logradas, axiomáticas, paradójicas a veces a lo Chésterton. "Certum est, quia impossibile", dice una vez en el libro de la Carne de Cristo. Y dice también " Caro salutis cardo": la carne es el quicio de la salvación. Del que bien se confiesa dice: "Dum accusat excussat." Y por este mismo estilo otras mil expresiones, que han adquirido categoría de principios, razón por la cual, o las daremos traducidas en mayúscula versalita, o también reproducidas en su texto original siempre que su brevedad lo permitiere, pues la mayoría de nuestros lectores no podrá haber a la mano el texto latino, y por otra parte semejantes joyas literarias deben guardarse en el tesoro de la memoria.

Como la división del libro en partes y en capítulos no es del autor mismo, y como por otra parte dista de ser siempre acertada y científica, señalaremos, sí, los capítulos conforme a la Patrología de Migne; pero introduciremos títulos y subtítulos que faciliten el seguimiento lógico del tratado conforme a un análisis más delgado y coherente de toda la trama de esta robusta apología del cristianismo, modelo perfecto para el verdadero apologista de todos los tiempos.

I. INTRODUCCION

(Capítulos I-III)

I. TESIS GENERAL.–Son injustas e ilegítimas las medidas de excepción contra los cristianos.

1. Es inicuo y absurdo condenar una causa sin antes instruirla, odiar lo ignorado, lo intencionadamente ignorado.

(Cap. I.) Gobernadores del Imperio Romano, que presidís, para hacer justicia, en lugar descubierto y elevado, casi en lo más alto de la ciudad de *Roma* (el Capitolio): Si no podéis examinar a la faz del mundo entero y sopesar a vista de todos la causa de los cristianos para dilucidarla; si sólo en este asunto vuestra autoridad teme o se avergüenza de inquirir en público con diligente justicia; si finalmente, como acaba de suceder, el odio a nuestra "secta" [1], demasiado entretenida en juicios caseros, obstruye el camino a la defensa, déjese a la verdad llegar a vuestros oídos, siquiera sea por la oculta vía de un silencioso escrito. No pide ella favor alguno para su causa porque tampoco se asombra de su condición. Sabe que procede como peregrina en la tierra, que se halla entre extraños, los que fácilmente se tornan enemigos, y que, por lo demás, en los cielos tiene su familia, su mansión, su esperanza, su crédito y su dignidad. Entretanto UNA SOLA COSA PIDE: QUE NO SE LE CONDENE SIN SER CONOCIDA: UNUM GESTIT INTERDUM, NE IGNORATA DAMNETUR [2].

---

1. Emplea Tertuliano la palabra misma que los paganos usaban para designar a la comunidad cristiana, única perseguida entre todas las sectas.
2. Eso sigue pidiendo la Iglesia de sus enemigos: que se enteren primero de su doctrina, de su historia, de su vida, y la condenen luego, y persigan, y supriman, si su conciencia recta y bien informada lo consiente. No es mucho pedir. Pero ni eso se le suele conceder.

¿Qué tienen que perder las leyes imperantes en su propio reino si se la deja oír? ¿Podrá gloriarse más su poderío por el simple hecho de que condenen la verdad oída? Mas si la condenan sin oírla, amén de lo odioso de la injusticia, se atraerán la sospecha de un prejuicio, pues rehusan oír algo que no podrían condenar una vez oído.

He aquí el primer agravio que ante vosotros formulamos: la injusticia del odio contra el nombre cristiano. El título que parece excusar tamaña iniquidad es precisamente el que la agrava y la prueba, a saber, la ignorancia.

Porque, ¿qué cosa más inicua que el amar los hombres lo que desconocen, aun cuando la cosa mereciese odio? Entonces lo merece cuando se conoce que lo merece. No habiendo noticia del mérito, ¿por dónde se defiende lo justo del odio, lo que no ha de probarse por un hecho, sino por la conciencia?

Mas cuando los hombres odian porque ignoran qué cosa sea lo que odian, ¿por qué no ha lícitamente de existir aquello que no deben odiar?

Así, pues, censuramos entrambas cosas: QUE DESCONOCEN LO MISMO QUE ODIAN Y QUE INJUSTAMENTE ODIAN CUANDO IGNORAN. Prueba de ignorancia es la que condena a la injusticia cuando la excusa; cuando todos los que hasta aquí odiaban, porque ignoraban cuál era lo que odiaban, cesan de odiar al tiempo mismo en que cesan de ignorar. De ellos se hacen algunos cristianos cuando llegan a enterarse, comenzando a detestar lo que fueron y a profesar lo que odiaron, y son tantos cuantos notáis que somos.

Se vocifera que la sociedad *(civitas)* está sitiada por cristianos en el campo, en los poblados fortificados, en las islas; duélense como de una pérdida de que personas de todo sexo, edad, condición y dignidad pasen al nombre cristiano. Mas con todo, no levantan el ánimo a pensar que hay por dentro algún bien latente, no pueden *(non licet)* sospechar en algo más recto, no quieren *(non libet)* cerciorarse desde más cerca. ¡Sólo aquí se muestra perezosa la humana curiosidad! AMAN EL IGNORAR, así como otros se alegran de conocer.

¡Con cuánta mayor razón hubiera reprendido Anarcasis [3] a estos imprudentes que juzgan de los prudentes, como reprende a los que sin

---

3. Filósofo escita, que vino a Atenas y trató con Solón. Cuéntanse del mismo muy finas ocurrencias.

ser letrados [4] juzgan de los letrados! PREFIEREN NO CONOCER PORQUE YA ODIAN, por lo cual prejuzgan que lo que ignoran es tal que, si lo conociesen, no podrían odiarlo. Pues de no descubrirse algún motivo de odio merecido, lo mejor, ciertamente, es dejar de odiar sin causa. Mas si consta del mérito no sólo no disminuye el odio, sino que se acrecienta más y perservera, invocando incluso la autoridad de la justicia.

Pero dícese: "Una cosa no es buena precisamente porque convierta a muchos. Porque, en efecto, ¡cuántos se forman para el mal, cuántos tránsfugas se inclinan a lo perverso!".

¿Quién lo negará? Mas lo que verdaderamente es malo ni los mismos a quienes arrastra osan defenderlo como bien. TODO LO MALO ENVUÉLVELO NATURALEZA BAJO EL TEMOR O EL PUDOR. Después de todo, los maleantes tratan de ocultarse, niegan cuando se les acusa y ni siquiera por la tortura confiesan fácilmente y siempre; cierto, al ser condenados se entristecen, revuelven en sus adentros los ímpetus de la mala conciencia achacándolos al hado o a los astros, no queriendo que sea suyo lo que reconocen como malo.

Los cristianos, empero, no son nada de esto: ninguno se avergüenza, ninguno se arrepiente si no es, naturalmente, de no haberlo sido antes. Si es denunciado, a gala lo tiene; si es acusado, no se defiende: si es interrogado, él mismo confiesa su fe; si es condenado, da gracias [5].

¿Qué linaje de mal es ese, que no tiene los caracteres naturales del mal, ni temor, ni vergüenza, ni tergiversación, ni pesar, ni lloro? ¿Qué mal es ese, del que el reo se alegra, cuya acusación es deseada, cuya pena es una felicidad?

No puedes llamar *demencia* lo que tú estás convencido de ignorar.

2. Es inicuo y absurdo perseguir el mero nombre de "cristiano", sin decir ni indagar lo que ese nombre pudiera contener de criminal. Célebre y peregrino edicto de Trajano.

(Cap. II.) Si finalmente es cierto que nosotros somos los grandes criminales, ¿por qué somos tratados por vosotros mismos de modo

---

4. Músicos dice el original, o sea, que frecuenta las musas; así, *amoúsicos* significaba hombre inculto, sin trato con las musas.

5. *Deo gratias* solían responder los cristianos al oír su sentencia de muerte. Vese en muchas pasiones martiriales, pero especialmente en los mártires escilitanos (Africa).

distinto que nuestros semejantes, o sea, los demás criminales, pues idéntico crimen debe recibir idéntico tratamiento?

Cuando otros son acusados de los delitos de que se nos acusa pueden ellos por su propia boca, o bien llamando a un asalariado, defender su inocencia. Déjase amplia facultad de responder y de disputar, no siendo por ningún concepto permitido el condenar a los indefensos y a los no oídos.

¡Y sólo a los cristianos no se les permite hablar para decir lo que sincere su causa y defienda la verdad y no haga injusto al juez! Sino que sólo se espera lo necesario al odio público: la confesión del nombre (cristiano), no el examen del crimen, siendo así que cuando practicáis indagación acerca de algún malhechor, no os contentáis, para al punto sentenciar, con que se reconozca culpable de homicidio o de sacrilegio, o de incesto, o de hostilidad al Estado –por no hablar sino de las imputaciones contra nosotros lanzadas–, sino que luego le exigís las circunstancias del hecho, el número, el lugar, el tiempo, los testigos, los cómplices.

Con nosotros nada de esto, cuando en justicia convendría arrancarnos la confesión de los crímenes que falsamente nos echan en cara: de cuántos niños degollados ha gustado ya; cuántos incestos ha cometido al amparo de las tinieblas; qué cocineros, qué perros asistieron. ¡Oh, cuánta sería la gloria del gobernador si descubriese alguno que se hubiese ya tragado cien niños!

Pero nos encontramos con que aún está prohibido el informar en contra nuestra. En efecto, Plinio II, cuando gobernaba la provincia (de Bitinia, en Asia menor), tras haber condenado a ciertos cristianos y haber privado a otros de su posición, asustado por su muchedumbre, consultó entonces al emperador Trajano sobre qué había de hacer en adelante, alegando que, aparte de la obstinación en no sacrificar, ninguna otra cosa había descubierto en sus misterios sino que celebraban reuniones antes de apuntar la luz para CANTAR A CRISTO COMO A DIOS y para afianzar la disciplina que prohibe el homicidio, el adulterio, el fraude, la perfidia y demás crímenes.

Trajano entonces respondió que a los tales no se les debía buscar, pero a los presentados al tribunal convenía castigarlos. ¡Oh sentencia por necesidad ilógica! Niega se busquen como inocentes *(innocentes)* y manda se castiguen como dañinos *(nocentes)*. Perdona y se ensaña; cierra los ojos y castiga. ¿Por qué, *oh censor,* te envuelves a ti mismo con una censura? Si condenas, ¿por qué no inquieres también? Si no

inquieres, ¿por qué también no absuelves? Para seguir la pista a los ladrones, asignado hay en cada provincia un puesto *(statio)* militar; contra los reos de lesa majestad y de lesa sociedad todo hombres es soldado, extendiéndose la inquisición a los cómplices y confidentes.

Sólo al cristiano no es lícito examinarle, buscarle, y en cambio puédesele denunciar, cual si la busca tuviese objeto distinto que la denuncia. Condenáis, pues, al denunciado, siendo así que nadie quiso fuera denunciado. ¡Pero que si merece pena no es por ser culpable, sino por haber sido hallado el mismo que no debía ser buscado! [6].

Pero, además, no os tratáis tampoco según las formas del procedimiento judicial, pues cuando los otros acusados niegan, les aplicáis el tormento a fin de que declaren, y a los cristianos sólo a fin de que nieguen *ser tales*. Pero si fuese malo *el ser cristiano*, nosotros mismos lo negaríamos, y vosotros, con la tortura, empujaríais a confesarlo. Y no por eso creeríais vosotros inútil el indagar con preguntas los crímenes de los cristianos, dándoos la confesión del nombre cristiano certeza de que los tales crímenes fueron cometidos, porque vosotros mismos, hoy, si un homicida confiesa, aunque sepáis lo que es el homicidio, le arrancáis el modo de cometerlo. Y ¿hay algo más perverso que, siendo para vosotros ya una presunción de nuestros crímenes la mera confesión del nombre *cristiano*, nos forcéis con el tormento a apartarnos de esa confesión para que negando el nombre neguemos también, a la par, los crímenes de los que habíais sospechado por la confesión del nombre?

Pero llego a pensar que no queréis que perezcamos, aun cuando nos creéis los peores *de los hombres*. Porque así soléis decir al homicida: "¡Niega!". Y mandáis despedazar al sacrílego si persiste en confesar. Si no obráis así con los criminales *(nocentes)* es que nos juzgáis inocentísimos, puesto que no queréis que, a fuer de inocentísimos, perseveremos en esa confesión, lo que sabéis debe ser por vosotros condenada por necesidad, no ya en justicia. Grita cualquier hombre: "¡Cristiano soy!". Dice lo que es; tú quieres oír lo que no es. Magistrados que arrancáis la verdad, ¡de nosotros sólo os esforzáis por oír la mentira!". "Soy –dice– lo que buscas si soy. ¿Por qué me atormentas contra toda justicia? ¡Confieso y me atormentas! ¿Qué harías si negase?". Cierto que cuando otros niegan no les prestáis fácilmente crédi-

---

6. Verdaderamente que semejante lógica no es para acreditar a ningún juez, a ningún legislador ni gobernante, aunque sea *romano*.

to; mas a nosotros, si negamos, al punto nos creéis. Mirad como sospechosa tamaña perversión *de la justicia,* no sea que se oculte algún oculto poder que de vosotros se sirva para juzgar contra los procedimientos, contra la naturaleza de los juicios y aun contra las mismas leyes. Porque, si no me equivoco, las leyes mandan descubrir a los malos, no esconderlos; prescriben condenar a los confesos, no absorlverlos. Esto es lo que definen los *senatus consultos,* esto los mandatos de los príncipes, esto el Imperio del que sois ministros. Civil es vuestra dominación, no tiránica. Porque entre tiranos estílanse las torturas como castigo; entre vosotros sólo sirven para la investigación. Guardadles vuestra ley hasta que confiesen, y si le adelanta la confesión, excusada es la tortura. Es preciso la sentencia: el criminal debe cargar con su pena; no se le ha de eximir de ella.

Finalmente no hay juez que procure absolverle no siendo lícito querer esto, por lo que nadie es forzado a negar. Al cristiano le tienes por reo de todos los crímenes: por enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres y de la naturaleza entera, y ¡obligasle a negar, a fin de absolverle, pues no podrías absolverle si no negase!

Faltas contra las leyes queriendo que niegue ser culpable para hacerle inocente, y eso ya contra su voluntad y no siendo reo por el pasado. ¿De dónde tal perversidad, que ni siquiera discurráis se debe dar más fe a quien espontáneamente confiesa que a quien por la fuerza niega?, o bien que penséis es de temer que forzado a negar no niegue sinceramente y que una vez absuelto, tan pronto como haya salido del tribunal, se ría de vuestro odio, vuelto a ser cristiano.

Ya pues que en todo nos tratáis distintamente que a los demás criminales; ya que únicamente os empeñáis en que dejemos el nombre cristiano –y somos de él excluidos si hacemos lo que hacen los no cristianos–, podéis entender que no se trata aquí de un CRIMEN, sino de un NOMBRE, nombre perseguido por una labor de odio que no tiene sino un fin: que no quieran los hombres saber como cierto lo que saben de cierto que desconocen.

Por eso creen de nosotros lo que no prueban y no quieren inquirir, a fin de que no se pruebe cómo no hay tales cosas, temiendo se demuestre lo contrario de lo que ellos quieren creer para poder condenar ese nombre, que estiman ser malo, como enemigo de esa campaña de odio no ya probando los crímenes, sino presumiéndolos y tras de una simple confesión. Por eso se nos tortura cuando lo confesamos, se

nos castiga cuando en ello perseveramos, se nos deja libres cuando lo negamos, porque es guerra de nombre: NOMINIS POELIUM EST.

Y en fin, cuando leéis en la tablilla *la sentencia* "Fulano de Tal es cristiano", ¿por qué no decís que es también homicida? Si un cristiano es homicida, ¿por qué no es incestuoso o cualquier otra cosa que creéis somos? Sólo tratándose de nosotros os avergonzáis o no decís los nombres de crímenes semejantes. ¡Nefastísimo el nombre de cristiano, que no es reo de crimen alguno, cuyo solo crimen es el del nombre!

3. Injusticia de las acusaciones fundadas en la ignorancia del crimen.

(Cap. III.) ¿Qué más? Muchos la atacan a lo ciego y con saña, no acertando a dar testimonio alguno favorable, sin mezclar en ello algún reproche a semejante nombre: "Buena persona es Cayo Seyo, sólo que es cristiano." Y otro dice: "Me pasmo de que Lucio, siendo hombre sensato, se haya de repente hecho cristiano." Nadie recapacita diciendo: "¿No será bueno Cayo y prudente Lucio por ser cristianos?" O: "Por eso es cristiano: por ser prudente y bueno." Alaban lo que conocen, vituperan lo que ignoran e inficionan lo que conocen con aquello que ignoran, cuando sería más justo prejuzgar lo oculto basándose en lo manifiesto, que no condenar de antemano lo manifiesto estribando en lo desconocido.

Otros atacan precisamente lo que alaban en los que antes de tener este nombre conocieron vagabundos, viles, mal notados; con la ceguera del odio salen a su defensa. "Esa mujer, ¡qué libre era, qué alegre! Este joven, ¡qué lascivo, qué tenorio! ¡Pues helos ahí cristianos!". Y así este nombre les es imputado como un crimen. Hay quienes sacrifican a este odio sus intereses, contentos de no tener en casa lo que aborrecían. La esposa, ya casta, es repudiada por el marido, libre ya de celos; el hijo, ya sumiso, es desheredado por el padre, que antes aguantaba sus desórdenes; el esclavo, ya fiel, es alejado de los ojos del dueño, que antes se mostraba sufrido. El bien que de ello resulta no pondera tanto como el odio a los cristianos.

Ahora bien: si lo que se odia es el nombre, ¿qué culpa tienen los nombres? ¿De qué se puede acusar a los vocablos sino de que o suena a bárbaro la voz de algún nombre, o a mal augurio, o a maldición, o a impureza? El nombre cristiano, empero, en cuanto a su etimología

derívase de UNCIÓN. Aun cuando vosotros malamente lo pronunciáis diciendo crestiano, que ni siquiera tenéis exacta noticia de este nombre, compuesto de suavidad y de bondad [7]. Odiase, pues, en hombres inofensivos un nombre inofensivo.

Mas diráse: "Es la secta la que se odia en el nombre, que es ciertamente el de su Autor." ¿Qué de nuevo tiene si una doctrina da a sus seguidores un sobrenombre tomado de su maestro? ¿Los filósofos no se llaman, por causa de sus fundadores, platónicos, epicúreos, pitagóricos, o, por los lugares de sus reuniones y su estancia, estoicos, académicos? ¿Y los médicos no reciben el nombre de Erasístrato, y los gramáticos de Aristarco, y los cocineros de Apicio?

Y, sin embargo, nadie se ofende de que éstos lleven un nombre transmitido por su maestro con su doctrina. Sin duda, el que pruebe que una secta es mala y, por tanto, malo también su fundador, ése probará que también el nombre es digno de odio a causa de la culpabilidad de la secta y del autor. Y, por tanto, antes de odiar el nombre convenía conocer a la secta por su autor o a su autor por la secta.

Pero en el caso descuídase el inquirir acerca de entrambas cosas y el conocerlas y se detiene al nombre, se persigue el nombre, y una nueva palabra basta para condenar de antemano a una secta desconocida, y a su autor desconocido, por llevar tal nombre, no por ser convencidos.

III. PREMUNCION

(Capítulo IV)

a) Se dice contra nosotros: "La ley es ley." Pero si la ley es injusta, debe abrogarse. No sería el primer caso en Roma.

(Cap. IV.) Y ya que en esta como introducción voy afeando la injusticia del odio público contra nosotros, me enfrentaré ahora para defender la causa de nuestra inocencia, no ya sólo refutando lo que se nos imputa, sino devolviendo los reproches contra los que nos los lanzan, a fin de que por ahí también sepan todos que no se hallan en nosotros, cristianos, esos crímenes de que saben adolecen ellos mismos, y también para que se avergüencen de acusar no digo como pésimos a óptimos, sino, como ellos quieren, a iguales suyos.

---

7. Cristiano, de Cristo, que significa ungido con el suave óleo o unción regia y sacerdotal. *Jrestos* significa bueno; *jrestotes*, benignidad.

Responderemos a cada una de las cosas que se dice cometemos en oculto y lo que se nos ve cometer en público, y por lo cual se nos tiene ya por criminales, ya por vanos, ya por dignos de castigo o de irrisión.

Mas como para todo tiene salida nuestra verdad, al fin se le obstruye el paso con la autoridad de las leyes, diciendo que "nada cabe decir después de haber hablado las leyes", o bien que, "queramos o no, la necesidad de obedecer está sobre la verdad", voy por de pronto a discutir con vosotros acerca de las leyes como con tutores de las mismas leyes.

Y en primer lugar, ¡cuán duramente sentenciáis al decir "No os está permitido existir: NON LICET ESSE VOS!". Y esto lo prescribís sin consideración alguna humanitaria, haciendo profesión de violencia y de inicua tiranía desde las alturas del Poder [8], pues negáis ser lícita una cosa porque así os viene en gana, no porque deba no ser lícita.

Mas si no queréis que una cosa sea lícita porque no debe serlo, sin duda no ha de permitirse lo que es malo, pudiendo también de ahí prejuzgar como permitido lo bueno. Si se halló ser bueno lo que tu ley prohibió, ¿no es cierto que, según ese principio, no puede prohibírseme lo que en derecho se me prohibiría si fuese malo? Si tu ley yerra, paréceme que ha sido concebida por un hombre y que no ha llovido del cielo. ¿Os extrañáis de que un hombre o pudiera errar al establecer una ley o que le pese y la repudie? ¿No fueron enmendadas por los lacedemonios las leyes del mismo Licurgo, lo cual afligió tanto a su autor que se hizo a sí mismo justicia dejándose morir de hambre en un rincón? ¿Y vosotros también a diario, mirando a la luz de la experiencia las tinieblas de la antigüedad, no podáis y cortáis toda aquella vieja y marchita selva de leyes con la nueva seguridad de los rescriptos y edictos de los príncipes?

Las vanísimas leyes Papias [9], que fuerzan a tener hijos antes del tiempo fijado para el matrimonio por la ley Julia, a pesar de tanta autoridad como su antigüedad le daba, ¿no fueron ayer eliminadas por Severo, el más constante de los príncipes? [10]

---

8. *Ex arce*, expresión consagrada para designar el Capitolio; la Acrópolis decían los griegos.

9. La lex Papia Poppaea, como la lex Julia, estimulaban al matrimonio y a la familia numerosa; pero poco consiguieron, verificándose aquello de Horacio: "¿Qué son las leyes sin las costumbres? Letra muerta."

10. *Vere pertinax, vere severus*, dice de él su biógrafo. En un principio defendió a los cristianos contra el populacho; después les persiguió.

Y existieron también leyes permitiendo a los acreedores cortar en partes a los antes juzgados como insolventes; mas por público acuerdo fue después raída tamaña crueldad, quedando conmutada en vergonzosa pena de infamia, prefiriéndose emplear el embargo de los bienes a derramar la sangre de un hombre.

Y ¡cuántas leyes os quedan aún por expurgar, a las que no basta para recomendar ni el número de años, ni la dignidad de sus autores, sino sola su equidad! Y he ahí por qué cuando se las reconoce injustas merecidamente se las condena, aunque ellas mismas condenen.

b) La legislación contra los cristianos es injusta y aun absurda.

Mas, ¿por qué las llamo "injustas" y aun las llamo "insensatas" si castigan un mero nombre? Si son actos lo que condenan, ¿por qué castigan nuestros actos por causa del mero nombre cuando en otros persiguen crímenes probados por el hecho, no por el nombre?

Soy incestuoso. ¿Por qué no indagan? Soy infanticida. ¿Por qué no me arrancan la confesión? Cometo algo contra los dioses, contra los Césares. ¿Por qué no se me oye, pues tengo algo que purgar? Ninguna ley prohibe examinar lo que se prohibe cometer, porque ni el juez castiga justamente si primero no conoce se ha cometido lo ilícito, ni el ciudadano puede fielmente obedecer a la ley ignorando lo que la ley castiga.

Ninguna ley debe tener conciencia para sí sola de ser justa, sino también para aquellos que deben acatarla. Por lo demás, sospechosa es la ley que no quiere ser examinada; tiránica es si se impone sin examen.

c) Prueba de que esas leyes son absurdas y que jamás se practicaron sino por los malos emperadores. Discusión jurídica que desemboca en argumento histórico inesperado.

(Cap. V.) Y volviendo a tratar algo acerca del origen de tales leyes, existía un viejo decreto de que ningún dios fuese consagrado por ningún emperador [11] sin haber sido antes aprobado por el Senado. Ya sabe M. Emilio lo que con su dios Alburno [12] le pasó. Y favorece

---

11. *Imperator* se llamaba en un principio al jefe de las tropas.
12. Ese dios Alburno debía ser un dios de los Galos, dominados por M. Emilio o también Metelo, cónsul por los años de 115 antes de Jesucristo.

a nuestra causa el que entre vosotros el arbitrio humano sea el que decide acerca de la divinidad. Si al hombre no le place un dios no será dios; el hombre habrá de mostrarse propicio con dios.

Y así Tiberio, en cuyo tiempo el nombre cristiano penetró en el mundo, expuso al Senado, según informes a él remitidos de Siria Palestina, hechos que habían allí revelado la verdad sobre la divinidad de Cristo, apoyándolo con su propio sufragio. Mas el Senado, no aprobándolos por su parte, lo rechazó. El César persistió en su sentir, amenazando con muerte a los acusadores de cristianos. Consultad vuestros anales: allí encontraréis que Nerón fue el primero en perseguir ferozmente *(ferocisse)* con la espada cesariana a esta secta, que acababa de nacer en Roma. Pero es glorioso para nosotros el que haya sido él quien primero nos condenase. Quien le conoce puede comprender que Nerón no pudo condenar sino un bien grande.

También Domiciano, un semi-Nerón por su crueldad, lo intentó; mas, como era también hombre, represó en seguida lo comenzado. y aun llamó a los que había desterrado. Tales fueron siempre nuestros perseguidores, injustos, impíos, torpes, a quienes vosotros mismos acostumbráis a condenar y soléis llamar a los que ellos condenaron.

Pero entre tantos príncipes como desde entonces hasta hoy les siguieron, y que tuvieron sentido de lo divino y de lo humano, citad un solo perseguidor de los cristianos.

Nosotros, por el contrario, aducimos un protector de cristianos si se quiere buscar la carta de Marco Aurelio [13], gravísimo emperador, en la que testifica que la cruel sed sufrida por el ejército en Germania fue ahuyentada quizá por las oraciones de los soldados cristianos, que impetraron la lluvia [14]. Y si no revocó expresamente el edicto de persecución, sí neutralizó públicamente sus efectos de otra manera amenazando a sus acusadores con la pena, y cierto una pena más acerba.

Pues, ¿qué clase de leyes son éstas que no ejecutan contra nosotros sino los impíos, los injustos, los torpes, los crueles, los vanos, los

---

13. Muéstrase demasiado benévolo con Marco Aurelio, el cual seguía persiguiendo a los cristianos en el año 174, arreciando incluso la persecución en sus últimos días, siendo víctimas Santa Felicidad, San Justino, Santa Cecilia, los mártires de Lyón y otros.

14. Alude a la XII legión, llamada *Fulminata*, nombre que llevaba antes del año 65. Dion Casio atribuye esa lluvia a las mágicas artes de Arnufis; Capitolino, a las oraciones de Marco Aurelio a los dioses.

dementes?; que Trajano eludió en parte, prohibiendo buscar a los cristianos; que ninguno de los Adrianos nos aplicó, aunque explorador de todas las curiosidades; que ningún Vespasiano nos aplicó tampoco, aunque debelador de los judíos; nunca un Antonino Pío, nunca un Vero. Y cierto, era natural que los pésimos por los óptimos debieran ser descuajados a fuer de émulos, más bien que por sus propios camaradas.

d) Además, los romanos han venido renunciando a no pocas de sus instituciones.

(Cap. VI.) Quisiera ahora que estos religiosísimos protectores y cultivadores de las leyes y de las patrias instituciones me respondan acerca de su fidelidad, de su respeto, de su obediencia a los *senatus-consultos* de los mayores, si de ninguno de ellos se apartaron, si de ninguno se salieron, si no olvidaron precisamente lo más necesario y apto para mantener la disciplina.

¿Dónde se fueron aquellas leyes que reprimían el lujo y el boato [15] que mandaban no gastar más de cien ases por una cena, ni servir más de una gallina, aunque no estuviese gorda; esas leyes que excluyeron del Senado a cierto patricio por haber poseído diez libras de plata, cual si ello fuese prueba palmaria de su ambición; que hacían demoler teatros levantados para corromper las costumbres; que no dejaban se usurpasen contra derecho e impunemente las insignias [16] de dignidades y de noble nacimiento?

Porque yo estoy viendo cenas que pueden llamarse *centenarias* por costar cien sextercios y que la plata de las minas viene a convertirse en platos no ya entre senadores, sino entre libertos o entre gentes en cuyas carnes se rompen los látigos. Veo también que no basta un solo teatro y descubierto, pues, a fin de que ni en invierno la impúdica voluptuosidad sintiese frío, los lacedemonios fueron los primeros en inventar para los juegos la odiosa pénula (el pesado manto) [17].

---

15. *Illae leges*: esas leyes son ciertas leyes suntuarias represivas del lujo, tales como la *lex Orchia*, la *lex Fania*, la *lex Licinia*, las que, en detalle, limitaban los gastos aun en los banquetes de boda.
16. Insignias eran el zapato rojo senatorial, el *clavus* o banda, a modo de actual estola; la *trabea*, vestido exterior y corto; el anillo de oro y la *bulla* o bola de oro.
17. La pénula era una especie de chilaba contra la lluvia. Era pesada y en ella tiene origen la actual casulla litúrgica.

Veo también que entre matronas y prostitutas no hay ya diferencia alguna en el vestir.

Cayeron también en desuso aquellos preceptos de los mayores referentes a las mujeres que protegían la modestia y la sobriedad, pues ninguna conocía el oro, salvo en el único dedo en que el esposo había puesto el anillo nupcial a modo de prenda; y las mujeres absteníanse también del vino, hasta el punto de hacer morir de hambre a cierta matrona sus parientes por haber abierto las cámaras de una bodega. Y en tiempo de Rómulo, por haber gustado vino, una mujer fue impunemente muerta por su marido. Por eso también habían de abrazar a sus parientes para que se las pudiera juzgar por el aliento [18].

¿Dónde está aquella felicidad de los matrimonios, fruto de las buenas costumbres, merced a la cual, desde hace ya casi seiscientos años desde la fundación de Roma, ni una sola casa escribió un repudio?

Mas ahora, por causa del oro, no hay en las mujeres ni un miembro ágil; por causa del vino no hay ningún beso franco y el repudio es lo que se desea como fruto del matrimonio.

Y vosotros mismos también, tan obsequiosos como sois, habéis hecho trizas los sabios decretos de vuestros padres acerca de vuestros mismos dioses. Al padre Líber (Baco) [19] con sus misterios le eliminaron los cónsules con la autoridad del Senado, y no sólo de la ciudad (de Roma), sino de toda Italia. Serapis e Isis y Harpócrates con su cinocéfalo (cabeza de perro) fueron alejados del Capitolio, o sea, expulsados de la asamblea de los dioses por los cónsules Pisón y Gabinio, los que ciertamente no eran cristianos, y llegaron aún a execrar sus aras, cohibiendo por ahí los vicios de esas infames y vanas supersticiones. Y habiéndolos vosotros revocado del destierro, ¡les habéis conferido la suprema majestad!

¿Dónde está la religión, dónde la veneración que a los antepasados debéis? Por vuestro vestir, por vuestro vivir, por vuestro pensar, finalmente por vuestro mismo hablar, habéis renegado de vuestros abuelos. Alabáis siempre a los antiguos, pero vivís a la moda del día. Por donde se comprueba que mientras os apartáis de las buenas nor-

---

18. Mandólo ya Catón, y esa mujer de que habla Tertuliano era la de Egnacio Meceno. A otra semejante alude Fabio Pictor en sus anales, según refiere Plinio.

19. Líber y Líbera eran dioses itálicos de la fertilidad de la vid y del campo; confundiéronlos un día con el griego Baco o Dionisos y con Cora o Proserpina, raptada por Plutón.

mas de vuestros mayores retenéis y conserváis tan sólo lo que no debisteis, no guardando lo que debisteis.

Quedaos algo, que parece legado por vuestros padres y que fidelísimamente parecéis todavía guardar, acusando sobre todo a los cristianos de no observarlo. Hablo del celo por el culto de los dioses, acerca de lo cual mucho erró la antigüedad. Mas aunque hayáis reconstruído los altares de Serapis [20], ya romano; aunque inmoléis vuestros furores a Baco, ya itálico, os mostraré en su lugar que esta misma tradición se ve igualmente despreciada, descuidada, destruída por vosotros a despecho de la autoridad de los mayores.

Y ahora voy a responder a aquella inculpación de ocultos crímenes, a fin de desembarazarme el paso para discutir los crímenes más notorios.

---

20. Serapis u Osiris era el marido de Isis. Horo o Harpocrates y Anubis eran hijos de aquéllos. Anubis, por ser representado con cabeza de perro o chacal, era llamado Cinocéfalo. Estas divinidades, bien que egipcias, eran ya adoradas en Italia en el siglo II. A profusión vense todos ellos en los monumentos funerarios del antiguo Egipto.

PRIMERA PARTE

(Capítulos VII-IX)

Crímenes secretos imputados a los cristianos.–Se les imputa infanticidios e incestos.–Refutación general.

(Cap. VII.) Dícese que somos grandes criminales por motivo del misterio de infanticidio y de comernos en seguida al niño muerto, y de incestos tras del banquete, por perros [21] que echan abajo las luces, a guisa de alcahuetes de tinieblas, procuran la desvergüenza de esos impíos placeres.

Pero o bien demostrarlo si lo creéis o no lo creáis si no queréis demostrarlo. Vuestro mismo disimulo prueba no existir lo que ni vosotros mismos osáis demostrar. Es un oficio muy distinto el que al verdugo imponéis para con los cristianos, debiéndoles forzar no a que digan lo que hacen, sino a que nieguen lo que son.

Esta doctrina está ya registrada en el censo desde Tiberio. Con el odio a sí empezó la verdad a ser enemiga tan pronto como apareció. Tantos enemigos cuantos extraños, y cierto los primeros pro envidia fueron los judíos, por causa de atropellos los soldados y por naturaleza nuestros propios familiares. A diario se nos asedia, a diario se nos traiciona y más que en nada se nos cohibe en nuestras reuniones, en nuestras asambleas.

¿Quién jamás ha llegado a punto de oír los vagidos de ese niño (inmolado) de que se habla? ¿Quién ha podido jamás conservar, para mostrarlos al juez, esos labios tintos en sangre, como se hallaron los de los Cíclopes y de las Sirenas? ¿Quién ha sorprendido en sus esposas ni el menor rastro de inmundicia? ¿Quién habiendo descubierto crímenes como éstos los ocultó primero y vendió su secreto, arras-

---

21. A estos perros atados al candelabro alude también en su "Apología" Minucio Félix.

trando a los hombres mismos *ante el juez*? Si siempre estamos ocultos, ¿cuándo, pues, han salido a la luz los desmanes que cometemos? Y aún más: ¿quiénes pudieron revelarlos? De seguro no los propios culpables, siendo norma de todos los misterios la imposición de un inviolable silencio [22]. Los misterios de Samotracia y de Eleusis se guardan en el secreto; ¿pero cuánto más aquellos cuya revelación provocaría la odiosidad humana en espera de la venganza divina?

Luego, si los cristianos no son traidores de sí mismos, síguese que sus traicionadores son extraños. Y ¿de dónde les viene a extraños el conocimiento, cuando aun las piadosas iniciaciones (en los misterios) rechazan a los profanos y evitan testigos, como no se diga que los impíos temen menos. La naturaleza de la fama de todos es conocida. Vuestro es el dicho:

"Fama malum, quo non aliud velocius ullum."
"La fama es el más veloz de todos los males."
(Virgilio: "Eneida", IV, 174.)

¿Por qué es un mal la fama? ¿Por qué es veloz? ¿Porque todo lo revela o por ser muy mentirosa? Ya que ni aun cuando algo verdadero trae está sin vicio de mentira, quitando, añadiendo, mudando algo de la verdad. Pues, ¿qué? Es de tal condición que no persevera sino cuando se miente y en tanto vive en cuanto no prueba lo que dice, ya que desde que probó, cesa de ser y, como quien ha cumplido con su oficio de anunciar, entrega la cosa y desde entonces es algo que se retiene, algo que cuenta.

Y nadie dice, por ejemplo: "Esto se dice ha pasado en Roma" o "Es fama que a Fulano le ha cabido en suerte el gobierno de tal provincia", sino "Fulano ha *alcanzado* el gobierno de tal provincia" y "Eso ha pasado en Roma".

La fama, nombre de lo incierto, no ha lugar donde está lo cierto. Pero, ¿quién da crédito a la fama sino el irreflexivo? El que es cuerdo

---

22. Misterio (de *muo*, cerrar la boca) son cultos del silencio, cultos secretos, a los que se admite sólo a los iniciados, no a los profanos. Los más célebres en Grecia fueron los de Dionisos Zagreo; los Eleusinos, en honor de Demeter, y los de la isla de Samotracia, en honor de los Cabiros, cf. cap. 11. Tratábase en ellos de asimilarse la vida del dios y queríase suplir a la insuficiencia de la moral con estas prácticas misteriosas, muchas de ellas abominables y nefandas.

no cree lo incierto. Todos pueden apreciarla, cualquiera que sea la amplitud de su difusión, cualquiera que sea la aseveración sobre la cual está cimentada, cómo algunas veces dimana de un solo autor, necesitando deslizarse desde allí por los arcaduces de las lenguas y de los oídos.

Y así el vicio inherente a esta diminuta semilla va de tal modo disimulado por el vocerío de los rumores, que a nadie se le ocurre pensar si aquella primera boca no sembró mentira, lo que con frecuencia sucede ya por el ingenio propio de la envidia, ya por la temeridad de la sospecha o bien por el ingénito placer que algunos sienten al mentir. Aunque felizmente el tiempo todo lo revela, siéndome también de ello testigos vuestros proverbios y máximas y habiéndolo así dispuesto la naturaleza misma, pues de tal modo ordenó las cosas que nada se oculta mucho tiempo, aun de lo que la fama no llegó a divulgar.

Con razón, pues, desde tanto tiempo sola la fama es sabedora de los crímenes de los cristianos. Aducís como juez en contra nuestra a la que un día tales patrañas lanzó y por tanto espacio de tiempo fue acreditándolas, bien que sin poderlas probar hasta la fecha.

REFUTACION PARTICULAR

(Capítulos VIII-IX)

a) Esas monstruosas acusaciones son inverosímiles. Apela a la naturaleza.

Para apelar al testimonio de la naturaleza contra aquellos que presumen han de creerse semejantes cosas, aquí proponemos la recompensa de tales desmanes, la vida eterna que prometen. Creed entre tanto. Pregunto a este propósito: Tú que lo crees, ¿piensas que vale la pena llegar a la vida eterna con esa *manchada* conciencia? Ven, hunde el hierro en el infante, de nadie enemigo, de nadie reo, de todos hijo. O bien, si este oficio incumbe a otro, vete tú siquiera a ver a ese hombre que muere antes de haber comenzado a vivir: aguarda a que huya esa alma nueva, recoge la joven sangre, con ella empapa tu pan y cómetelo con ganas.

Mientras a tal mesa estás sentado, cuenta los puestos: el de la madre, el de la hermana; nótalos cuidadosamente para que al caer las caninas tinieblas no yerres, ¡porque te harás culpable de sacrilegio si no cometes incesto!

Iniciado y consignado en tales misterios, vives para siempre. Deseo respondas si tanto como eso vale la eternidad, o si no lo vale, no se ha de creer en nada de eso. Y aunque creyeses, afirmo que no lo quieres; y aunque lo quisieres, afirmo que no lo puedes. Mas, ¿por qué otros lo podrían si no lo podríais vosotros? ¿por qué no lo podríais, cuando otros lo pueden? Diríase que somos de otra naturaleza, como de la de los cynópenos o de los sciápodos [23]. ¡Será distinta la disposición de nuestros dientes o tendremos conformados los nervios para la pasión incestuosa!

---

23. Quizás habría que leer cinocéfalo, esa clase de hombres monstruosos con cara de perro de que habla Plinio como existentes en la India. Los *sciápodos* llámanse tales, según Plinio, por cuanto se protegen con los pies de los calores del sol poniéndose boca arriba.

Tú, que tal crees de un hombre, puedes también otro tanto: hombre eres también, lo mismo que el cristiano. Tú, que eres incapaz de cometerlo, no debes creerlo, porque también el cristiano es hombre, y tanto como tú.

Pero se sugiere esto a los ignorantes y se les impone. No sabían, en efecto, que tales cosas se afirmaban de los cristianos. Debían, por tanto, observarse a sí mismos e investigar con todo cuidado.

Mas paréceme que los que quieren iniciarse acostumbran acudir primero a aquel "Pater sacrorum" [24] que preside los sagrados *misterios* para con él fijar los preparativos. Este entonces dice: "Necesitas un niño tierno aún, que todavía no sepa lo que es el morir, que sonría bajo tu cuchillo; necesitas también pan para empapar el chorro de sangre; además, candeleros y lámparas y algunos perros y bocados de carne que les hagan brincar y derribar las luces. Ante todo, habrás de venir con tu madre y con tu hermana."

¿Y qué si no pueden venir o si ni una ni otra tiene? ¿Qué harán los cristianos que son únicos en su familia? ¿No será, opino yo, legítimo cristiano sino el hermano o el hijo? Ahora bien, ¿qué será si tales preparativos se hacen sin enterarse los neófitos? Pero ciertamente después los conocen y los aguantan cerrando los ojos. Temen ser castigados los que si lo proclaman merecerán ser de vosotros defendidos, aunque ellos preferirán morir antes que vivir con esa conciencia.

Pero sea: teman éstos; mas, ¿por qué también perseveran? Es obvio que no querrías ser más lo que no hubieras sido antes, de haberlo de antemano conocido.

b) Retuerce la acusación, lanzándola contra el acusador. "No somos nosotros, sino vosotros, los infanticidas y los incestuosos."

(Cap. IX.) Para mejor refutaros, voy a demostrar que sois vosotros los que perpetráis tales crímenes, parte en público, parte en secreto, siendo ésta quizás la razón de que lo hayáis creído de nosotros.

---

24. Alude a los misterios de Mitra, dios persa, muy en boga en Roma, adonde fue traído por los legionarios imperiales. Era el *padre de las cosas sagradas*, o sea, de los misterios mitríacos.

En Africa eran inmolados niños a Saturno [25] y en público hasta el proconsulado de Tiberio, quien hizo exponer a los sacerdotes mismos de ese dios en los árboles mismos de su templo, los que encubrían sus crímenes con su sombra, como a tantas cruces votivas [26]. Testigo de ello es mi propio padre, quien, como soldado, ejecutó la orden del procónsul [27].

Pero aun hoy día persevera en secreto este sagrado crimen. No son únicamente los cristianos los que os desprecian, ni hay crimen que quede para siempre desarraigado, ni hay dios alguno que cambie sus costumbres. Saturno, que no perdonó a sus propios hijos, perseveró también en no perdonar a los extraños a quienes sus parientes le ofrecían, cumpliendo de grado algún voto, y acariciando a sus hijos para que no fuesen inmolados mientras lloraban [28]. Y sin embargo, mucho difiere el homicidio del parricidio.

Entre los galos se segaba para Mercurio a mayores de edad. Relego a los teatros las fábulas de Diana en Táurida [29]. Ved: en esta religiosísima ciudad de los piadosos descendientes de Eneas hay un cierto Júpiter que en sus juegos es rociado con sangre humana. Pero decís: "Es sangre de un bestiario." Esto opino (?): es menos que sangre de hombre. O ¿no será todavía algo más vergonzoso por ser sangre de un mal hombre? Lo cierto es que se derrama a consecuencia de un homicidio. ¡Oh! Y ¡qué cristiano es ese Júpiter e hijo único de su padre por su crueldad!

Mas como el infanticidio es siempre infanticidio, poco importa sea cometido en un rito sacro o por simple capricho, salva, sin embargo, la diferencia que constituye el parricidio; diríjome ahora al pueblo: ¡Cuántos de esos hombres que nos rodean y que suspiran por

---

25. Trátase del dios fenicio Baal Aman, adorado en Cartago, confundido después con el Saturno romano. Era el Moloc de los tirios, al que eran esenciales los sacrificios humanos. Hecatombes de niños se le inmolaban, tañéndose mientras tanto la flauta y otros instrumentos que ahogasen los ayes de las desgraciadas víctimas ante las madres, que contemplaban impasibles espectáculo tan macabro.

26. Rodeábanse con frecuencia los templos con espesa arboleda, que les daba más aire de misterio y ocultaba las abominaciones en ellos cometidas. A esos árboles sagrados se suspendían los ex votos o anatemas.

27. El testimonio de Tertuliano no puede ser más fehaciente, pues reproduce el de su propio padre, que era centurión proconsular, según dice San Jerónimo.

28. Era de mal augurio llorar a la víctima. *Ne flebilis hostia immoletur*, decía Minucio Félix.

29. En Táurida (Grecia) se sacrifica a esta diosa a los náufragos extranjeros.

sangre de cristianos; cuántos aun de esos gobernadores, para vosotros justísimos, para nosotros severísimos! ¿Queréis que pulse sus conciencias diciéndoles que matan a los hijos que acaban de nacerles?

Y a la verdad existe todavía una diferencia en cuanto al género de muerte, siendo ciertamente más cruel el ahogar, o el exponer al frío, o al hambre, o a los perros, pues el morir por el hierro sería preferido en la mayor edad.

A nosotros, en cambio, una vez que el homicidio nos está prohibido, tampoco nos es lícito matar al infante concebido en el seno materno, cuando todavía la sangre va pasando al ser humano *desde la madre*. HOMICIDII FESTINATIO PROHIBERE NASCI. Es un homicidio anticipado impedir el nacer [30], sin que importe se quite la vida luego de nacer o que se destruya al que nace. HOMO EST ET QUI EST FUTURUS: hombre es también el que ha de serlo, así como todo el fruto está ya en la simiente.

Y volviendo a esa comida de sangre y a esa clase de trágicos platos, leed dónde se halla relatado –creo que en Heródoto– que ciertas gentes, al contraer pacto, se han procurado sangre y la han gustado haciéndola fluir de los brazos de entrambas partes contratantes. No sé si también bajo Catilina se probó sangre de parecido modo. Dícese que en ciertas naciones de Escitas el difunto es comido por los suyos.

Mucho me alejo. Hoy mismo, aquí, la sangre salida del muslo abierto y recogida en la palma de la mano se da a beber a los consagrados a Belona para señalarlos. Y más: ¿dónde están *sino entre vosotros* los que, al combatir los gladiadores malvados en la arena *del circo*, han bebido con avidez, para curarse del morbo comicial, la sangre caliente de los criminales estrangulados que corría de su cuello? Más todavía: ¿quiénes son los que se comen la carne de las fieras que salen muertas de la arena, los que se abalanzan al jabalí y clavan el diente en el ciervo? ¿El que limpió a ese que al luchar se quedó teñido de sangre *humana*? ¿Ese jabalí que se lamió la sangre del hombre a quien había matado en la lucha? ¿Ese ciervo que se tumbó sobre la sangre del gladiador *muerto*? ¡Búscanse aún los miembros de los osos que todavía no han digerido la carne humana! ¡Eructa, pues, un hombre la carne comida de otro hombre!

---

30. No se puede declamar más clara y categóricamente contra el aborto procurado, aún el *aborto científico* (!) que, en realidad, es bárbaro homicidio de un menor e inocente, condenado para siempre por no recibir el bautismo.

Los que esto coméis, ¡cuántos distáis de los convites de los cristianos! Y los que, por monstruosa compasión, apetecen los miembros humanos, ¿serán menos culpables por devorarlos vivos? ¿No son también por medio de sangre humana consagrados a la impureza, porque lamen lo que ha de ser sangre? Cierto que no se comen niños, pero sí púberes.

Ruborícese vuestro error ante los cristianos, los que en nuestros suculentos banquetes ni siquiera admitimos sangre de animales [31] y por esto mismo nos abstenemos de comer animales ahogados o muertos, para no contaminarnos con sangre alguna, aun de la que quedó dentro de las carnes.

Uno de los medios que empleáis también para someter a prueba a los cristianos es presentarles unas botas llenas de sangre, convencidos de que eso les está vedado y de que es un medio de hacerles salir del recto camino. Así, pues, ¿cómo podéis creer que quienes se horrorizan de la sangre de un animal, lo cual ya admitís; cómo pensáis que han de estar ávidos de sangre humana, a menos que vosotros mismos no hayáis quizás experimentado ser más dulce?

Era, pues, preciso emplear también esa sangre para probar a los cristianos, lo mismo que el fuego *del sacrificio* o que el cofrecillo *del incienso*. Serían, en efecto, convencidos, tanto apeteciendo la sangre humana como rehusando sacrificar; habría, por el contrario, que negar su culpabilidad si no lo gustaban, como lo hacéis cuando no sacrifican [32]. Y ciertamente no os faltaría sangre humana al oír a los presos y al condenarlos.

Y siguiendo: ¿quién más incestuoso que aquellos a quienes el mismo Júpiter enseñó a serlo? Refiere Ctesias que los persas se mezclaban con sus madres. También los macedonios son sospechosos, pues al oír por vez primera la tragedia de Edipo hízoles reír el dolor *del rey*, y gritaban: "*Ela une eis ten metéra*" [33].

---

31. Siguiendo todavía en esto el precepto de la ley mosaica, que continuó en esto observándose varios siglos.

32. Muchas son las variantes latinas de este paso oscuro.

33. Quédese en griego la frase por negarse a toda versión la limpia lengua castellana. Es una desvergonzada provocación al incesto. Alude Tertuliano a la tragedia *Edipo Rey*, de Sófocles. Busca Edipo al criminal que se ha mezclado con su madre, Yocasta, atrayendo con ello males sin cuento a la ciudad de Tebas. Un día descubre ser él mismo el culpable del incesto. Dolorido entonces y avergonzado, arráncase los ojos y se destierra a sí mismo, guiado por su hija Antígona. Pero los corrompidos macedonios no entendían de tales delicadezas ni comprendían la trágica situación de Edipo y por eso se reían en el teatro.

Recapacitad ahora cuán fáciles son las equivocaciones que llevan a cometer incestos cuando la pasividad de la lujuria supedita ocasiones.

En primer lugar exponéis vuestros hijos, para que los recoja la piedad extraña de algún transeúnte, o bien los emancipáis, a fin de que sean adoptados por padres mejores. Es irremediable que con el tiempo se borre el recuerdo de su familia, para ellos ajena; y tan pronto como el error hubiere arraigado, se producirá ya la ocasión del incesto, extendiéndose la familia con el crimen: *serpente genere cum scelere*.

Por fin, por doquier, en todo lugar, en casa, de viaje, allende los mares, la pasión os acompaña y los saltos que por doquier da pueden fácilmente, casi sin quererlo, haceros procrear aun de un pariente, de suerte que esos niños diseminados, por las relaciones que entre los hombre se traban, caen sobre sus autores sin que lo reconozcan, ignorando un incestuoso parentesco.

Nosotros, en cambio, tenemos garantías contra tal eventualidad por el seto de una diligentísima y vigilantísima castidad y estamos al abrigo tanto del estupro y de todo exceso después del matrimonio como lo estamos de la caída en el incesto. Y aun alguno de nosotros, mucho más seguros, alejan todo peligro de este error por una continencia virginal, viejos y jóvenes [34].

Si consideraseis que semejantes crímenes entre vosotros se dan, veríais, por lo mismo, que no están entre los cristianos. Los mismos ojos os hubieran dictado lo uno como lo otro. Pero fácilmente coexisten dos especies de ceguera para no ver lo que es y creer ver lo que no es. Es lo que iré demostrando. Hablaré ya de lo que es público.

---

34. El propio Tertuliano nos dejó un libro titulado "De la exhortación a la castidad".

SEGUNDA PARTE

Actos públicos de los cristianos.–Dos actos se imputan a los cristianos: a) No honráis a los dioses. b) No ofrecéis sacrificios por los emperadores. Sois, por tanto, 'sacrilegii rei" y "majestatis rei".

I. EL SACRILEGIO

(Capítulos X-XXVIII)

A. NO HONRAIS A LOS DIOSES.–No cometemos sacrilegio por no adorar a vuestros dioses, pues no son dioses.

a) Prueba histórica referente a Saturno, el patriarca de los dioses.

(Cap. X.) "No honráis a los dioses, nos decís, y no ofrecéis sacrificios por los emperadores."

Síguese únicamente que nosotros no sacrificamos por otros, por la misma razón que nos impide sacrificar por nosotros mismos, y que no adoramos a los dioses ni una sola vez.

Por eso se nos persigue como a culpables de sacrilegio [35] y de lesa majestad. He ahí el punto capital de nuestra causa, o más bien, esa es toda nuestra causa; y ciertamente merecería ser por nosotros profundizada si no nos juzgase la prevención o la injusticia, pues la una no se ocupa de la verdad y la otra la rechaza.

Dejamos de honrar a vuestros dioses desde el momento que reconocemos no ser tales. Y así, lo que debéis exigir es que probemos cómo no son dioses y, por tanto, no se han de reverenciar, porque sólo se les debiera adorar si fuesen dioses. Entonces habían de ser castiga-

35. Con la palabra *sacrilegium* parece traducir Tertuliano la voz griega *azeótes*, pues a los cristianos se les tildaba de ateos por cuanto no adoraban a los dioses imperiales. Era su principal crimen.

dos los cristianos si no adorasen a los que creyesen no existen, constando, sin embargo, que son dioses [36].

Pero vosotros nos decís: "Dioses son."

Apelamos, sí, apelamos de vosotros mismos a vuestra conciencia; ella nos juzgue, ella nos condene si es capaz de negar que todos estos dioses vuestros fueron hombres. Mas si ella también lo niega será confundida ya por los documentos de la antigüedad, de donde le viene el conocer a los dioses, dando de ello testimonio hasta hoy, ya por las ciudades en que los dioses nacieron, ya por los países en donde dejaron huella de algunas hazañas y aun en los que se demuestra están sepultados.

¿Queréis vaya pasando revista a cada uno de vuestros dioses, tantos y tan diversos, dioses nuevos, viejos, bárbaros, griegos, romanos, adoptivos, propios, comunes, varones, hembras, rústicos, urbanos, marinos, militares? Ocioso fuera enumerar aun sus nombres. Pero lo resumiré en compendio, y esto no para dároslo a conocer, sino para que lo recordéis, pues sin duda lo habéis olvidado.

Entre vosotros no hay otro dios anterior a Saturno. A él remonta el origen *(census)* de todo cuanto hay de mejor y más conocido en punto a divinidades. Por tanto, lo que fuere establecido acerca del autor de vuestros dioses se aplicará igualmente a su progenie.

Saturno, pues, si me refiero a lo dicho en los documentos escritos, no es mencionado sino como un simple hombre ni por Diodoro el Griego, ni por Thalo, ni por Casio Severo, ni por Cornelio Nepote, ni por autor alguno de cuantos han tratado de antigüedades religiosas.

Si acudo a las pruebas de los hechos históricos deducidos, en parte alguna hallo datos más seguros que en la misma Italia, en donde Saturno, tras numerosas expediciones y una estancia en Atica, se estableció y fue recibido por Jano [37] o, como prefieren los salios, por Ianis.

El monte que él había habitado llamábase monte Saturnio y la ciudad cuyo emplazamiento él señaló se titula Saturnia hasta la fecha;

---

36. Que los dioses imperiales fueron hombres idealizados por los poetas y por el pueblo decíalo ya Evemero de Mesina trescientos años antes de Jesucristo. Es el inventor del evemerismo o interpretación de los mitos.

37. Jano era el primer dios patrio de los romanos, por lo cual le invocaban siempre el primero. Era la puerta *ianua;* el paso cubierto, *ianus;* el primer mes *ianuarius*, enero. Era Jano *bifrons*, pues tenía dos caras, vuelta una al oriente y otra al occidente.

finalmente, toda Italia, tras del nombre Enetria [38], llevaba el de Saturnia. De él provienen las tablillas *de escribir* y la moneda sellada con imagen, razón por la cual preside al erario.

Mas si Saturno es un hombre, ciertamente viene de hombre, y si de hombre, ciertamente no del cielo, sino de la tierra. Mas siendo sus padres desconocidos, fácilmente pudo decirse hijo de los que todos también podemos parecer que somos hijos. Porque, ¿quién no llamaría al cielo y a la tierra padre y madre en muestra de veneración y de honor o bien por conformarse con la humana costumbre que nos mueve a decir de los desconocidos y de los que de improviso aparecen que han caído del cielo?

Ahora bien, como Saturno apareció de repente, empezó por doquier a llamársele celeste, pues el vulgo llama también hijos de la tierra a los de origen desconocido. Y no diré que entonces las gentes llevasen una vida tan ruda que la aparición de cualquier hombre desconocido les impresionase por su aspecto como divino, cuando hoy mismo, aunque civilizados, consagran como dioses a quienes, pocos días antes, con público luto habían confesado muertos.

Y baste ya de Saturno, aunque sea poco lo dicho. Ahora demostraremos también cómo Júpiter es hombre y cómo procede de hombre; y luego, que todo el enjambre de dioses de su familia salidos es tan mortal como semejantes a su simiente.

b) Demostración lógica. Esos dioses menores no tienen razón de ser, existiendo un Dios supremo, que vosotros también admitís.

(Cap. XI.) Mas como no osáis negar que esos dioses fueron hombres, os habéis puesto a aseverar que después de su muerte fueron hechos dioses. Examinemos, pues, las causas que han obligado a tal apoteosis.

Y primeramente es preciso concedáis existe un Dios supremo [39] y como propietario de la divinidad que de hombres haya hecho dioses, porque ni ellos mismos hubieran podido arrogarse la divinidad, que no tenían, ni pudiera prestarla a los que de ella carecían sino quien en propiedad la poseía.

---

38. Los enetrios habitaban al sur de Italia, en la Lucania.

39. Comprobaba ya Atenágoras que todas las creencias convergían invenciblemente en el monoteísmo. No hay más que un *manceps* = *manu capiens* de la divinidad; todos los demás seres son *mancipia*, propiedad de ese dios grande y único verdadero.

De lo contrario, si nadie hubiese habido para hacerlos dioses, en vano pretendéis que fueron hechos dioses suprimiendo a su autor. Porque es muy cierto que si ellos hubieran podido hacerse a sí mismos nunca hubieran sido hombres, poseyendo en sí el poder de más noble condición.

Por donde, si hay quien haga dioses, torno al examen de las razones que tenía de trocar hombres en dioses; mas no hallo ni una sola, a menos que hubiera menester de siervos y de ayudas para cumplir sus divinas funciones aquel gran Dios.

Pero, lo primero, resulta indigno eso de que hubiera necesitado el concurso de alguien, y menos de un muerto, habiendo sido más decoroso para El el haber desde el principio creado algún dios en previsión de que podría necesitar él ayuda de un muerto. Mas ni siquiera veo haya lugar a tal ayuda, porque todo el cuerpo del mundo ni ha nacido ni ha sido hecho, según Pitágoras, o bien ha nacido y ha sido hecho, según Platón, siendo cierto que después de formado se encuentra dispuesto y provisto de lo necesario, como gobernado por las normas de una sabia inteligencia. No pudo ser imperfecto quien a todo dio perfección.

No esperaba en modo alguno a Saturno y a la casta Saturnia. Bien simples serán los hombres si no se persuaden de que desde el principio cayeron lluvias del cielo, y brillaron astros, y resplandecieron luces, y mugieron truenos, y que el mismo Júpiter [40] temió los rayos que vosotros en su mano ponéis, como también que todos los frutos brotaron de la tierra antes que Líber (Baco), y Ceres, y Minerava [41], y aun antes del primer hombre, pues nada de cuanto está destinado a conservar y sustentar al hombre pudo ser después de él introducido.

Finalmente no se dice que tales dioses crearon, sino que descubrieron estas cosas, a la vida necesarias. Mas lo que se encuentra es que preexistía; y lo que ya existía no se atribuye a quien lo halló, sino a quien lo creó, por existir antes de ser descubierto.

Por lo demás, si Líber (Baco) es dios por haber dado a conocer la vid, mal se han portado con Lúculo, que fue el primero en divulgar en

---

40. Júpiter nació en Creta. Era el Jovis, Diovis, Diuspipiter (padre del cielo), el Zeus Dieus de los griegos, hijo de Saturno (Cronos) y de Cibeles.

41. Ceres, Demeter entre los griegos, era la diosa de la tierra, *Terra Mater*, y de la agricultura. Minera era la diosa de la inteligencia y fue identificada con Palas Athenea, la que dio a los griegos el olivo.

Italia la cereza del Ponto, sin que por ello le hayan divinizado como autor de un nuevo fruto, aun cuando lo halló y lo dio a conocer.

Por donde sí desde el principio el universo se sostiene, provisto de lo necesario y definitivamente ordenado que pueda cumplir sus funciones, no hay en ello motivo alguno para asociar la humanidad a la divinidad, pues los empleos *(stationes)* y los poderes que habéis distribuido a vuestros dioses existieron desde un principio, aunque no hubiese creado esos dioses.

Pero acudís a otro motivo, respondiendo que la colación de la Divinidad tuvo por razón el premiar los méritos. Mas aquí supongo nos concedéis que ese Dios hacedor de dioses se distingue sobre todo por su justicia, no habiendo dispensado premio tan grande ni al azar, ni indigna ni pródigamente.

Pues voy a pasar revista a los méritos para ver si son tales que bastaran a encumbrarlos hasta el cielo y no más bien a sumirlos en el fondo del Tártaro, que vosotros con muchos *(cum multis)*, cuando queréis *(cum vultis)*, afirmáis la cárcel de las penas infernales. Y allí suelen ser encerrados los no buenos con sus padres, los incestuosos contra sus hermanas, los adúlteros con casadas, los raptores de vírgenes y corruptores de niños, y los que cometen crueldades, y los asesinos, y los ladrones, y los que engañan, y cualesquiera semejantes a uno de vuestros dioses, ya que no podréis probar que ninguno se halla exento de crimen o de vicio, como no neguéis que era hombre.

Pero además de que no podéis negar que ellos fueron hombres, súmanse estas notas, que no permiten creer que después se hicieron dioses. Porque si vosotros presidís vuestros tribunales para castigar a los que se les parecen; si todos los hombres de bien huís el tratar, el hablar y la compañía de los malos e infames, y si, por otra parte, el Dios supremo ha asociado a su majestad semejantes a sí, ¿por qué, pues, condenáis a aquellos cuyos colegas adoráis?

Afrenta para el cielo es vuestra justicia. Haced dioses a todos los mayores criminales, a fin de agradar a vuestros dioses. Honor para ellos es la apoteosis de sus iguales.

Pero olvidando lo expuesto acerca de sus indignidades, supongamos los haya honrados, íntegros y buenos. Mas, ¡a cuántos hombres habéis dejado en los infiernos que valían más que ellos! ¡A un Sócrates, por la sabiduría; a un Arístides, por la justicia; a un Temístocles, por las hazañas guerreras; a un Alejandro, por su grandeza; a un Polícrates, por su felicidad; a un Creso, por sus riquezas; a un Demós-

tenes, por su elocuencia! ¿Quién de vuestros dioses es más grave y sabio que Catón, más justo y guerrero que Escipión, más grande que Pompeyo, más feliz que Sila, más rico que Creso, más elocuente que Tulio (Cicerón)?

¿Cuánto más digno del Dios supremo haber esperado a estos hombres para asumírselos como dioses, ya que El de antemano conocía a los mejores? Mas pienso que se precipitó y cerró de una vez el cielo, avergonzado ahora de oír a los mejores murmurar en los infiernos.

Cómo se fabrican las estatuas de los dioses. No son dioses, por lo cual tampoco pueden ser ofendidos.

(Cap. XII.) Ceso ya de estas cosas, pues sé que cuando os haya demostrado lo que son vuestros dioses, os haré ver con la evidencia misma lo que no son.

Ahora bien, en cuanto a vuestros dioses, no veo sino nombres de algunos antiguos muertos, no oigo sino fábulas, y vuestros cultos por vuestras fábulas me los explico.

En cuanto a vuestras estatuas o simulacros, yo no veo otra cosa que materias gemelas de las de los vasos e instrumentos comunes o bien materia que proviene de esa misma vajilla y mobiliario, aunque cambiada de destino por la consagración, merced a la libertad del arte, que cambia la forma, mas de un modo tan ofensivo y por un trabajo tan sacrílego que verdaderamente nosotros, *cristianos,* que precisamente somos torturados a causa de los dioses, encontramos en ello un consuelo en nuestras penas viendo a vuestros dioses aguantar, para serlo, los mismos tormentos que nosotros.

Ponéis a los cristianos en cruces y en postes. ¿Qué estatua no se forma primero con arcilla, adaptándola a una cruz y a un poste? Así vuestros dioses son primero dedicados en el patíbulo.

Con uñas arañáis los costados de los cristianos; mas todos los miembros de vuestros dioses reciben los rudos golpes de hacha [42]; violentamente se ceban el escoplo, las azuelas y las escofinas. Se nos corta la cabeza, y antes del plomo, de las soldaduras y de los clavos, vuestros dioses descabezados están. Se nos empuja a las bestias, por

---

42. No fue menos acerba en este punto la sátira de Horacio y de Marcial, los cuales concuerdan también con el libro de la Sabiduría.

cierto las mismas que ponéis junto a Líber, a Cibeles [43] o a Celeste (Juno de Cartago) [44]. Se nos quema al fuego: lo mismo a ellos cuando todavía están en su primera masa. Somos condenados a las minas, de donde salen vuestros dioses. Se nos relega a las islas, y suele suceder que algún dios vuestro en ellas o ha nacido o ha muerto.

Si por ahí consta ser alguno dios, luego los que vosotros castigáis quedan divinizados y habrá que ver en los suplicios una apoteosis.

Pero cierto, vuestros dioses no sienten tales injurias y afrentas al ser fabricados, como tampoco son sensibles a los homenajes. "¡Oh impías voces! ¡Oh injurias sacrílegas!", decís. ¡Rechinad, espumad de rabia! Vosotros mismos sois los que aplaudís a un Séneca al perorar acerca de vuestra superstición más larga y duramente.

Por tanto, si no adoramos estatuas y heladas imágenes de muertos, muy semejantes a sus modelos, las que no dejan de conocer los milanos y los ratones y las arañas, ¿no merecía elogio antes que pena el repudio de un error reconocido? Y ¿puede parecer que ofendemos a los dioses, de los que ciertamente sabemos que de ningún modo existen? Lo que no es, nada padece de nadie, porque no es.

Cómo tratan los mismos paganos a los dioses.

(Cap. XIII.) Pero decís: "Para nosotros, dioses son." Y entonces, ¿cómo así se os tacha, por el contrario, de impíos, sacrílegos e irreligiosos con vuestros dioses que los abandonáis cuando afirmáis su existencia, que destruís los dioses que veneráis y os burláis de los mismos cuyos vengadores os declaráis?

Ved si miento.

Y lo primero, dado que cada cual de vosotros adora a sus dioses, ofendéis ciertamente a los que no adoráis. La preferencia de éste no puede darse sin ofensa del otro, como tampoco la elección *del uno* sin la reprobación *del otro*. Ahora bien, reprobáis a los que despreciáis, no temiendo ofenderlos al reprobarlos. Pues, como antes de paso

---

43. El culto a Cibeles vino a Roma del Asia Menor, en 204 antes de Cristo. Consultados los libros sibilinos, declararon que no sería Aníbal arrojado de Italia mientras no se trajese de Pessinonte (Frigia) la piedra negra que representaba a la gran diosa, la *Magna Mater, la Mater Deum, la Mater Idaea* por causa del monte Ida. Cibeles era la diosa de la naturaleza creatriz, la madre de Júpiter.

44. *Caelestis, Dea caelestis, Virgo caelestis* llamaban a Juno de Cartago *Juno Poena.*

dijimos, el estado de un dios cualquiera pendía del parecer del Senado. No era dios aquel a quien el *homo consulto* no quería lo fuese y al no quererlo, lo condenase.

A los dioses caseros, que llamáis Lares, les sometéis, en efecto, a la autoridad doméstica: los alquiláis, los vendéis, los cambiáis, haciendo a veces una olla de un Saturno y a veces una espumadera de una Minerva, cuando alguno queda roto o contuso mientras recibía las adoraciones, que durante largo tiempo recibió, o cuando el dueño ha pensado que la necesidad de la casa era más santa que ellos.

A vuestros dioses públicos los ultrajáis asimismo con la autoridad del derecho público, siendo declarados tributarios en el hastario [45]. Se va al Capitolio como se iría a la plaza de verduras: a la misma voz de pregonero, bajo la misma asta y a la misma anotación del censor queda vendida la subastada divinidad.

Y, sin embargo, los campos gravados con tributos bajan de valor, los hombres sometidos al impuesto de capitación pierden de su estima, siendo esto notas de cautividad.

Mas los dioses, cuanto más tributarios, más santos, y aun cuanto más santos, tanto más tributarios. La majestad queda reducida a objeto de tráfico. La religión recorre mendigando los comercios. Exigís pago por el suelo del templo, por la entrada en el templo; no es dado conocer gratuitamente a los dioses: están en venta.

¿Qué hacéis para honrarlos que no hagáis también para honrar a vuestros muertos? Les levantáis templos, les erigís aras [46]. Los mismos hábitos e insignias en sus estatuas. El muerto en dios convertido conserva su edad, su profesión, su ocupación. ¿En qué difiere el banquete de Júpiter del convite funerario; el vaso sacrificial del vaso de las libaciones fúnebres; el harúspice del embalsamador de muertos, pues el harúspice atiende también a los muertos?

Pero natural es que tributéis honores divinos a los emperadores difuntos cuando ya se los dais en vida. Llevarán a bien vuestros dioses y aun se congratularán de ver a sus amos convertidos en sus

---

45. Lugar en donde se verificaban las ventas públicas debajo de una *asta o lanza*, por lo cual decimos todavía pública *subasta*.

46. Aras y templos semejan los magníficos mausoleos levantados a los muertos a lo largo de la Vía Apia.

iguales. Mas cuando es una Larentina, una prostituta [47] –¡ojalá fuese siquiera Lais o Friné!–, la adoráis entre las Junos, las Ceres y las Dianas. Cuando es un Simón Mago, le dedicáis una estatua con la inscripción "Al santo dios"; cuando se trata de no sé qué favorito educado en las escuelas palatinas de esclavos, al que hacéis del consejo de los dioses, bien que vuestros viejos dioses no sean más nobles, lo mirarán como afrenta de vosotros recibida el que hayáis a otros permitido lo que a ellos la antigüedad les reservó.

Cómo han tratado los filósofos a los dioses.

(Cap. XIV.) Quiero también dar una vista a vuestros ritos. No digo lo que sois en vuestros sacrificios, cuando inmoláis todo lo semimuerto, lo podrido, lo sarnoso; mas de lo gordo y sano no cortáis sino las piezas de desecho, cabezas y patas, lo que en vuestras casas hubierais dedicado a los esclavos y a los perros; cuando del diezmo de Hércules [48] no ponéis sobre su ara ni el tercio siquiera. Pero más bien alabo al que tiene la buena ocurrencia de salvar al menos algo de lo perdido.

Y si me vuelvo a vuestros libros, en los que os formáis a la sabiduría y a vuestros deberes de hombres libres, ¡cuántas ridiculeces encuentro! Vuestros dioses han luchado entre sí por causa de troyanos y aquivos, batiéndose como gladiadores. Venus fue herida por la flecha de un mortal (Diómedes) al querer salvar a su hijo Eneas, semimuerto por Diómedes mismo [49]. Marte quedó semiconsumido tras de trece meses como estuvo entre cadenas. Júpiter, de no liberarle cierto monstruo, hubiera sufrido la misma violencia de los demás habitantes del cielo, y ya llora la muerte de Sarpedón, ya, vergonzosamente enamorado de su hermana Juno, recuérdale sus anteriores amantes, entre las que ninguna, dice él, le ha inspirado pasión tan violenta.

---

47. La célebre prostituta Acca Larencia halló favor en el pueblo romano. El 23 de diciembre solían celebrar un banquete fúnebre en su memoria, los Larentalia o Larentinalia. La leyenda la hizo aya de Rómulo y Remo, fundadores de Roma. La pública meretriz, amante de Hércules, habíase hecho rica, dice Macrobio.

Lais y Friné son dos célebres rameras griegas.

De Simón Mago hablan ya los Actos de los Apóstoles condenando la simonía o venta de lo espiritual.

48. Los particulares y los generales victoriosos entregaban para Hércules Invicto la décima parte de sus bienes o del botín: *pars Herculanea, decumanae Herculanae.*

49. De estos tristes percances de los dioses hablan la "Ilíada" y la "Eneida", explotándolos bien todos los apologistas.

Tras de esto, ¿qué poeta, autorizado con el ejemplo de su príncipe, no se dedica a deshonrar a los dioses? Este destina a Apolo a guardar los rebaños del rey Admeto; aquél contrata a Neptuno como albañil a Laomedonte, rey de Troya. Hay también un poeta famoso entre los líricos –aludo a Píndaro [50]–, quien cuenta cómo Esculapio, hijo de Apolo y nieto de Júpiter, fue herido por el rayo a causa de su codicia, pues ejercía de un modo criminal la medicina. Malo es Júpiter si de él es el rayo, despiadado con el nieto, envidioso con el hábil médico.

Esto, si es cierto, no debiera divulgarse, y si falso, no debiera ser inventado por hombres amantes de su religión. Ni siquiera los poetas trágicos y cómicos [51] los perdonan, no dejando de atribuir a algún dios las desgracias o los extravíos de alguna familia ilustre [52].

Nada diré de los filósofos, contento con citar a Sócrates, el que, para vergüenza de los dioses, juraba por una encina, por un macho cabrío o por un can. Aunque se me dirá: "Sí, pero Sócrates fue condenado por destruir a los dioses." Ciertamente, desde mucho ha, o sea siempre, la verdad es odiada: OLIM, ID EST, SEMPER, VERITAS ODIO EST.

Sin embargo, los atenienses, arrepentidos de su sentencia, castigaron después a los acusadores de Sócrates y le erigieron una estatua de oro en cierto templo: la abrogación de la sentencia abona en favor de Sócrates. Pero también Diógenes [53] se permite no sé qué burlas contra Hércules, y Varrón [54], aquel cínico romano, introduce en escena a trescientos Joves y Jupíteres sin cabeza.

Los dioses salen malparados de los juegos escénicos y de los juegos del anfiteatro [55].

(Cap. XV.) Los demás poetas de licencioso ingenio hacen servir para vuestras diversiones el deshonor de los dioses. Ved las elegantes bufonadas de los Léntulos y de los Hostilios. ¿Os reís de los come-

---

50. Le invoca por ser el príncipe de lo poetas líricos de Grecia, bien que nacido en Egipto, cerca de Tebas, año 522 antes de Jesucristo.
51. Estos célebres trágicos y cómicos son Esquiles, Sófocles, Eurípides y Aristófanes.
52. El caso más resonante es la guerra de Troya, motivada por recelos e intrigas de diosas.
53. Diógenes, tan original, era un filósofo cínico nacido en el Ponto. Fue famoso por su voluntaria pobreza y por el desprecio de toda conveniencia social, aun ante el mismo emperador Alejandro Magno. Escribió la tragedia llamada "Hércules".
54. Varrón escribió las "Sátiras menipeas", a imitación del cínico Menipo.
55. Había juegos circenses, currules, escénicos, fúnebres.

diantes o de vuestros dioses al oír esas gracias, al ver las jugadas que se les hace? Son puestos en ridículo "Anubis adúltera" y "La Luna macho", y "Diana azotada", y "La apertura del testamento de Júpiter muerto", y "Los tres Hércules hambrientos".

Y los versos de los actores trágicos sacan al público las torpezas de vuestros dioses. Llora el Sol a su hijo precipitado del cielo, y eso os divierte; suspira Cibeles por un desdeñoso pastor, y no os sonrojáis, y aguantáis el que se canten las aventuras de Júpiter y que Juno, Venus y Minerva sean juzgadas por un pastor.

Y ¿qué pasa cuando la imagen de un dios vuestro viste una cabeza ignominiosa e infame; cuando un cuerpo impuro y avezado a ese arte por vida afeminada representa a Minerva o a Hércules? ¿No queda violada la divina majestad y ultrajada la divinidad mientras vosotros aplaudís?

Sois, sin duda, más religiosos en el anfiteatro, donde danzan vuestros dioses sobre la sangre humana, sobre los manchados despojos de los ajusticiados, porque suministran a los criminales argumentos e historias, a menos que los criminales no representen al natural el papel de vuestros dioses.

Vimos en otro tiempo castrar a Atis, aquel dios famoso de Pesinonte, y a otro que exponía a Hércules quemado vivo. Nos reímos también, en los crueles intermedios del mediodía, de Mercurio, quien probaba a los muertos con el fuego. Vimos asimismo al hermano de Júpiter sacar a martillazos los cadáveres de los gladiadores.

Y cosas como éstas, ¿quién podrá todavía investigarlas una por una? Si perturban al honor de la divinidad, si rebajan las cumbres de la majestad, provienen ciertamente tanto del desprecio de los que las representan como de aquellos para quienes se representan.

¡Pero los juegos, juegos son! Si yo añadiese –lo que vuestras conciencias no dejarán de reconocer– que es precisamente en los templos donde se conciertan los adulterios; que entre las aras se consuman los tratos infames, que con toda frecuencia se sacia la pasión en las celdillas mismas de los guardas del templo y de los sacerdotes, bajo las bandas, los bonetes y la púrpura, mientras arde el incienso, no sé si vuestros dioses no se quejarán más de vosotros que de los cristianos. Lo cierto es que los sacrílegos apresados son siempre de los vuestros, porque los cristianos no frecuentan vuestros templos ni durante el día, aunque quizás ellos también los despojasen si los venerasen.

Pues luego, ¿qué adoran los que a tales dioses no adoran? Ya se entiende con certeza que son adoradores de la verdad los que no lo son de la mentira y que no viven más en el error, que abandonaron cuando reconocieron estar en el error.

Por de pronto comprended bien esto y luego enteraos de la trama de nuestra religión, pero pisoteando antes vuestros falsos prejuicios.

B. CULTO DE LOS CRISTIANOS.

a) Lo que no es.

(Cap. XVI.) Pues vosotros, como algún autor, soñásteis que una cabeza de asno [56] era nuestro dios. Tamaña sospecha fue lanzada por Cornelio Tácito, porque éste, en el libro de sus *Historias*, que trata de la guerra de los judíos desde los orígenes de su nación, tanto cuando estudia el origen mismo como cuando habla del nombre y religión de aquel pueblo, diciendo cuanto le viene en talante, refiere que los judíos, al salir de Egipto desterrados, según él creía, viéndose en los vastos desiertos de Arabia enteramente faltos de agua y atormentados por la sed, emplearon como guías unos asnos salvajes que pensaban iban a beber agua después de pastar, y que así encontraron fuentes, y que por este servicio habían consagrado la figura de animal semejante.

Y he ahí por donde opino ha dado en presumirse que nosotros también estamos emparentados con la religión judaica y somos iniciados en el culto del mismo ídolo. Mas ese mismo Cornelio Tácito [57], tan fecundo en patrañas, refiere en la misma historia que Cneyo Pompeyo, habiendo tomado Jerusalén, entró en el templo para sorprender los misterios de la religión judaica, sin encontrar allí ídolo alguno. Y, sin embargo, si lo que allí se adoraba hubiera estado representado en alguna imagen, en ningún otro lugar mejor que en su santuario se hubiera exhibido, cuanto más que, aun siendo vano su culto, no tenía por qué recelar testigos de fuera, pues sólo a los sacerdotes era lícito el acceso, quedando impedida la vista a los demás por el velo extendido.

---

56. La onolatría era una de las especies más burdas que circulaban contra los cristianos, como consta también por el famoso grafito del Palatino de Roma, en que *Alexamenos*, fiel cristiano, está adorando a un asno crucificado.

57. Tráelo Tácito en el libro V de sus "Anales", no en el IV, como Tertuliano dice en su *Ad nationes*.

Mas vosotros no negaréis que adoráis a todas las bestias de carga y a caballos completos con su Epón [58]. He ahí quizá por qué se achaca a los cristianos el ser únicamente asinarios entre los adoradores de todos los animales y bestias.

Mas el que nos cree adoradores de la cruz es correligionario nuestro. Cuando un palo cualquiera es adorado, poco importa su aspecto mientras la calidad de la materia sea la misma, poco importa la forma del madero si se piensa es el cuerpo mismo del dios. Y en realidad, en qué se distinguen del tronco de una cruz Palas de Atenas y Ceres de Faros, en Egipto, los que son expuestos sin imagen en la figura de un grosero poste y de un informe trozo de madera? Parte de cruz es todo leño que se fija en posición vertical. Después de todo, si nosotros adoramos una cruz adoramos al dios entero. Dijimos ya que el origen de vuestros dioses de la cruz lo tomaron los escultores.

Pero adoráis también a las victorias, pues cruces forman las entrañas de los trofeos [59]. Toda la religión militar de los romanos venera las banderas, jura por las banderas, pone las banderas por encima de todos los dioses. Todas esas imágenes con que adornáis las banderas son adorno de cruces. Alabo vuestro gusto: no habéis querido consagrar cruces desnudas y sin ornato.

Otros, formándose de nosotros una idea más humana que verosímil, creen que el sol es nuestro Dios. Si tal es se nos tendrá por persas, bien que nosotros no adoremos al sol pintado en lienzo, teniendo por doquier al sol mismo en la bóveda celeste [60].

Para terminar, el origen de tal sospecha es el hecho harto notorio de volvernos al Oriente para orar. Pero muchos de entre vosotros, afectando a veces adorar a las cosas celestiales, se levantan al sol naciente moviendo los labios.

Y asimismo, si nos damos a la alegría en el día del sol (el domingo), por razón muy distinta que la de tributar culto al sol, seguimos en

---

58. Epona era la diosa romana de los caballos, asnos y mulos, en lengua celta *epo*.
59. Eran postes con un travesaño superior en figura de T o de cruz.
60. El culto al sol o Mitra se divulgó también mucho en Occidente, siendo famosos los misterios mitríacos, en algunos puntos parodia de los cristianos. El demonio es simio de Dios.

ello a los que destinan el día de Saturno [61] a comer y holgar, sin seguir por ello la costumbre judía, que desconocen.

Pero se ha publicado en esta ciudad una nueva representación de nuestro Dios: un criminal, contratado para excitar a las bestias, ha expuesto en público cierto cuadro con esta inscripción: "DEUS CHRISTIANORUM ONOKOITES": El Dios de los cristianos, raza de asno.

Semejante dios tenía orejas de asno, un pie de cuerno, llevaba un libro en la mano e iba vestido de toga. Nos hemos reído del nombre y de la figura.

Pero debieran nuestros adversarios haber adorado aquel dios biforme (Anubis egipcio), habiendo acogido a divinidades con cabeza de perro y de león, con cuernos de cabra y de carnero, cabrones desde los muslos, serpientes desde los hijares, con alas en pies y espaldas.

He dicho todo esto sin ser necesario, no queriendo dejar de refutar a sabiendas ni uno solo de los cargos que la fama nos impone.

Volvámonos ya a demostrar nuestra religión y terminaremos de justificarnos de todas esas calumnias.

b) Lo que es el culto de los cristianos. Es el culto al Dios único.

(Cap. XVII.) Lo que adoramos es un solo Dios, quien por su palabra que manda, por su inteligencia que dispone, por su virtud que todo lo puede, ha sacado de la nada a toda esta mole con todo el documento [62] de sus elementos, de los cuerpos y de los espíritus que la componen, para servir de ornamento a su majestad. Por eso también los griegos dieron al mundo un nombre que significa ornamento, *kósmon*.

Invisible es (Dios), aunque se le vea; impalpable, aunque por la gracia se le tenga presente; inconcebible, aunque nuestras facultades puedan concebirle. Por eso es verdadero y tan grande: porque lo que comúnmente se puede ver y palpar es inferior a los ojos que lo ven, a las manos que lo tocan, a los sentidos que lo descubren. Mas lo que es inmenso sólo de sí es conocido.

---

61. *Día del sol* se dice todavía en inglés y en alemán al domingo, llamado así entre los cristianos por la Resurrección de Cristo. Algunos romanos observaban también el sábado o día de Saturno.

62. Las criaturas son instrumentos o documentos que nos hablan de las perfecciones del Creador.

ESO ES LO QUE PERMITE COMPRENDER A DIOS: LA IMPOSIBILIDAD DE COMPRENDERLE. Por donde la potencia de su magnitud le revela y le oculta a la vez a los hombres. Y en esto se resume toda su culpa: en no querer reconocer a Aquél a quien no pueden ignorar.

¿Queréis probemos la existencia de Dios por sus obras tantas y tales que nos conservan, nos sostienen, nos alegran, y aun por las que nos aterran? Por el testimonio mismo del alma, la que, si bien presa en la cárcel del cuerpo, o pervertida por una depravada educación, o debilitada por las pasiones y concupiscencias, o esclavizada a falsos dioses, cuando recapacita, cual si saliese de la embriaguez, o del sueño, o de alguna enfermedad, y recobra la salud, invoca entonces a Dios con ese único nombre porque el verdadero Dios único es. "¡Dios grande! ¡Dios bueno!" y "Lo que Dios diere". He ahí la voz universal.

Reconócele también por juez al decir: "Dios lo ve", y "A Dios me encomiendo, y Dios me lo pagará".

"O TESTIMONIUM ANIME NATURALITER CHRISTIANÆ!" : "¡Oh testimonio del alma naturalmente cristiana!" [63].

Finalmente, al pronunciar esto, mira no al Capitolio, sino al cielo. Y es que conoce la sede del Dios vivo: de El, de allí ha descendido.

c) El culto cristiano es el revelado en las Escrituras.

(Cap. XVIII.) Mas para que lleguemos a un conocimiento más pleno y profundo de sus mandamientos y voluntades hanos dado además el documento de sus Libros *santos*, en los que puede *el hombre* buscar a Dios y, después de haberle buscado, hallarle; y, tras de hallado, creer en El; y, habiendo ya creído, servirle.

Para ello envió al mundo desde un principio varones dignos, por su justicia y su inocencia, de conocer a Dios y de darle a conocer; varones inundados por el divino Espíritu para anunciar que no existe sino un solo Dios, el que todo lo creó, el que formó al hombre del barro.

Porque éste es el verdadero Prometeo [64], quien dividió el tiempo

---

63. Expresión tan célebre como gráfica, que indica cómo el hombre, cuando no está pervertido, piensa y obra en cristiano, aunque el cristianismo no sea propiamente una exigencia connatural, sino obra de la gracia divina, lo mismo su doctrina que su moral.
64. Prometeo, hijo del titán Japeto, que, según la mitología, formó al hombre del barro de la tierra (Ovidio: *Metamorfosis, I*). El robó el fuego del cielo y enseñó a los hombres muchas cosas útiles, por lo cual le castigó Júpiter a un atroz y continuo tormento.

en períodos, los que empiezan y terminan conforme a leyes invariables, para anunciar en seguida qué signos de la majestad de sus juicios ha dado en las lluvias y en los relámpagos, qué leyes ha establecido para merecer bien de El, las que vosotros o ignoráis o abandonáis; qué premios ha destinado a los que las observan cuando, al fin de los tiempos, vendrá a juzgar a sus fieles para recompensarlos con la vida eterna y a los impíos para castigarlos con el fuego igualmente perpetuo y continuo, después de haber reanimado, resucitado y hecho el recuento de todos los hombres muertos desde el principio, a fin de distinguir a cada cual según su mérito.

De estas cosas también nosotros nos reímos antaño. De los vuestros fuimos; *hácense, no nacen los cristianos* [65]: FIUNT, NON NASCUNTUR CHRISTIANI.

Los predicadores de quienes hemos hablado son llamados profetas por su misión de predecir [66]. Sus palabras y sus obras robustas, que ejecutaban para hacer creer en la divinidad, en los tesoros de los Libros *santos* permanecen, y éstos no están escondidos. El más sabio de los Tolomeos, a quien dan el sobrenombre de Filadelfo [67], versadísimo también en todo género de letras, emulando, según opino, a Pisístrato en la afición a las bibliotecas, entre otras historias recomendadas a la fama, bien por su antigüedad, bien por alguna curiosidad, por sugerencia de Demetrio de Falero, el más célebre gramático de aquel entonces, al que entregó la prefectura *de la biblioteca*, pidió también sus libros a los judíos, o sea, los escritos propios suyos concebidos en su lengua, y de los que eran únicos poseedores.

En efecto, de ellos salieron y a ellos hablaron siempre los profetas, es decir, al pueblo propio de Dios, por consideración a sus padres. Los que ahora se llaman judíos antes se llamaban hebreos, por donde su literatura y su lengua se llaman hebraicas.

Mas para que Tolomeo pudiese entender esos libros facilitáronle otro servicio, dándole setenta y dos intérpretes, a quienes el propio

---

65. Es frase que luego repetirá en sus cartas San Jerónimo.
66. El profeta llámase tal, ante todo, por estar en nombre de Dios haciendo sus veces.
67. Este era hijo de Tolomeo I Soter († 285 a. C.), uno de los generales de Alejandro Magno. Dícese que él fundó la gran Biblioteca y el célebre Museo de Alejandría, además de hacer traducir al griego la Sagrada Escritura, la llamada "Versión de los Setenta", de la que proceden las primeras versiones latinas, y aun la del Salterio de la edición llamada "Vulgata", hecha por San Jerónimo. Prestó a todos con ello Tolomeo un gran beneficio.

Menedemos [68], filósofo, tributando con ello gloria a la Providencia, admiró por la conformidad de sus versiones. Esto os lo afirmó también Aristeo. De este modo dejó esos monumentos en lengua griega a todos clara, los que aun hoy se exhiben en el Serapeum [69], en la biblioteca de Tolomeo, junto con los mismos textos hebraicos. Y aun los propios judíos los leen públicamente, libertad [70] por la cual pagan un tributo, existiendo la costumbre de leerlos todos los sábados. QUIEN LOS OYERE, A DIOS HALLARÁ, Y QUIEN ADEMÁS PROCURE ENTENDER, SE VERÁ PRECISADO A CREER

d) Las divinas Escrituras son más antiguas que todos los libros paganos.

(Cap. XIX.) La autoridad de estos documentos estriba primeramente en su remotísima antigüedad [71]. También entre vosotros se prueba la credibilidad de una cosa por su antigüedad, tan respetable como la religión.

Ahora bien: todos los elementos y todos los materiales, los orígenes, fechas y fuentes de todos vuestros escritos más antiguos, la mayor parte de vuestras naciones y de vuestras ciudades famosas, los misterios de vuestras historias y de vuestras memorias y, en fin, hasta los caracteres de la escritura, esos testigos y guardas de las cosas y –aun creo decir poco– vuestros mismos dioses, vuestros dioses, repito, y vuestros templos, y vuestros oráculos, y vuestras ceremonias, todo esto queda superado en antigüedad por el escriño que contiene los libros de un solo profeta, escriño que guarda todo el tesoro de la religión judaica y, por ende, también de la nuestra.

Si alguna vez habéis oído nombrar a un tal Moisés, es coetáneo de Inaco el de Argos; es anterior a Danaos, cuatrocientos años menos uno, con ser éste el más antiguo de vuestro reyes; es mil años anterior al desastre de Priamo; pudiera también afirmar que precedió a Home-

---

68. Menedemos fue un filósofo griego († 277 a. C.). Aristeo o Aristeas fue un oficial de la corte de Tolomeo Filadelfo.

69. El Serapeo era el templo famoso que Serapis tenía en Alejandría, el que llevaba anejo a sí un rico museo.

70. Por esta libertad los hebreos habían de pagar a Júpiter Capitolino un didracma, o sea, dos dracmas anuales. (Josefo.).

71. En eso no andaba bien informado Tertuliano. Existen escritos muy anteriores a los libros de Moisés, aunque no griegos ni latinos, como puede verse en las tablas de *Aids for the study of the Bible*, del padre Hungh Popes, O. P.

ro en más de quinientos años, teniendo para ello autores que me respaldan.

Los demás profetas, aunque posteriores a Moisés, aun los más recientes, no son menos antiguos que vuestros sabios, legisladores e historiadores.

Podríamos demostrar todo esto con cálculos cronológicos. La tarea no sería tan difícil como enorme, ni tan ardua como larga por el momento, porque habría que manejar numerosos documentos y dedicarse a prolijos cálculos con la punta de los dedos. Habría también que franquear los archivos de antiquísimos pueblos, de caldeos, egipcios y fenicios. Habríais de consultar asimismo los de sus conciudadanos, por los cuales nos han llegado noticias: no sólo Manetón (sacerdote), el egipcio, y Beroso (sacerdote), el caldeo, sino también Iromo (Hiram), el fenicio, rey de Tiro, y aun los sucesores de éstos, Tolomeo de Mendes (sacerdote), Menandro de Efeso, Demetrio de Faleres, el rey Juba, Apión, Talo [72] y por fin Josefo el Judío, historiador nacional, que se ha constituido vengador de las antigüedades judaicas, ya aprobando, ya refutando a éstos.

Es preciso además repasar los libros de los censos sobre el origen de los griegos y saber el cuándo de los sucesos, a fin de esclarecer la concatenación de los tiempos, con lo cual luzcan los números de los anales. Ha de hacerse una excursión por las historias y literaturas del orbe, aunque hemos adelantado ya parte de la prueba al indicar brevemente el método de probar.

Pero vale más aplazarla, no sea que o la captemos menos por la prisa o divaguemos demasiado al querer captarla.

e) La autoridad de las sagradas Escrituras queda probada por el cumplimiento de las profecías.

(Cap. XX.) A cambio de esta dilación ofrecemos la MAJESTAD DE LAS ESCRITURAS [73], si no su antigüedad; probamos ser divinas si se

---

72. Juba I fue rey de Numidia (Africa) y luchó con César. Su hijo Juba II, cautivo y educado en Roma, casó después con una hija de Antonio y de Cleopatra y escribió sobre historia. Apión, un gramático alejandrino, pero que vivió en Roma en tiempo de Severo y de Claudio.
73. Verdaderamente se puede hablar de la majestad de las Sagradas Escrituras inspiradas por Dios. Existe un abismo entre ellas y cualquier otra página de los libros antiguos. Reconócenlo hasta los racionalistas e incrédulos.

duda son antiguas, sin que sea preciso gastar en ello tiempo ni ir muy lejos: a la vista está lo que os enseñarán el mundo, el tiempo, los sucesos.

Todo cuanto ocurriendo está hallábase predicho; todo cuanto vemos oíase ya antes. Que tierras devoran ciudades, que mares se tragan islas, que guerras externas e intestinas destrozan pueblos, que reinos atacan a reinos, que el hambre y la peste y todos los desastres locales y numerosos casos de muerte desolan ciertos países; que los humildes suben y los altos decaen, trocándose la suerte; que la justicia se enrarece, la injusticia se acrecienta y el afán por todas las buenas disciplinas se embota; que las mismas estaciones y los elementos se descentran, no cumpliendo con su oficio; que el orden de la naturaleza es turbado por signos nefastos y portentos, todo eso estaba ya escrito. Leémoslo mientras lo estamos padeciendo; mientras lo leemos se verifica. Opino que la verdad de la adivinación es idóneo testimonio de la divinidad [74].

De ahí, pues, que podamos también abrigar fe segura en lo futuro por lo ya probado, estando predicho juntamente con lo que diariamente se va verificando. Las mismas voces suenan, las mismas letras anotan, el mismo espíritu inspira, un solo tiempo hay para el profeta que predice lo futuro entre los hombres, aunque quizá los hombres vulgares lo distingan al ir pasando, oponiendo el presente al porvenir y el pasado al presente. Y yo os pregunto: ¿Qué culpa tenemos de creer en lo venidero los que ya hemos aprendido a creer en los profetas lo que concierne al pasado y al presente?

2. Cristo: su vida y milagros, su humillación y su triunfo. Misión de sus apóstoles.

(Cap. XXI.) Mas como venimos diciendo que nuestra religión está cimentada sobre los antiquísimos monumentos escritos de los judíos, cuando es generalmente sabido y nosotros mismos lo reconocemos ser casi nueva, pues que data del tiempo de Tiberio, quizá se quiera por ese motivo discutir su situación, y se dirá que cómo a la sombra de religión tan insigne, y ciertamente autorizada por la ley, nuestra religión rescata ideas nuevas a ella propias y sobre todo que, independientemente de la edad, no estamos conformes con los judíos en cuan-

---

74. Juega Tertuliano con dos palabras similares: *divinitas* y *divinatio* o profecía.

to a la abstinencia de ciertos alimentos, ni en cuanto a los días festivos, ni en cuanto al signo físico que los distingue (la circuncisión), ni en cuanto a la comunicación del nombre, lo que convendría ciertamente si fuésemos servidores del mismo Dios.

Pero el vulgo mismo conoce ya a Cristo como a un hombre ordinario, tal cual los judíos le juzgaron, con lo que se nos tomará más fácilmente por adoradores de un simple hombre. Mas no por eso nos avergonzamos de Cristo, teniendo a gala el llevar su nombre y ser condenados por causa de El, sin que por eso tengamos de Dios distinto concepto que los judíos. Es, por tanto, necesario que digamos algo de Cristo en cuanto Dios.

Habían los judíos alcanzado de Dios el privilegio de la gracia en atención a la insigne justicia y a la fe de sus primeros padres, de donde floreció la grandeza de su raza y el poderío de su reino y tanta felicidad que le fue dado oír las voces de Dios, las que les enseñaban a conciliarse el favor divino y les prevenían contra todo lo que le ofende.

Pero, orgullosos por la confianza en sus antepasados, apartáronse de la divina Ley de un modo impío, cometiendo todo linaje de prevaricaciones. Aunque ellos mismos no lo confesasen, la desgracia en que hoy están sumidos bastantemente lo probaría. Dispersos, vagabundos, desterrados, extrañados de su cielo y de su suelo, andan errantes por el mundo sin hombre ni Dios por rey, no siéndoles concedido ni siquiera saludar con el pie a su tierra patria ni como extranjeros vivir en ella.

Cuando voces santas les amenazaban estas cosas ellas mismas no cesaban de anunciarles a la par que en los últimos tiempos, de entre todas las naciones y de todos los pueblos y en todos los lugares Dios se elegiría adoradores mucho más fieles, a los que traspasaría su gracia, y una gracia aún mayor, debido a la capacidad receptiva de una doctrina mucho más plena.

Vino, pues, el que ya estaba anunciado por Dios para reformarla e iluminarla; vino aquel Cristo, el Hijo de Dios. El era anunciado árbitro y maestro de la doctrina de gracia, el iluminador y conductor del género humano, no ciertamente engendrado de modo que haya de ruborizarse del nombre de hijo o de la semilla del padre, ni del incesto de la hermana, ni del estupro de la hija y de la mujer ajena [75].

---

75. Alusión a Júpiter, el padre de los dioses y más pequeño y miserable que muchos hombres.

No ha tenido que sufrir a un Dios Padre con escamas o cornudo, o a un amador con plumas, o convertido en oro, como el amante de Danas. Todas estas metamorfosis propias son de vuestro Júpiter.

Por lo demás, el Hijo de Dios no ha nacido ni siquiera de un matrimonio: la madre misma que se vio tenía no estaba casada [76]. Mas voy por de pronto a explicar su naturaleza, por donde se entenderá el modo de su natividad.

Dijimos ya que Dios creó este universo mundo con su palabra, razón y poder. Entre vuestros sabios consta también que el LOGOS, o sea, la Palabra y la Razón, es considerado como el Artífice del universo. Y efectivamente, Zenón lo designa como el artesano que todo lo ha formado y dispuesto; dice que se llama también "destino, dios, alma de Júpiter, fatalidad de las cosas". Cleanto acumula todo esto atribuyéndolo "al espíritu" que circula por todo el universo. Y nosotros también atribuimos a la palabra, a la razón y al poder, por los que Dios lo ha creado todo, según llevamos dicho, como una sustancia propia que llamamos "Espíritu", en el cual está la palabra cuando manda, la razón cuando dispone, el poder cuando preside y termina la obra. Sabemos que Dios ha proferido *ese Espíritu* y que al proferirlo, lo ha engendrado, y por eso, por la unidad de sustancia, dícese el Hijo de Dios y Dios, porque también Dios es Espíritu.

Y cuando el rayo sale lanzado por el sol es una parte que procede del todo; mas el sol está en el rayo por ser un rayo de sol cuya sustancia no queda dividida, sino dilatada. Así el Espíritu procede del Espíritu y Dios de Dios y la Luz se enciende en la Luz. El foco de luz íntegro permanece sin perder nada, aun cuando comunique su naturaleza por diversos arcaduces. Asimismo lo que Dios emanó Dios es el Hijo de Dios y uno entrambos. Por donde el Espíritu procede del Espíritu y Dios de Dios; es el segundo en cuanto a la forma, el segundo en cuanto al grado, no en cuanto a la naturaleza, habiendo salido de su fuente sin ser cortado: "a matrice non recessit sed excessit".

Así, este rayo de Dios, conforme antes había sido predicho, desciende de una Virgen y, en su seno encarnado, nació Hombre a Dios unido: "nascitur Homo Deo mistus". La carne, informada por el Espíritu, se nutre, crece, habla, enseña, obra y es el Cristo.

---

76. Quiere decir Tertuliano que el matrimonio de la Virgen María con José no fue consumado, sin negar fuese rato y, en ese sentido, verdadero matrimonio.

Aceptad por un momento esta fábula: semejante es a las vuestras, mientras os vamos demostrando cómo se prueba el Cristo y quiénes son los que han introducido entre vosotros fábulas semejantes a ésta para destruir la verdad.

Sabían también los judíos que el Cristo había de venir, pues a ellos hablaban los profetas. Y, en efecto, aun ahora siguen esperando su advenimiento, sin que exista entre nosotros y ellos otra disputa sino la de no creer haya venido ya. Porque entrambos advenimientos de Cristo estaban predichos: el primero, ya realizado en la humildad de la condición humana; el segundo, esperado para la consumación de los siglos en el sublime esplendor de la divinidad, claramente manifestada. Al no enterarse del primero, han creído ser el único el segundo, esperándolo siempre cual si estuviera más claramente vaticinado. Así, por su pecado han merecido no comprender el primero: hubieran en él creído si le hubiesen comprendido y hubieran conseguido la salvación si hubieran en él creído. Ellos mismos leen en la Escritura que han sido privados, en castigo, de la sabiduría y de la inteligencia, del uso de los ojos y de los oídos.

Viendo su humildad habían juzgado que era un simple hombre y tomáronle por mago al contemplar su poder cuando con su palabra expulsaba los demonios de los hombres, devolvía la luz a los ciegos, limpiaba a los leprosos, enderezaba a los tullidos y, finalmente, devolvía los muertos a la vida; cuando se hacía servir por los elementos mismos, sujetando las tempestades y entrando en medio de las olas, para demostrar que El era el *Logos* [77] de Dios, o sea, el Verbo aquel primordial primogénito, acompañado de poder y de razón y sostenido por su Espíritu, que era el mismo que con su palabra lo hizo y lo hace todo.

Pero ante su doctrina, por la que se veían vencidos los maestros y primates de los judíos, de tal modo éstos se exasperaron, máxime cuando la ingente multitud se iba tras El, que finalmente lo entregaron a Poncio Pilato, procurador entonces de Siria [78] en nombre de los romanos, y por la violencia de sus peticiones forzáronle a entregarle a la cruz. Ya tenía El predicho que habían de hacer esto. Poco hubiera

---

77. *Logos*, Verbo de Dios no al modo platónico, sino un Dios personal y verdadero, tan Dios como el Padre, del que viene por generación, así como el Espíritu Santo procede de entrambos por inspiración.
78. Siria Palestinense o Judea.

sido ello si antes no lo hubieran también predicho los profetas. Y con todo, clavado en cruz, voluntariamente exhaló su Espíritu con su palabra, anticipándose al oficio del verdugo.

En el momento mismo, el día, que aun no había llegado a la mitad de su carrera, fue privado del sol. Creyeron ser esto un eclipse los que ignoraban había sido ello predicho también acerca de Cristo; al no entender la causa lo negaron y, sin embargo, lo tenéis registrado en vuestros archivos como un accidente mundial.

Entonces los judíos, habiéndole tomado y depositado en un sepulcro, pusieron en torno suyo gran diligencia de guardia militar, no fuese que, como lo tenía predicho, resucitase al tercer día de la muerte, los discípulos robasen el cadáver y engañasen a los recelosos.

Mas he aquí por dónde el día tercero se vio de súbito sacudida la tierra y volteada la mole que tapaba el sepulcro y la guardia derribada por el pavor, sin que allí apareciese ninguno de sus discípulos; nada se encontró en el sepulcro sino los sudarios del sepultado.

A pesar de ello, los primates, a quienes interesaba divulgar el crimen y apartar de la fe al pueblo tributario y esclavo suyo, lanzaron la especie de que había sido subrepticiamente cogido por los discípulos. Pero El no se produjo ante el vulgo, a fin de que los impíos no quedasen desenredados de su error y para que LA FE, DESTINADA A NO MEDIOCRE RECOMPENSA COSTASE ALGO. Pero pasó cuarenta días con algunos discípulos en Galilea, región de Judea, enseñándoles lo que habían ellos de enseñar. Luego, habiéndoles ordenado el oficio de predicar por el mundo, envuelto en una nube fue arrebatado al cielo, Ascensión harto más verdadera que la que vuestros Próculos acostumbran atribuir a Rómulo.

Todo esto que concierne a Cristo lo anunció Pilato, cristiano ya en sus adentros, al César, que era por entonces Tiberio. Y los Césares mismos hubieran creído en Cristo si o los Césares no fuesen necesarios al siglo o si los Césares hubieran podido ser cristianos al propio tiempo que Césares.

Y los discípulos que por el orbe se dispersaron, obedeciendo al precepto del Maestro, después de haber también padecido de los judíos perseguidores, fiados de la verdad, terminaron por sembrar con júbilo la sangre cristiana en Roma cuando la persecución de Nerón.

Pero os demostraremos cómo son testigos idóneos de Cristo aquellos mismos a quienes adoráis. Ya es mucho que alegue para forzaros a creer a los cristianos a los mismos que os impiden creer a los cristianos.

Y ahora, ahí tenéis la historia cronológica de nuestra religión; os entregamos el censo de la secta y del nombre con su Autor. Nadie le impute ya infamia, nadie piense que hay otra cosa, porque no es posible a nadie mentir acerca de su religión. Y, en efecto, al decir que se adora cosa distinta de la adorada niégase lo que se adora, transfiriendo a otro el culto y el honor, y al transferirlo niega ya lo que adora.

Ahora bien: decimos, y públicamente lo decimos y lo voceamos mientras vosotros nos desolláis y chorreamos sangre: DEUM COLIMUS PER CHRISTUM: adoramos a Dios por medio de Cristo [79].

Creedle mero hombre si queréis; mas por El y en El quiere Dios ser conocido y adorado. PER EUM ET IN EO SE CONGNOSCI VULT DEUS ET COLI.

Y respondiendo a los judíos diré que ellos mismos aprendieron a adorar a Dios por Moisés, que era un hombre. Y saliendo al encuentro de los griegos, les diré que Orfeo en Pieria (en Tracia), Museo en Atenas, Melampo en Argos, Trofonio en Beocia, ataron a los hombres con sus iniciaciones. En fin, para volver también la mirada a vosotros, los amos de los pueblos, os diré que hombre fue Numa Pompilio [80], aquel que gravó a los romanos con tan cargantes supersticiones.

Permítase también a Cristo el revelar la divinidad como bien propio, no para hacer humanos a los hombres groseros aún y salvajes, dejándolos atónitos ante la inmensa multitud de dioses a quienes han de servir, como hizo Numa, sino a fin de dar a los hombres, ya pulidos y engañados por el refinamiento mismo de su civilización, ojos para conocer la verdad.

Examinad, pues, si es verdadera esta divinidad de Cristo. Si su divinidad es tal que su conocimiento reforma a los hombres, síguese que ha de renunciarse a cualquier otra falsa divinidad, sobre todo cuando se ha reconocido la falsedad de aquella, que recatándose bajo figura, nombre e imágenes de muertos, no dan otra fe de su divinidad que ciertas señales, prodigios y oráculos.

---

79. Es lo que la Iglesia hace a diario, cuando termina todas las oraciones litúrgicas, "per Christum Dominum nostrum", reconociendo y empleando la universal mediación de Cristo Pontífice ante el Padre.
80. Al rey Numa Pompilio, que parece haber tenido la manía religiosa, se atribuían casi todas las instituciones culturales de los romanos.

3. Demonología.

a) Existencia e intervenciones de los demonios [81].

(Cap. XXII.) Y en efecto decimos que existen ciertas sustancias espirituales.

Pero ni el nombre siquiera es nuevo. Conocen los filósofos a los demonios, cuando el mismo Sócrates aguardaba a que su demonio le manifestase su voluntad. Y ¿cómo no, si se cuenta que desde la niñez se le adhirió un demonio para apartarle siempre del bien?

Conocen a los demonios los poetas, y el mismo vulgo ignaro con frecuencia los trae a cuento en sus imprecaciones, pronunciando el nombre de Satanás, príncipe de esta perversa ralea, con el sentimiento natural de una íntima convicción y con la voz misma de la execración.

Tampoco Plantón negó que hay ángeles. Aun los magos lo afirman, siendo testigos de entrambos nombres.

Mas, ¿cómo de algunos ángeles voluntariamente pervertidos ha salido la casta aún más perversa de los demonios, por Dios condenada con sus autores y su jefe, que acabamos de mencionar? Es lo que las santas Letras en detalle nos dan a conocer. Bastará por ahora exponer lo referente a sus operaciones. Su labor consiste en derribar al hombre: así la malicia de los espíritus se estrelló desde el principio con la ruina del hombre y ellos infligen a los cuerpos dolencias y amargos accidentes, violentando al alma con sus repentinos y extraordinarios excesos, por cuanto disponen, para embestir contra entrambas sustancias del hombre, de su maravillosa sutileza y tenuidad. A los poderes espirituales mucho les es consentido, y, siendo invisibles e impalpables, aparecen más bien en sus efectos que en su obrar, como cuando con soplo invisible destruyen los frutos de la tierra aun en flor, o los desvirtúan en germen, o los dañan en su crecimiento, o cuando el aire, viciado como por una fuerza ciega, difunde sus miasmas pestilentes.

Y con la misma tenebrosidad de ese contagio viene la aspiración de los demonios y de los ángeles, obrando la corrupción de la mente con sus furores y feos desvaríos, o las rabiosas pasiones con ilusiones de todo género, siendo la principal el recomendar estos dioses vuestros a los espíritus seducidos o acorralados, a fin de procurarse a sí

---

81. Uno de los puntos más interesantes de los libros de Tertuliano es su demonología.

mismos también agradable pitanza. o sea, el humo y la sangre de las víctimas ofrecidas a los simulacros y a las imágenes. Y ¡qué pasto tan sabroso para ellos como el de apartar al hombre, con los prestigios de la falsa adivinación, del pensamiento del verdadero Dios!

Pues voy a explicaros cómo obran los tales prestigios. Todo espíritu es alado: OMNIS SPIRITUS ALES EST, así ángeles como demonios, por lo que en un momento están en cualquier parte; todo el orbe es para ellos un lugar único: tan fácilmente saben cómo anuncian lo que en cualquier sitio acontece. Su velocidad es tenida por divinidad al ignorarse su naturaleza, y así, a las veces, quieren pasar por autores de lo que anuncian. Y cierto, son en alguna ocasión autores de los males, pero nunca jamás de los bienes. Las disposiciones mismas de Dios aprendiéronlas cuando oyeron predicar a los profetas y ahora mismo las captan al oír las lecturas en voz alta, con lo que, tomando ciertos pronósticos, emulan a la Divinidad robándole la adivinación.

Y en sus oráculos, ¡con qué ingenio llegan a concordar sus equívocos con los acontecimientos! Sábenlo bien los Cresos, sábenlo los Pirros [82]. Y así, Creso, haciendo cocer una tortuga con carne de cordero; y Apolo Picio pudo vaticinar del mismo modo que antes dijimos: en un instante habíase trasladado a Lidia. Como viven en el aire, próximos a los astros y en contacto con las nubes, pueden los demonios saber los fenómenos que en los cielos se preparan y predecir, por ejemplo, las lluvias, que ellos ya presienten.

Se dirá que son benéficos, por cuanto se ocupan de curar enfermedades. Comienzan por dañar, prescribiendo luego remedios; y para que haya milagro, remedios nuevos o contrarios al mal, después de lo cual dejan simplemente de perjudicar, y las gentes se imaginan haberse curado.

Y ¿para qué voy a seguir hablando de las demás ingeniosas invenciones o del poder de esos espíritus falaces; de la fantástica aparición de los Castores (Castor y Polux) y del agua llevada en una criba; de la nave movida por un cinto; de la barba enrubiada por simple contacto, todo a fin de hacer creer que las piedras son divinidades y que con ello no se busque al Dios verdadero?

---

82. Creso dio a los lidios órdenes muy originales para probar a los oráculos. Es célebre el que da Apolo a Pirro: "Aio te, Aecida, Romanos vincere posse:, que lo mismo dice: *puedes vencer que puedes ser vencido*. Las pitonisas jugaban con el equívoco, engañando así a los simples.

b) Unos mismos son vuestros dioses y los demonios.

(Cap. XXIII.) Luego si también los magos producen fantasmas, llegando hasta infamar las almas de los muertos (al evocarlos); si matan niños para que hablen los oráculos; si en sus juegos de prestigios circulatorios hacen muchos prodigios; si incluso envían sueños, disponiendo del poder de los ángeles y de los demonios que les asiste, por los cuales cabras y mesas [83] solieron adivinar, ¿cuánto más no deberán emplear todas esas energías aquellos poderes cuando obran por su propia voluntad y cuenta que cuando se prestan al ajeno interés?

Pues si hacen los mismo ángeles y demonios que vuestros dioses, ¿dónde está la preexcelencia de la divinidad, toda vez que ha de creérsele superior a todo otro poder? ¿No será lógico pensar que son los demonios los que se hacen dioses, obrando tales prodigios que les hacen pasar por dioses, antes que admitir que son iguales a ellos ángeles y demonios? Yo opino no existe otra diferencia que la de lugares que distinga dioses de demonios; depende de los templos el que los llaméis dioses, pues fuera de ellos no los llamáis dioses. En ese caso habrá que decir también que el que anda como volando por encima de los edificios sagrados no está tan loco como el que anda por los tejados de la vecindad, y que quien corta sus genitales o se abre las venas de los brazos comete distinta violencia [84] que quien se corta el pescuezo. Igual es el resultado final de una furiosa locura, y la instigación del mismo orden procede.

Pero hasta aquí todo han sido palabras; ahora la demostración del hecho mismo, que probará cómo bajo uno u otro nombre se oculta una sola naturaleza. Salga ahora mismo aquí, ante vuestros tribunales, alguien del que conste estar poseído del demonio. Mandado el espíritu por cualquier cristiano hablará aquél, confesando con toda verdad ser un demonio, como antes falsamente decía ser un dios.

Salga igualmente alguno de esos a quienes se cree agitados por un dios, que exhalando el aliento sobre los altares, aspiran la divinidad

---

83. Por donde se ve no son tan nuevos como se piensa los fenómenos mediánicos del espiritismo con todos sus fantasmas y prestidigitaciones. La falta de fe verdadera forma un vacío que suele llenarse con la superstición absurda, cuando no inmoral.

84. Alude a los Bellonari y a los Galli, sacerdotes de Cibeles, los que se herían y mutilaban y revolcaban como energúmenos en los cultos de sus templos.

con el vaho de las víctimas, que se curan eructando, que profetizan jadeando [85]. Esta misma virgen Celeste, que os promete lluvias; este mismo Esculapio, inventor de medicinas, que suministró la vida a Socordio, a Tenacio y Asclepiodoto, destinados a morir mañana; si tales dioses, no atreviéndose a desmentir a un cristiano, no confiesan ser demonios, derramad al punto la sangre del procacísimo cristiano. ¿Qué cosa más manifiesta que esto? ¿Qué prueba tan fiel como ésta? La simple verdad ahí la tenéis, asistida del poder que le es propio: no hay lugar a sospechas. ¿Es eso magia o cualquier truco del mismo jaez? Decidlo si vuestros ojos y oídos os lo permiten.

Pues, ¿qué cabe objetar a lo que con tan desnuda sinceridad se muestra? Si por una parte son verdaderos dioses, ¿por qué mienten diciendo ser demonios? ¿Sería por obedecernos? Ved cómo está sometida a los cristianos vuestra divinidad, la que ciertamente no ha de tomarse por divinidad cuando se ve al hombre sometida y aun a sus enemigos si hacen algo en su deshonra.

Por otra parte, si son demonios o bien ángeles, ¿por qué en otras partes responden que hacen papel de dioses? Porque es cierto que, como los conceptuados dioses no hubieran querido llamarse demonios, si verdaderamente fuesen dioses, para no perder su majestad, asimismo los que vosotros conocéis positivamente como demonios no osarían hacerse de dioses si realmente existieran esos dioses cuyos nombres usurpan, temiendo abusar de la majestad de los que, sin duda, les son superiores y temibles.

Así, pues, lo que vosotros tenéis por divinidad no es tal, que si lo fuese, ni los demonios la usurparían, ni los dioses la negarían. Como entrambas partes concurren en la misma confesión negando ser dioses, reconoced que son una sola casta, o sea, demonios.

Buscad ya dioses entre unos y otros, que reconoceréis a demonios en los que creíais ser dioses. Pero, gracias a nosotros, vuestros dioses no os revelan tan sólo que ni ellos ni otros son dioses, sino que os enseñan además, por inmediata consecuencia, quién es el verdadero Dios, si es el que los cristianos confiesan, y sólo El, y si es preciso creer en El y adorarle, conforme la fe y doctrina de los cristianos lo prescribe.

---

85. Son los ariolos o adivinos. *Ariolus*, de *ara* o altar.

Entonces os dirán: Y ¿quién es ese Cristo con su fabulosa historia? Si es un hombre de vulgar condición, si es un mago, si ha sido furtivamente cogido por sus discípulos después de muerto, si yace ahora en los infiernos o si no está más bien en los cielos y desde allí ha de venir cuando todo el mundo retiemble con horror del orbe, con el llanto de todos, mas no de los cristianos, con la majestad de Aquél, que es el supremo poder de Dios, el Espíritu de Dios, su Verbo, su Sabiduría, su Inteligencia y el Hijo de Dios.

Ríanse con vosotros de lo que vosotros os reís; nieguen que Cristo juzgará a todas las almas desde el principio de los tiempos, después de la restitución de los cuerpos; digan, si les place, que son Minos y Radamanto los designados por la suerte para presidir a ese tribunal, según el común parecer de Platón y de los poetas [86].

¡Borren siquiera el estigma de su vergonzosa condenación! Nieguen ser espíritus inmundos, lo que basta a probar su alimento, que es la sangre, el vaho y la carne de animales quemada en sus infectas piras, y las impurísimas lenguas de sus mismos sacerdotes. Nieguen que, por su maldad, están de antemano condenados para el día del juicio con todos sus adoradores y ministros.

Pero todo el imperio y el poder que sobre ellos tenemos radica en que pronunciamos el nombre de Cristo y enumeramos todos los castigos que les amenazan y que de Dios esperan por Cristo, su Juez. Como temen a Cristo en Dios y a Dios en Cristo, sométense a los servidores de Dios y de Cristo. Por lo cual, al mero contacto de nuestras manos, al menor soplo de nuestra boca, aterrados por la imagen y el pensamiento del fuego que les aguarda, salen aun de los cuerpos de los hombres obedeciendo a nuestro mandato, bien que con desgana y dolor, avergonzados ante vuestra presencia. Creedles cuando dicen verdad de sí mismos, así como los creéis cuando mienten. Nadie miente por deshonrarse, antes bien por vanidad, por donde más fácilmente creemos a quienes confiesan en contra de sí que a los que niegan a favor propio.

Finalmente, estos testimonios de vuestros dioses que suelen dar los cristianos son tales que con toda frecuencia, tras de creerlos, he-

---

86. Minos, hijo de Júpiter y de Europa, rey y legislador de Creta, fue tan justo que se le designó juez de los infiernos con su hermano Radamanto y Eaco, rey de Egino.

mos creído también en el Señor por Cristo [87]. Ellos son los que inflaman nuestra fe en las Escrituras, los que edifican la confianza que tenemos en nuestra esperanza.

¡Y aún les honráis, que yo sepa, con la sangre de cristianos! No quisieran perderos, siendo como sois útiles, tan obsequioso, aunque sólo fuera por no verse desechados por vosotros mismos al haceros un día cristianos, si les fuera dado mentir cuando están bajo el poder de un cristiano que quiere probaros la verdad.

---

87. Se ve por aquí que se verificaba con toda frecuencia al pie de la letra aquello del Evangelio "Arrojarán en mi nombre los demonios" y que muchos paganos, al contemplar los maravillosos efectos del exorcismo practicado por la Iglesia, creían en el Dios verdadero y se convertían al cristianismo.

C. LIBERTAD RELIGIOSA.–Los cristianos no son sacrílegos no adorando a los dioses, por cuanto no son dioses. Los paganos, sí, que son impíos por no adorar al Dios verdadero.

(Cap. XXIV.) Toda esa confesión de aquellos que reconocen no ser dioses y no haber otro Dios sino Aquél a quien nosotros pertenecemos, es bastante idónea para alejar de nosotros el crimen de lesa patria y más de lesa religión romana. Porque si es cierto que vuestros dioses no existen, cierto es también que no existe vuestra religión, y si es cierto que vuestra religión no es tal por no existir ciertamente vuestros dioses, cierto es asimismo que no somos nosotros reos de lesa religión.

Antes al contrario, sobre vosotros rebotará tal imputación, pues adorando la mentira y no contentos con descuidar la religión verdadera del Dios verdadero, llegáis aún a combatirla, cometiendo verdaderamente un crimen de verdadera irreligiosidad.

Ahora bien: suponiendo que consta ser dioses vuestros dioses, ¿no concedéis que, según la común opinión, existe un Dios más alto y poderoso, como el Príncipe del mundo, de perfecto poder y majestad? Porque esa es la idea que muchos se forman de la Divinidad, al atribuir a uno solo el imperio del sumo dominio y al repartir los diversos oficios entre muchos, como lo hace Platón cuando pinta a Júpiter magno escoltado en el cielo por un ejército de dioses y aun de demonios. Por eso conviene que esos procuradores y prefectos y presidente sean honrados como él [88].

Y sin embargo, ¿qué crimen comete el que procura tener más bien propicio al César, y cifra en él su afán y su esperanza, y el que no atribuye el nombre de Dios, como el de emperador, a nadie sino al Dios supremo, pues se considera crimen capital el llamar o el sufrir que se llame César a otro que el mismo César?

---

88. Zeus es el gran príncipe de los cielos. (En Fedro, 26.)

Adore el uno a Dios, el otro a Júpiter; tienda otro al cielo sus manos suplicantes, otro al ara de fe; otros, si os parece, cuenten orando las nubes, otros los charcos; ofrezca éste a su dios el alma, el otro la de un macho cabrío.

Mirad bien, en efecto, de que no sea ya un crimen de impiedad el quitar a los hombres la libertad de religión y prohibirles la elección de divinidad, o sea, de no permitirme honre al que yo quiera honrar, forzándome a honrar al que no quiero honrar. Nadie, ni siquiera un hombre, quisiera ser honrado por el que lo hace forzado.

Por donde se otorga a los egipcios [89] libertad de practicar su vana superstición, consistente en poner a pájaros y animales al par de los dioses y en condenar a muerte al que hubiere matado alguno de estos dioses suyos. Cada provincia, cada ciudad tiene su dios peculiar, como tiene Siria a Astargate (Astarte), Arabia a Dusares, el Nórico a Beleno, el Africa a Celestis y Mauritania a sus Régulos. Y creo que acabo de nombrar provincias romanas; mas con todo eso no son dioses romanos, porque no tienen mayor culto en Roma que los creados en toda Italia como dioses mediante una consagración municipal, cual sucede con Delventino en Casino [90] con Visidián en Narm, con Ancaria en Asculo (Fiésole), con Nortia en Volsini, con Valencia en Otrícolo (Umbría), con Hostia en Sutri y con la Juno de los Faliscos (Umbría), que recibió el sobrenombre de Curitis en honor de su padre, curis (o patria Cures) [91].

Y nosotros somos los únicos a quienes no es concedido tener religión propia. Ofendemos a los romanos y ni somos reputados por romanos, por cuanto no honramos a un dios que no es de romanos. Gracias a que es el Dios de todos los hombres, de quien, de grado o por fuerza, todos somos. Mas entre vosotros está permitido adorar a todo menos al Dios verdadero QUODVIS COLERE JUS EST PRÆTER DEUM VERUM, como si no fuese más bien el Dios de todos, del que somos todos.

---

89. Los egipcios adoraban al buey apis, al cocodrilo, al ibis, al carnero, al gato, al azor, al chacal, al león, al escarabajo, como aparece en los monumentos. Duschara era el dios nacional de los Nabateos, pueblo árabe. Beleno o Belino, Apolo Beleno honrado en Aquileya más que en Nórica. Sobre *Caelestis*, véase el capítulo XII.

90. Cuando San Benito subió a fundar la abadía de Montecasino halló un altar erigido a Apolo.

91. Cures, ciudad de la Sabina.

D. EL ARGUMENTO POLITICO O RAZON DE ESTADO. Déjese a cada cual adorar a su Dios. Suprimir la libertad religiosa es el verdadero crimen de irreligión.

(Cap. XXV.) Creo haber probado bastante lo que atañe a la falsa y a la verdadera divinidad al demostrar cómo la prueba consiste no sólo en discusiones y en argumentaciones, sino también en los testimonios de aquellos mismos a quienes creéis dioses; no tengo, pues, por qué revolver este tema.

Mas como se presenta aquí de un modo especial la mención del nombre romano, no rehuiré el debate provocado por la pretensión de los que dicen que los romanos han sido elevados a tal altura que ocupan el mundo entero por causa de su acendrada religiosidad, y que tan cierto es existen los dioses que quienes mejor les sirven más prosperan. O sea, que este favor ha sido gracia concedida a los romanos por los dioses.

¡Quien ha dilatado el Imperio ha sido Estérculo [92] y Mutuno y Larentina! No creería yo, en efecto, que dioses forasteros hayan preferido favorecer a gentes extrañas que a la propia y que hayan entregado a gentes de allende los mares el patrio suelo en donde nacieron y crecieron y adquirieron nobleza y recibieron sepultura.

Mire Cibeles si por ventura se prendó de la ciudad de Roma en recuerdo de la raza troyana gente de su país, a la que, sin duda, protegió contra las armas de los Aquivos (griegos), y si se preocupó de ser trasladada a sus vengadores, quienes sabían vencerían a los griegos, vencedores de Frigia. Por eso, en nuestros propios días ha dado, al ser transportada a Roma, una espléndida prueba de su poder: cuando a la muerte de Marco Aurelio, arrebatado a la República junto a Sirmio el día 16 de las calendas de abril (17 de marzo 180) el santísimo archigalo [93], libando sangre impura mientras desgarraba sus brazos [94], el nono día de las mismas calendas (24 marzo), prescribió preces ordinarias por la conservación del emperador Marco, el cual ya estaba muerto.

---

92. Dios que presidía al estercolar la tierra. Mutuno era el dios de la fecundación; Estérculo y Mutuno eran dioses *indígites*, o sea, nacionales.
93. Archigalo llamaban al gran sacerdote de Cibeles.
94. Marco Aurelio murió en Sirmio (Panomia) en la guerra contra los marcomanos, pero en 178 después de Jesucristo.

¡Oh tardos emisarios! ¡Oh somnolentas misivas, por cuya falta Cibeles no supo antes la muerte del emperador, para que los cristianos no se riesen de semejante diosa!

Y pasando a Júpiter, no hubiera éste consentido que su isla de Creta sufriese el choque de los fascios romanos, ni hubiera olvidado el antro famoso, del monte Ida [95], y los broncíneos timbales de los coribantes, y el delicioso perfume de su nodriza, que allí tenía. ¿No hubiera preferido aquel sepulcro a todos los Capitolios, a fin de que aquella tierra, que cubrió las cenizas de Júpiter, fuese la más ilustre del orbe?

¿Y Juno hubiera querido que la ciudad Púnica, más cara para ella que Samos, fuese destruída, y precisamente por los descendientes de Eneas? En cuanto yo sepa, "allí estuvieron sus armas, allí su carro. Hacer de esta ciudad la reina de las naciones permitiéndolo los hados fue, por lo pronto, el objetivo de sus afanes y su ardiente voto" (Virgilio: "Eneida", I, 16-18). Y esta desventurada, "esposa de Júpiter al par que hermana (Ibíd., 46), ¡nada pudo en contra de los Destinos!" "¡Júpiter mismo está a lo que dice el Hado! FATO STAT JUPITER IPSE!".

Y, sin embargo, a los tales Destinos, que les entregaron a Cartago a despecho de su voluntad y del deseo de Juno, ¡los romanos no tributaron tantos homenajes como a la prostituidísima loba Clarentina! [96].

Averiguado es que varios de vuestros dioses reinaron. Luego, si tienen ahora potestad de entregar el Imperio allá cuando ellos mismos reinaron, ¿de quién habían recibido ese favor? ¿A qué dios Saturno o Júpiter habían adorado? ¿Quizás a algún Estérculo? Pero los romanos no le admitieron sino más tarde en su "formulario de invocaciones".

Pero además si algunos de vuestros dioses no reinaron, otros reinaban y no les adoraban, ya que nadie aún les conceptuaba dioses. Luego, de otros es dar el reino, pues se reinaba ya mucho antes de que estos dioses se tuviesen por tales.

Pues, ¡qué flaco fundamento el de atribuir la pujanza del nombre romano a los méritos de su religiosidad, siendo así que la religión no progresó sino tras del Imperio, o mejor, el reino, porque no era sino un simple reino! Porque, si bien Numa concibió el celo supersticioso, el culto romano no consistía aún en estatuas ni en templos. La religión

---

95. El monte Ida, de Creta, no el de Frigia.
96. Es la famosa Larentina, nodriza de Rómulo y Remo después de la loba.

era frugal, los ritos sencillos y no había Capitolios que compitiesen con el cielo, sino altares de césped, como provisionalmente erigidos, vasos de barro de Samos y en ellos humo que salía, pero dios por ninguna parte. En efecto, el genio de griegos y de etruscos [97] no había aún inundado a Roma de estatuas que los simulasen. Y así, los romanos no fueron religiosos ante de ser grandes; por tanto, no son grandes por ser religiosos.

¿Cómo han de ser grandes por su religión, cuando precisamente la grandeza les viene de su irreligiosidad? Si no me equivoco, todo reino o imperio se establece con la guerra y se dilata con victorias. Ahora bien, las guerras y las victorias implican con frecuencia destrucción de ciudades, cosa que nunca ocurre sin afrenta de los dioses. Destrúyense sus templos al par que las murallas; matanzas de ciudadanos lo mismo que de sacerdotes, sin diferencia entre las rapiñas de las sagradas riquezas y de las profanas. Tantos son los sacrilegios de los romanos cuantos son sus trofeos; tantos los triunfos sobre los dioses como sobre los pueblos; tantos objetos de botín cuantos son los simulacros que todavía quedan de dioses cautivos.

Estos dioses consienten ser adorados por sus enemigos y les conceden un imperio sin fronteras, ¡cuando debieran más bien castigar los ultrajes que premiar sus adulaciones! Pero los que nada sienten, tan impunemente son ofendidos como vanamente son adorados. Cierto: no podemos convenir en que los méritos religiosos hayan causado la pujanza *del pueblo romano,* toda vez que, como hemos sugerido, crecieron hiriendo a la religión o creciendo la hirieron. Y aquellos mismos cuyos reinos quedaron en uno fundidos para formar el total del Imperio romano, cuando los perdieron no dejaban ellos también de tener sus religiones.

No los dioses, sino el único Dios es quien ha dado el poderío a los romanos.

(Cap. XXVI.) Ved, pues, si el dispensador de reinos, cuyo es el orbe sometido a los reyes y el hombre mismo que reina; ved si el que regula las vicisitudes de los imperios, designando a cada cual su tiempo en el fluir de los siglos, no es el que existió antes de los tiempos y

---

97. Efectivamente, las estatuas de Roma o son etruscas o son griegas; pocas hay de origen puramente romano en los antiguos tiempos.

quien de la suma de los siglos ha hecho el total del tiempo. Ved si no es El quien levanta a las sociedades y las hunde. ¿Bajo quién reinaba en otro tiempo el humano linaje, cuando aún no existían ciudades? ¿Por qué andáis equivocados? Roma, hecha aún una aldea, es más antigua que varios de vuestros dioses. Reinaba ya antes de construir el vasto recinto del Capitolio. Reinaron también los babilonios antes que los Pontífices, los medios antes que los quindecenviros [98], los egipcios antes que los salios, los asirios antes que los Lupercos, las amazonas antes que las vírgenes vestales.

En fin, si son los dioses romanos quienes dispensan los reinos, nunca la Judea hubiera reinado en el pasado, pues despreciaba a estas divinidades comunes a los pueblos. Y sin embargo, vosotros, romanos, habéis honrado a su Dios con víctimas, a su templo con ofrendas, a la nación misma allá cuando fue vuestra aliada, y jamás hubierais dominado sobre ella si no hubiera, al fin, pecado contra Cristo.

E. REFUTA UNA OBJECION.–Sacrificad a los dioses para salvaros y pensad luego como queráis.

a) Eso sería traicionar a nuestra fe, por la cual debemos morir, venciendo con ello al espíritu del mal.

(Cap. XXVII.) Baste esto en contra de la inculpación de lesa religión y divinidad, con lo cual, más que herirla, hemos demostrado que no existe. Y así, cuando se nos provoca a sacrificar, paramos el paso fiándonos a nuestra conciencia, la que nos testifica a quién van tales homenajes, al parecer ofrecidos a las imágenes que vosotros exponéis, a los mortales que vosotros endiosáis.

Pero hay quienes reputan demencia el que pudiendo sacrificar en el momento mismo e irnos ilesos, guardando adentro nuestra propia convicción, prefiramos la obstinación a la salvación. ¡Con lo cual efectivamente nos dais un consejo para engañaros!

Pero sabemos bien de dónde proceden tales sugerencias, quién menea todo esto y cómo, ya por astucia de persuasión, ya por dureza en el tormento, se trabaja en derribar nuestra constancia. Es aquel es-

---

98. Los quindecenviros eran los que guardaban los Libros Sibilinos para consultar sus oráculos en caso de peligro para el imperio; ellos también velaban por la pureza de la religión.

píritu compuesto de demonio y de ángel que, siendo émulo nuestro por causa de su rebelión contra Dios y envidioso de nosotros por la gracia que Dios nos otorga, lucha contra nosotros emboscado en vuestros espíritus preparados y corrompidos, empujándolos a juzgar con esa perversidad y para ensañarse con esa iniquidad de que hablamos al principio. Porque si bien nos está sometido todo el ímpetu de los demonios y de tales espíritus, cual malos esclavos juntan en sí al miedo la contumacia y procuran dañar a los que por otra parte temen, porque también el temor inspira odio, además de que su desesperada condición, consecuencia de su condenación anticipada, reputa un consuelo el poder disfrutar de cuando en cuando de su malignidad, debido a la dilación de su pena. Y, sin embargo, una vez que se les sujeta, tornan a su condición y ruegan de cerca a los que atacan de lejos.

Por lo cual, semejantes a esos condenados que se rebelan en los ergástulos, en las prisiones, en las minas o en cualquier género de servidumbre penal, lánzanse contra nosotros, que los tenemos sujetos a nuestro arbitrio, ciertos de que son inferiores y de que su furor tiene que ser para su mayor perdición; con desgana les hacemos frente, cual si fueran tan poderosos como nosotros, y rechazamos perseverantes sus asaltos, sin que nuestro triunfo sea nunca tan glorioso como cuando somos condenados por nuestra obstinación en la fe.

b) La religión es asunto de buena voluntad y no admite violencia. Nueva reivindicación de la libertad de conciencia.

(Cap. XXVIII.) Mas como fácilmente parecería injusto forzar a hombres libres a sacrificar contra su voluntad –pues, por otra parte, se prescribe buena voluntad para ofrecer un sacrificio–, ciertamente se estimaría inepto el que fuese uno constreñido a honrar a los dioses, cuando por propio interés debiera él mismo aplacarlos, no sea que pudiese decir en nombre de su libertad: "No quiero que Júpiter me sea propicio. Tú, ¿en qué te metes? Que no me vuelva airado cualquiera de sus dos caras. ¿Qué tienes que ver conmigo?".

Sin duda, habéis sido adiestrados por esos mismos espíritus a forzarnos a sacrificar por la salud del emperador, tanto imponiéndoos a vosotros la necesidad de violentar como a nosotros la obligación de exponernos.

II. LESA MAJESTAD
(Capítulos 30-45)

Este crimen es mayor para los romanos que el de sacrilegio. Los emperadores son para ellos más que los dioses, por ser más temible la majestad augusta.

Estamos ya en el segundo título de acusación, o sea, el de lesa majestad más augusta que los dioses, pues servís al César con mayor miedo y timidez más astuta que al mismo Júpiter Olímpico, y con razón, si sabéis lo que hacéis. Porque, ¿quién de entre los vivos no vale más que cualquier muerto?

Mas ni aun esto lo hacéis vosotros movidos tanto por la reflexión como por respeto a un poder presto a ejecutar; añado que aun en eso estáis convencidos de irreligiosidad para con vuestros dioses, pues tributáis mayor reverencia a un señor humano. Entre vosotros, finalmente, antes se perjura por todos los dioses que por el único genio del César.

A. ACTITUD DE LOS CRISTIANOS RESPECTO AL EMPERADOR.

1. Los dioses nada pueden en pro del emperador, y no se le falta no sacrificando por él a dioses impotentes.

(Cap. XXIX.) Conste, pues, lo primero: si esos dioses a quienes se sacrifica son capaces de conceder la salud al emperador o a un hombre cualquiera, podréis entonces achacarnos crimen de lesa majestad. Si los ángeles caídos o los demonios, espíritus pésimos por naturaleza, hacen algún beneficio, si perdidos ellos salvan, si condenados libran, si finalmente –lo que está en vuestra conciencia–, si muertos protegen a los vivos, ciertamente lo primero habrían de proteger a sus

propias estatuas e imágenes y templos, lo que creo se conservan merced a la protección de la guardia que los Césares les prestan. Estimo también que la materia misma de las minas de los Césares proviene y que todos los templos perduran por voluntad del César. Por fin, muchos dioses tuvieron al César contra sí airado, y abona también mi causa, si le hallan propicio, cuando les ha otorgado alguna liberalidad o algún privilegio. Y así los que bajo el dominio del César están dependiendo de él en todo, ¿cómo tendrán la salud del César en sus manos para que ellos se la den, siendo ellos los que más fácilmente la consiguen del César? [99]

Atentamos, pues, contra la majestad de los emperadores por no someternos a sus cosas, porque no jugamos con su salud al no creer que están en poder de manos soldadas con plomo.

Y vosotros sois religiosos por buscarla donde no está y pedirla de quien no puede darla, olvidando a Aquél en cuyo poder está. Es más: ¡declaráis la guerra a los que saben pedirla, a los que además saben alcanzarla porque saben pedirla!

2. Los cristianos oran por el emperador al Dios verdadero, que es omnipotente.

(Cap. XXX.) Porque nosotros invocamos por la salud de los emperadores al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo, al que los mismos emperadores prefieren tener propicio antes que a todos los demás. Saben que El les ha dado el Imperio; saben, en cuanto hombres, quién les ha otorgado también la vida; sienten ser El el único Dios, bajo cuyo único poder están, viniendo en segundo lugar en pos de El y siendo los primeros, después de El, antes que todos y sobre todos los dioses.

Y ¿por qué no, si están sobre todos los hombres que ciertamente viven y sobre los muertos? Recapacitan hasta dónde alcanzan las fuerzas de su mando y ven así cómo Dios existe, reconociendo que contra El nada pueden y que por El son poderosos.

99. Cuéntase que Calígula tenía celos de Júpiter Capitolino y que le decía amenazándole: "O me quitas o te quito." Este mismo emperador hizo decapitar las estatuas de los dioses traídas de Grecia, especialmente la de Júpiter, reemplazándola por la suya. (Suetonio.)

Finalmente, que el emperador declare al cielo la guerra, que arrastre triunfante al cielo cautivo, que ponga centinelas en el firmamento, que le imponga tributos. No lo puede: es grande por ser menor que el cielo:

IDEO MAGNUS EST
QUIA CÆLO MINOR EST.

El mismo es de Aquel de quien es el cielo y toda criatura. De allí es el emperador, de donde es el hombre antes de ser emperador; de allí le viene el poder, de donde el respiro:

INDE POTESTAS ILLI,
UNDE ET SPIRITUS.

Allí miran los cristianos MANOS EXTENDIDAS, POR SER INOCENTES [100]; CABEZA DESCUBIERTA, PORQUE NO TENEMOS DE QUÉ SONROJARNOS; FINALMENTE SIN REPETIDOR, PORQUE ORAMOS CON EL CORAZÓN [101]. Pedimos todos siempre por todos los emperadores larga vida, Imperio tranquilo, palacio seguro, Ejército fuerte, Senado fiel, pueblo leal, orbe apaciguado y todo cuanto puede un hombre y un César anhelar.

Estas cosas no las puedo pedir sino del que sé que he de conseguirlas, por ser El el único que las da y yo el que debe implorarlas; yo, su siervo, siendo el único que guardo sus mandamientos, que muero por su Ley, que le ofrezco una víctima ópima y mayor, la que El mismo mandó, una oración procedente de carne casta, de alma inocente, de Espíritu Santo. No son granos de incienso de lágrimas de un árbol de Arabia, ni dos gotas de generoso vino, ni sangre de un buey de desecho que sólo desea morir, ni, tras de todas estas cosas inmundas, una conciencia sucia.

Me asombro cuando entre vosotros se prueban las hostias por viciosísimos sacerdotes. ¿Por qué no se examinan más bien las entrañas de los propios sacrificantes que las de las víctimas? [102]

Así, pues, cuando oramos a Dios brazos en alto desgárrennos los garfios, cuélguennos las cruces, lámannos los fuegos, córtennos el cuello las espadas, brinquen sobre nosotros las fieras. PREPARADO ESTÁ PARA CUALQUIER SUPLICIO EL CRISTIANO EN ACTITUD ORANTE. ¡Animo,

100. Efectivamente, en esta bella y expresiva actitud se ven las orantes de las catacumbas y sigue todavía orando el sacerdote en la liturgia de la misa.
101. "De pectore oramus". La oración cristiana no es larga y vana palabrería: es la íntima vibración del espíritu traducida en palabras de la boca, en gestos del cuerpo, en latidos del corazón.

buenos presidentes! Arrancad el alma que a Dios suplica por el emperador. Aquí está el crimen donde está la verdad de Dios y la fidelidad a El.

Las divinas Escrituras imponen al cristiano como un deber el orar por los príncipes y gobernantes.

(Cap. XXXI.) Pero quizás acabamos de adular al emperador fingiendo los votos de que hemos hablado para evadir el suplicio.

Esta falacia vuestra ciertamente no es muy útil, pues no permitís, al hacerla, probar cuanto sostenemos. Vosotros, pues, que pensáis no nos preocupamos lo más mínimo de la salud de los Césares, examinad las voces de Dios, nuestras Escrituras, las que nosotros no ocultamos y más de un percance las hace caer en manos de extraños.

Sábete que según ellas es para nosotros un precepto, que lleva a su colmo la benignidad, el de orar a Dios aun por los enemigos y el pedir bienes para nuestros perseguidores. Y ¿quiénes más enemigos y perseguidores de cristianos que aquellos ante los cuales se nos acusa de crimen de lesa majestad?

Y aun se nos dice precisa y manifiestamente: "Orad por los reyes y por los príncipes y los poderes, a fin de que todo sea para vosotros tranquilo" [103]. En efecto, cuando el Imperio se derrumba caen todos sus miembros, y nosotros con ellos, aunque extraños a las turbas, nos hallamos en algún lugar envueltos en la ruina.

3. No pueden jurar los cristianos por el genio del emperador, porque el "genio" es un demonio, pero sí por su salud.

(Cap. XXXII.) Pero tenemos aún otro motivo más apremiante de orar por los emperadores, por la conservación de todo el Imperio y los intereses romanos, pues sabemos que la máxima catástrofe suspensa sobre el orbe universo y la clausura misma del tiempo, que con ho-

---

102. Las *exta* o *harus* que los harúspices examinaban eran el hígado, la hiel, los pulmones, el estómago y los intestinos. Eso se quemaba en el ara; las vísceras o carne comestible se comían.
103. Inculcan esto repetidamente San Pablo y San Pedro en sus epístolas.

rrendas calamidades nos amenaza, se retardan en atención al Imperio romano [104]. Por donde favorecemos a la duración del Imperio romano al suplicar sea diferida, no queriendo tampoco experimentarla nosotros. Y hasta juramos si no por el genio de los Césares, al menos por su salud, más augusta que todos los genios. ¿Ignoráis que los genios se llaman *démonas* o, por emplear el término diminutivo, *demónia*? Nosotros respetamos en los emperadores el juicio de Dios, quien los puso al frente de los pueblos. Sabemos que hay en ellos lo que Dios ha querido haya, por lo que queremos la conservación de los que Dios quiso, y tenemos éstos por gran juramento. En cuanto a los demonios, o sea, los genios, solemos conjurarlos para expulsarlos de los hombres, mas no jurar por ellos prestándoles honores divinos.

4. No pueden los cristianos ver en el emperador un dios, pero sí un elegido de Dios, que merece el mayor respeto.

(Cap. XXXIII.) Mas ¿para qué habré de seguir hablando yo de la religión y de la cristiana piedad respecto al emperador, a quien es necesario miremos como a persona por Nuestro Señor elegida? Y con razón podría decir: El César es más nuestro que de nadie, pues Nuestro Señor le ha constituido.

Por donde tanto más coopero yo por su salud cuanto no sólo la pido para él de Aquél que darla puede o en cuanto la pido siendo tal que merezca impetrarla, sino también en cuanto que poniendo a la majestad del César debajo de Dios, con ello le encomiendo mejor a Dios, pues a El solo le someto. Someto, en efecto, al que no igualo. Y no diré ser dios el emperador, ya por no saber mentir, ya porque no oso burlarme de él, bien porque ni él mismo quisiera ser llamado dios. Si es hombre, interés suyo es el ceder ante Dios: bástele ser llamado emperador. Grande es también este nombre, regalo de Dios. Niega al emperador quien dice que es dios. Si no es hombre tampoco es emperador. Aun cuando va triunfante en aquella magnífica carroza se le

104. Tertuliano y muchos otros, interpretando mal el *quitenet* de San Pablo (Thesal., II, 7-8), creían que lo que dice del mundo y de su fin en general se aplicaba al imperio romano, que había de durar hasta el fin de los siglos. Tal era la importancia que atribuían a la supervivencia de aquel coloso político; abatido éste, pensaban se derrumbaría todo.

advierte que es hombre, porque a la espalda se le va diciendo por lo bajo: "¡Mira en pos de ti! ¡Acuérdate que eres hombre!" [105]. Y ciertamente tanto mayor es su gozo viéndose brillar con tanta gloria que es necesario amonestarle acerca de su condición. Menos grande fuera si entonces se le llamase dios, porque no se lo llamarían con verdad. Más grande es cuando se le recuerda que no debe tenerse por un dios.

5. Los cristianos no pueden llamar al emperador ni señor ni maestro ni dios, nombres exclusivos de Dios.

(Cap. XXXIV.) Augusto, el fundador del Imperio, ni siquiera quería le llamasen "señor", siendo también este sobrenombre propio de Dios. Llamaré, sí, señor al emperador, pero al modo usual y cuando no me veo precisado a dárselo en el sentido mismo en que se lo doy a Dios. Por lo demás, libre soy para con él: un solo Señor tengo, Dios omnipotente y eterno, el mismo que él también tiene.

Quien es el "padre de la patria", ¿cómo puede ser el señor? Pero es más agradable un nombre de piedad que de potestad: aun dentro de la familia, llámaseles más bien padres que señores. Tan lejos está el que se deba llamar dios al emperador, lo que no puede creer la más vergonzosa y perniciosa de las adulaciones. Si teniendo un emperador llamas así a otro, ¿no contraes una gravísima e inexorable ofensa ante el que es en realidad tu emperador?

Sé religioso con Dios, tú que quieres sea El propicio con el emperador. Deja de adorar o de creer en otro y, por tanto, de llamar dios al que necesita de Dios. Si tamaña adulación no se avergüenza de la mentira, al llamar dios a un hombre, tema siquiera un infausto suceso. Acarrea maldición el llamar dios al emperador antes de la apoteosis [106].

---

105. Una reminiscencia de esto tenemos todavía en la ceremonia de la consagración de los Papas. "¡Qué majestad en este lenguaje!... Jamás la elocuencia profana, aun en sus más bellos momentos, se ha elevado a tales alturas." (Mgr. Freppel.)

106. Si el hijo de Divus Julius fue consagrado por el Senado *Divus Augustus* (santo), antes del siglo III ningún emperador quiso llevar en vida el título de dios sino a seguidas de la admisión en Roma de los dioses forasteros. Aureliano (año 200) empezó a llamarse "deus et dominus natus". Después de la muerte de un príncipe, el Senado hacía su apoteosis o consagración, introduciéndole entre los dioses, o bien "abolía su memoria".

B. LOS CRISTIANOS ANTE EL ESTADO.

1. No puede acusarse a los cristianos de ser enemigos del Estado por no asistir a los festejos imperiales, que son, o escandalosos, o hipócritas.

(Cap. XXXV.) Así que los cristianos son enemigos públicos, por cuanto no tributan honores ni mentirosos ni temerarios a los emperadores, pues, como hombres que tienen la verdadera religión, celebran las fiestas de los emperadores en su intimidad, no en medio de las orgías.

Grandioso homenaje, ciertamente, el sacar a pública calle los braseros y divanes, el banquetear en los barrios, el transformar la ciudad en taberna, el convertir en vino el lodo, el correr en cuadrillas para entregarse a las injurias, a las indecencias, a los placeres del vicio. ¡Así se expresa la pública alegría por la pública desvergüenza! Y si esto no conviene a los demás días, ¿convendrá a los días solemenes [107] de los príncipes? ¿Los que observan la ley por respeto al César la descuidarán ahora por causa del César y la licencia para el desenfreno será piedad? ¿A la ocasión de lujuria se la reputará fiesta religiosa?

¡Oh, cuán justamente seremos condenados! ¿Por qué, pues, nos escurrimos de pagar nuestros votos y gozos por los Césares y celebramos sus fiestas sin dejar de ser castos, sobrios y decentes? ¿Por qué en el día de la alegría no sombreamos con laurel nuestros dinteles ni hacemos palidecer al día con nuestras antorchas? ¿Honesta cosa es, cuando la solemnidad pública lo exige, dar a tu casa el aspecto de algún nuevo lupanar? [108]

Y, sin embargo, en el culto que a esa segunda majestad tributáis, que se nos acusa a nosotros, cristianos, de ofender con un segundo sacrilegio por no prestarnos a celebrar con vosotros las fiestas de los emperadores en forma tal que ni la modestia lo permite, ni la vergüenza, ni el pudor, pero que os ha aconsejado el afán del goce más que la digna razón; en ese culto, digo, quisiera mostrar hasta dónde alcanzan vuestra buena fe y sinceridad para ver si aún en eso los que no nos quieren tener por romanos, e incluso nos tildan de hostiles a los empe-

---

107. Días solemnes eran el Natalis Caesaris y el Natalis Imperii, como también los "Vota pública", en que se hacían en el Capitolio sacrificios y oraciones por la salud de la República.
108. Lupanar: de *lupa*, loba o meretriz.

radores, no serán aún en esto sorprendidos como peores que los cristianos.

Emplazo a los mismos Quirites [109] y a la misma plebe que puebla las siete colinas (de Roma): ¿Hay por ventura algún César suyo al que haya perdonado la lengua de los romanos? Testigo es el Tíber [110] y las escuelas de los bestiarios [111]. Y si naturaleza hubiera puesto ante los corazones una especie de espejo que transparentase los pensamientos, ¿qué romano hay en cuyo corazón no se viera grabada la escena de un césar sucediendo sin interrupción a otro césar y presidiendo a la distribución del congiario [112], y eso en el momento mismo en que aclaman: "¡De nuestros años te añada años Júpiter!".

No sabe decir esto un cristiano, como tampoco sabe desear nuevo emperador.

Pero dices: "Es el vulgo."

Pase como vulgo, aunque son romanos y no hay nadie tan rabioso contra los cristianos como la plebe. En apariencia, las otras clases del Estado son sinceramente religiosas en proporción de su elevación: ninguna hostilidad proviene del Senado mismo, del orden ecuestre, de los campamentos, de los palacios. ¿De dónde salieron los Casios y los Negros y los Albinos? [113] ¿De dónde los que en el lugar, "entre los dos laureles", atacan al césar? ¿De dónde los que, para ejercicio de palestra, le estrujan el cuello? ¿De dónde los que irrumpen armados

---

109. Llamábase Quirites al pueblo romano en general. Populus Romanus Quiritium; de *quiris o curis,* lanza, o de Cures, ciudad situada en una de las siete colinas de Roma.

110. Rozando con las márgenes del Tíber estaban los barrios populares de Roma: el Velabro con su foro *boario*, donde se vendían bueyes y ovejas, y su foro *olitorio* para el mercado de frutos de la tierra. Próximo al Tíber estaba también el Campo Marcio, donde se reunían los comicios. El Circo Máximo y el Circo Flaminio no estaban tampoco lejos del río.

111. Escuelas de bestiarios, donde se entrenaban los venatores o bestiarios a la caza de las fieras en el circo.

112. Congiario eran las distribuciones extraordinarias de dinero, trigo, vino, aceite, sal, carne, etc., hechas a la plebe urbana. Viene de *congius*, medida de 3 1/4 litros.

113. Cassio Avidio, sirio, se rebeló contra Marco Aurelio y mandó al ejército a las órdenes de Vero en la guerra contra los Partos. Luego, en 175, se proclamó emperador en Oriente; pero fue asesinado por sus oficiales. Pescenio Niger fue saludado emperador por las legiones en Oriente, pero fue muerto en 194 por Septimio Severo. D. Clodio Albino, proclamado emperador en la Galia, fue derrotado y muerto en Lyón en 197 después de Jesucristo.

en palacio, más audaces que todos los Sigerios y Partenios? [114] De los romanos, si no me equivoco, o sea, de los no cristianos.

Y lo que es más: hasta el punto mismo de estallar su impiedad, todos ellos ofrecían sacrificios por la salud del emperador y juraban por su genio, quiénes en público, quiénes en privado, ¡y seguramente daban a los cristianos el mote de enemigos de la sociedad!

Pero los mismos que aun ahora y a diario se revelan como cómplices y partidarios de alguna criminal conspiración, racimos por recoger tras de esa especie de vendimia de parricidas, ¿no cargaban sus dinteles con ramos de laurel los más verdes y frondosos? ¡Cómo ahumaban sus vestíbulos con las lámparas más altas y luminosas! ¡Cómo se repartían el foro, colocando en él los divanes más elegantes y soberbios; mas no para celebrar las públicas alegrías, sino para aprender a explayar la propia y en ajena fiesta inaugurar el ejemplo e imagen de la esperanza propia, trocando allá dentro del corazón el nombre del príncipe!

Los mismos deberes para con el emperador satisfacen también los que consultan a astrólogos y harúspices, augures y magos, acerca de la cabeza *o vida* de los césares, artes que, inventadas por los ángeles desertores y por Dios prohibidas, no emplean los cristianos ni en su propio interés.

¿Quién precisa escrutar acerca de la salud del césar sino aquel que medita o desea algo contra ella, o quien algo espera o aguarda después de ella? Porque no se consulta con la misma idea acerca de las personas queridas que acerca de los señores [115]: de un modo es curiosa la solicitud de la sangre, de otro la de la servidumbre.

2. Los cristianos quieren el bien del emperador, como quieren el de todos los hombres. Es su deber.

(Cap. XXXVI.) Si esto es así, si quedan convencidos de enemigos públicos los que se llamaban romanos, ¿por qué nosotros, reputados

---

114. Los soldados pretorianos invadieron el palacio donde estaba Pértinax, nombrado por Cónmodo sucesor suyo en el Imperio, y le asesinaron en 193. Sigerio y Dión Casio o Partenio fueron los asesinos de Domiciano.
115. Consultar a magos y hechiceros sobre la salud del emperador fue castigado con pena capital por Septimio Severo.

como enemigos, no somos llamados romanos? No podemos [116] ser romanos y no ser enemigos al ser hallados enemigos los antes tenidos por romanos. Tan cierto es que la piedad y la religión y la fidelidad a los emperadores debidas no consisten en homenajes de esa especie, que aun la hostilidad puede tributar más como velo con que ocultarse, sino por la conducta que la civilidad (otros manuscritos, divinidad) nos obliga a observar respecto al emperador tan sinceramente como con todos. Porque no sólo a los emperadores debemos tributar homenajes, reflejo de nuestros buenos sentimientos. Hacemos el bien sin acepción de personas, porque por nosotros mismos lo hacemos, sin esperar que un hombre nos lo pague con sus alabanzas ni con premio, sino Dios, Juez y remunerador de una benignidad que no hace distinción. Los mismos somos con los emperadores que con los vecinos [117]. Tenemos igualmente prohibido el querer mal, el hacer mal, el decir mal, el pensar mal de cualquiera. TODO CUANTO NO NOS ES LÍCITO CON EL EMPERADOR TAMPOCO LO ES CON NADIE, Y LO QUE CONTRA NADIE, MENOS CONTRA ÉL, QUE POR DON DE DIOS ES TAN GRANDE.

3. A pesar de poderse vengar, los cristianos no piensan hacerlo. No es su estilo.

(Cap. XXXVII.) Si, como arriba dijimos, tenemos mandado amar a los enemigos, ¿a quién habremos de odiar? Y también: si ofendidos no podemos devolver ofensa para no ser iguales en los hechos, luego ¿a quién podemos ofender? (Gobernadores.) Juzgad de esto vosotros mismos. ¡Cuántas veces os ensañáis con los cristianos, obedeciendo ora a vuestra animosidad personal o bien a vuestras leyes! ¡Cuántas veces, sin contar con vosotros, la chusma hostil no se ha precipitado sobre nosotros, por su propio impulso, con piedras y hachas encendidas! A modo de furias bacanales [118], ¡no perdonan ni a los cristianos muertos, llegando a arrancar del descanso de la sepultura, de ese

---

116. Argumentación un tanto sutil: el Estado tiene sus enemigos entre los mismos romanos. Ahora bien, se nos declara enemigos del Estado. Luego somos romanos.
117. Bellísima página sobre el igualitarismo y la dignidad cristiana. "Libertad, igualdad, fraternidad": bella trilogía, de la que tanto vienen abusando los demagogos en contra de la Iglesia; pero es precisamente la Iglesia católica la que más y mejor las ha predicado y practicado.
118. Eran tales los excesos del populacho en las bacanales o fiestas de Baco que el propio Senado prohibió tales cultos ya el año 186 antes de Jesucristo.

como asilo de la muerte, los descompuestos cadáveres, imposibles de identificar, desgarrándolos y haciéndolos tajadas!

Y sin embargo, ¿qué represión de tales ultrajes tenéis que reprochar a gentes que tan bien se entienden, que tanto valor despliegan hasta morir, cuando una sola noche, con algunas antorchas, bastaría a saciar ampliamente nuestra venganza si nos fuera permitido sacudirnos mal con mal?

Pero lejos de nosotros el pensar que una religión divina se sirva, para vengarse, de un fuego encendido por los hombres o que se duela de padecer aquello en que prueba ser tal. Porque si quisiéramos obrar no tanto como secretos vengadores, sino como enemigos declarados, ¿nos faltaría la fuerza del número y de guerreros? ¿Serán más numerosos que nosotros los moros, los marcomanos y los mismos partos o cualquier otro pueblo, por grande que sea, pero al fin confinados en un solo lugar y entre sus fronteras? ¿Son más que esta nación, a la que pertenece toda la tierra?

DE AYER SOMOS Y HEMOS LLENADO TODO LO VUESTRO: ciudades, islas, fortalezas, municipios, aldeas, los mismos campos, tribus, decurias, palacio, Senado, Foro; SÓLO OS HEMOS DEJADO LOS TEMPLOS. Podemos hacer el recuento de vuestros batallones [119]: varios serán los de una sola provincia. Los que tan de buen ánimo nos prestamos a ser degollados, ¿qué no haríamos en cualquier guerra; a qué no estaríamos dispuestos, aun siendo dispares en número, si dentro de esta nuestra doctrina NO FUERA MEJOR SER MUERTOS QUE MATAR? Hubiéramos podido, sin recurso a las armas, apartándonos de vosotros, combatiros ya por el mero hecho de ese divorcio iracundo. Porque si tal masa de hombres hubiésemos roto con vosotros, yéndonos a establecer en cualquier remoto rincón de la tierra, la pérdida de tantos ciudadanos, cualesquiera que sean, hubiera ciertamente cubierto de vergüenza a los amos del mundo; más aún: tamaño abandono hubiera por sí solo bastado para castigarlos.

Sin duda alguna hubierais quedado espantados ante vuestra soledad, ante el silencio de las cosas y de ese como estupor del orbe muerto. Hubierais buscado en vano a quienes mandar. Os hubieran quedado más enemigos que ciudadanos, cuando ahora tenéis menos

119. *Números*, en sentido técnico, significaba las milicias locales, a diferencia de las legiones y tropas auxiliares. Aquí podría traducirse por batallones.

enemigos por causa de la multitud de los cristianos, ya que casi todos los ciudadanos que tenéis en casi todas las ciudades son cristianos.

Pero habéis preferido llamarlos enemigos del género humano más bien que del error humano.

Mas, ¿quién os arrebataría a esos enemigos ocultos que por doquier y siempre devastan vuestros espíritus y vuestra salud, o sea, esos demonios que nosotros arrojamos de vuestros cuerpos sin pedir recompensa ni salario? Nos hubiera bastado, en venganza, abandonaros a esos espíritus inmundos como a bien sin dueño [120].

Pues bien, sin pensar en una compensación por auxilio tan precioso, sin deciros que, lejos de seros gravosa, nuestra raza os es necesaria, habéis vosotros preferido conceptuarnos enemigos, y ciertamente lo somos no ya del género humano, sino del error.

4. Los cristianos no perturban al Estado, por cuanto no aspiran a puestos ni dignidades.

(Cap. XXXVIII.) Por tanto, no procedía tampoco, si quería usarse de un poco de lenidad, contar entre las facciones ilícitas a esta "secta", la que nada hace de cuanto suele temerse de las facciones prohibidas [121].

Y es que, si no me equivoco, la causa de prohibirse las facciones es el proveer por el orden público, a fin de que la sociedad no se divida en partidos, los que fácilmente turbarían los comicios, las asambleas populares, las curias, los mismos espectáculos, por el choque de apetencias rivales cuando ya los ciudadanos habían comenzado a traficar con el concurso de su violencia venal y mercenaria.

Mas en cuanto a nosotros, a quienes la pasión de gloria y de honores nos deja fríos, nada nos es tan indiferente como la cosa pública [122]. UNA SOLA REPÚBLICA CONOCEMOS A TODOS COMÚN: EL MUNDO.

---

120. Por aquí se ve cuán grande era la influencia diabólica en el paganismo y cómo los cristianos, con sus exorcismos, curaban esta plaga y eran benéficos a la sociedad.

121. Ya Julio César había suprimido todos los colegios y hermandades que no fuesen antiguas, por incubarse en ellas sediciones. Exceptuábase, sin embargo, a los colegios funerarios.

122. No quiere decir Tertuliano que al cristiano no le interese la patria ni el bien aun material de la sociedad dentro de la cual vive, ni que sea internacional al modo de los comunistas. Bien debe ser así atendiendo al contexto con otros lugares del libro.

Renunciamos igualmente a vuestros espectáculos, por cuanto renunciamos a las supersticiones que sabemos les dieron origen, y somos extraños a todo cuanto en ellos ocurre. Nada tienen que ver nuestra lengua, vista y oídos con el frenesí del circo, con la lascivia del teatro, con la atrocidad de la arena, con la frivolidad del xisto [123].

¿En qué os ofendemos al preferir distintas diversiones? Y, en fin, si no queremos divertirnos, el perjuicio para nosotros será, si perjuicio hay en ello, y no para vosotros.

Pero *decís:* "Reprobamos lo que os gusta." Tampoco a vosotros os gusta lo nuestro. Permitióse, sin embargo, a los epicúreos decretar una nueva teoría sobre el placer, que es la quietud del alma [124].

5. La comunidad cristiana es inofensiva. Admirable cuadro de la vida que lleva.

(Cap. XXXIX.) Comenzaré ya a exponer yo mismo las ocupaciones de la "facción cristiana", por donde, habiendo refutado el mal, demostraré el bien.

Somos una corporación, CORPUS SUMUS [125], por la comunidad de religión, la unidad de disciplina y el vínculo de una esperanza. Nos juntamos en asamblea y congregación para ASALTAR A DIOS CON NUESTRAS ORACIONES como a carga cerrada. ESTA VIOLENCIA ES A DIOS GRATA: *Haec vis Deo grata est.* Oramos también por los emperadores, por sus ministros y por las autoridades, por el estado presente del siglo, por la paz del mundo, por la dilación del fin [126].

Nos reunimos para recordar las Divinas Letras, por si la índole de los tiempos presentes nos obliga a buscar en ellas o premoniciones *para el futuro* o explicaciones *del pasado*. Es cierto que con esas santas palabras apacentamos nuestra fe, *fidem sanctis vocibus pascimus,*

---

123. Xisto llamaban a la galería cubierta del gimnasio donde se entrenaban los atletas.

124. La llamaban en griego *ataraxia o apraxía.*

125. Solemne y lapidaria afirmación del Cuerpo místico de Cristo paulino. He ahí el secreto de la fuerza del cristianismo: formamos todos un cuerpo como miembros que tienen a Cristo por espiritual Cabeza. Con eso, invencibles y grandes y santos y dioses por participación que da la gracia, ya que no la naturaleza.

126. Curiosa petición la de aquellos antiguos cristianos que orban por que el fin del mundo viniera más tarde. Y tenían razón: con ello el número de los justos podrá ser mayor y mayor también la glorificación de Dios Creador, Redentor y Remunerador.

levantamos nuestras esperanza, fijamos nuestra confianza, apretamos asimismo nuestra disciplina inculcando los preceptos. En tales asambleas se tienen también las exhortaciones, los castigos, las reprensiones en nombre de Dios.

Porque entre nosotros se juzga con gran peso, ciertos como estamos de la presencia de Dios, siendo un terrible precedente para el futuro Juicio si alguien de nosotros hubiere delinquido de tal modo que se aleje de la comunión en la oración de las juntas y de todo santo comercio [127].

Presiden bien probados ancianos, que han alcanzado tal honor no con dinero, sino por el testimonio de su santa vida, porque ninguna cosa de Dios cuesta dinero. Y aunque exista entre nosotros una caja común no se forma con una "suma honoraria" puesta por los elegidos, como si la religión fuese sacada a subasta. Cada cual cotiza una módica cuota en día fijo del mes, cuando quiere y si quiere y si puede, porque a nadie se le obliga: espontáneamente contribuye. Estos son como los fondos de piedad. Porque de ellos no se saca para banquetes, ni libaciones, ni estériles comilonas, sino para alimentar y sepultar menesterosos, y niños y doncellas huérfanos, y a los criados ya viejos, como también a los náufragos, y si hay quienes estuvieran en minas, en islas, en prisiones únicamente por la causa de nuestro Dios, son también alimentados por la religión que profesan [128].

Y esta práctica de la caridad es más que nada lo que a los ojos de muchos nos imprime un sello peculiar. "VED –dicen– CÓMO SE AMAN ENTRE SÍ" [129]. *Vide ut invicem se diligant!*, ya que ellos mutuamente se odian. "Y cómo están dispuestos a morir unos por otros", cuando ellos están más bien preparados a matarse los unos a los otros.

Y eso de que nos tengamos por "hermanos" no lo censuran, a lo que pienso, sino por cuanto entre ellos todo nombre de parentesco lo dan únicamente por afecto fingido. Pero es que somos también vues-

---

127. Es la tan temida y tan temible excomunión, que desgaja del Cuerpo místico y, por tanto, de la vida divina.
128. He aquí el gran móvil de la beneficencia, la que desde un principio, como retoño natural, brotó del árbol cristiano. La caridad es filantropía y, más que filantropía, es amor a Dios en su criatura, que es nuestro prójimo, nuestro hermano, nuestro conmiembro si está bautizado.
129. Vergüenza da que puedan decir otro tanto hoy día nuestros enemigos cuando ven que no nos amamos.

tros hermanos por derecho de naturaleza, nuestra madre común, aunque vosotros sois poco hombres a fuer de malos hermanos. Y en cambio, ¡cuánto más dignamente se dicen y son hermanos los que reconocen en Dios al Padre común, los que beben un solo Espíritu de santidad, los que, nacidos de un mismo seno de ignorancia, han visto con asombro la misma luz de la Verdad!

Mas puede suceder que se nos mire como a hermanos menos legítimos por no haber tragedia alguna que declame acerca de nuestra fraternidad o bien porque usamos como hermanos de nuestros bienes familiares, los que entre vosotros rompen la fraternidad. Por donde los que convivimos compenetrados en espíritu y en alma, *animo animaque miscemur,* no dudamos en comunicar con otros nuestras cosas. TODO ENTRE NOSOTROS ES CÓMÚN, MENOS LAS MUJERES: *Omnia indiscreta apud nos, præter uxores* [130]. En este punto rompemos el consorcio, en el único en que los demás hombres practican el consorcio, pues no sólo usurpan las mujeres de sus amigos, sino que pacientísimamente suministran la propia a sus amigos, siguiendo en esto, creo, la doctrina de los mayores y de los más grandes sabios: del griego Sócrates y del romano Catón, quienes entregaron sus mujeres a sus amigos [131], aun cuando las desposaron, sin duda, para que les diesen hijos, aunque fuesen de otros, no sé si contra la voluntad de ellas. Porque, ¿cómo se habían de preocupar ellas de la castidad que los maridos tan baratamente habían dado? ¡Oh, qué ejemplo el de la sabiduría ática! ¡Oh, qué ejemplo de gravedad romana! ¡Un filósofo y un censor alcahuetes!

¿Qué extraño es si caridad tan grande celebra convites! Porque a nuestras frugales cenas no sólo las tildáis de infames, sino también de sibaríticas. De nosotros, sin duda, dijo Diógenes: "Los megarenses tragan cual si mañana hubiesen de morir y construyen cual si jamás hubiesen de morir."

Pero suele verse más fácilmente una paja en ojo ajeno que una viga en ojo propio. Acidúlase el aire por las vomitonas de tantas tribus, curias y decurias. Cuando los salios se disponen a cenar nece-

---

130. Aprendan comunistas y comunistoides.

131. He ahí dos bellas muestras de dos santones representativos de la llamada *moral laica,* que tan poco tiene de moral. Pero Tertuliano confunde a Catón el Censor, o el Antiguo, con Catón de Utica, el que se suicidó perdida la batalla de Farsalia y de Tapso, con las cuales César señoreó a la República.

sitan un crédito abierto: eran precisos tabularios para calcular los gastos ocasionados por los diezmos de Hércules y de los Poluctos *en sus sagrados banquetes.*

En los misterios apaturios, dionisíacos y ático [132] hácese toda una leva de cocineros; ante el vaho de la cena de Serapis se alarmarían los bomberos. ¡Sólo la comida de los cristianos merece comentarios!

Nuestra cena muestra su razón de ser en el nombre mismo: llámase lo que entre los griegos equivale a dilección (ágape). Cualesquiera que fuesen los gastos, provechoso es gastar a título de piedad. Y, en efecto, con ese refrigerio ayudamos a no pocos menesterosos, no que les tratemos como a parásitos [133] nuestros que aspiran a la gloria de subyugar su libertad a trueque de llenar el vientre en medio de las vilezas, sino porque ANTE DIOS LOS POBRES GOZAN DE MAYOR CONSIDERACIÓN.

Si honesto es el motivo de nuestros convites, juzgad según él de la disciplina que lo regula. Siendo como es un servicio religioso, no admite ni vileza ni excesos. No se recuesta a la mesa sin antes haber gustado la oración a Dios. SE COME PARA CALMAR EL HAMBRE, SE BEBE CUANTO ES ÚTIL A CASTOS: *bibitur quantum pudicis est utile* [134]. Se hartan como puede hartarse quien recuerda que AUN DE NOCHE TIENE QUE ADORAR A DIOS; *se conversa* COMO QUIENES SABEN QUE EL SEÑOR LES OYE.

Después de haberse lavado las manos y de encender las luces, unos y otros son invitados a levantarse para cantar en honor de Dios un cántico, sacado o bien de las Escrituras santas o también del propio ingenio [135], según los posibles de cada cual; POR AHÍ SE PRUEBA CÓMO BEBIÓ. Igualmente la oración termina el convite.

Luego se sale no como en patrullas de asesinos, ni como tropa de libertinos, ni para desbocarse en lascivias, sino con la misma preocupación de modestia y de pudor, como quien más bien recibió una lección que se regaló con una cena.

---

132. Las fiestas apaturias se celebraban en Atenas, como también las dionisíacas a Baco o Dionisos. Los misterios áticos son los de Eleusis, al noroeste de Atenas. Las cenas de Serapis u Osiris, en Egipto.
133. Parásito llamaban a cierto personaje de la nueva comedia, frecuente en Plauto y en Terencio.
134. He aquí la norma de la comida y bebida del cristiano, que puede regalarse con hacimiento de gracias a Dios, aunque siempre con moderación.

Sí, con mucha razón se declara ilícita a esta "asamblea" de los cristianos si en algo se semeja a los conventículos prohibidos; justamente se la condena si es dado quejarse por el motivo que hay en quejarse de las "facciones". Pero, ¿cuándo nos hemos nosotros reunido en perjuicio de nadie? LO MISMO SOMOS JUNTOS QUE DISPERSOS, LO MISMO TODOS QUE UNO POR UNO; a nadie perjudicamos, a nadie contristamos. Cuando los probos y buenos se reúnen, cuando los píos y castos se congregan, eso no se llama "facción", sino "curia".

6. Los cristianos no son la causa de las calamidades públicas.

(Cap. XL.) Antes bien, ese nombre de "facción" ha de aplicarse a los que conspiran en odio a los buenos, a los que vociferan contra la sangre de los inocentes, bien que aleguen en defensa de su odio, entre otros vanos embustes, que estiman ser los cristianos causa de todo público desastre, de todas las desgracias sociales.

Si el Tíber desborda sus diques, si el Nilo no puja hasta los sembrados, si el cielo queda inmóvil, si la tierra tiembla, si el hambre y la peste sobrevienen, al punto gritáis: "CHRISTIANOS AD LEONEM!": ¡Los cristianos, al león! ¿Tantos a uno?

Pues yo os pregunto: Antes de Tiberio, o sea, antes del advenimiento de Cristo, ¿cuántas calamidades no recayeron sobre el orbe y la urbe? (Roma). Leemos que *las islas* de Hiera [136] y de Anafe y de Delos, y de Rodas, y de Cos (Espórada asiática) se hundieron con millares de hombres. Recuerda también Platón que una tierra más vasta que el Asia o que el Africa quedó arrancada al continente por el Atlántico [137]. Un terremoto sorbió también el agua del golfo de Corinto y la violencia de las olas cortó de Italia la Lucania, dejándola desgajada con el nombre de Sicilia. Ello, naturalmente, no pudo suceder sin quebranto para los habitantes.

---

135. A esta clase de cánticos *idióticos* o de inspiración privada pertenecen algunos conservados todavía en las liturgias, siendo el más antiguo e importante el "Gloria in excelsis Deo", llamado por los griegos *doxología mayor*, mayor que el sencillo "Gloria Patri"...

136. En las Lipari, al noroeste de Sicilia. Anafe, una de las Espóradas Delos, una de las Cícladas.

137. Es la fabulosa Atlántida o Atlantis, situada allende las columnas de Hércules o del estrecho de Gibraltar, en el Océano Atlántico. (Platón en el "Timeo".)

Pero, ¿dónde estaban entonces, no diré los cristianos, despreciadores de vuestros dioses, sino vuestros mismos dioses, cuando un cataclismo [138] suprimió todo el orbe o, como Platón pensó, cuando solamente anegó las llanuras? Porque atestan a una ser posteriores al desastre del diluvio las ciudades mismas en las que nacieron y murieron [139] y que ellos fundaron, y ni ellas subsistieran aún hoy día si no fuesen por su parte posteriores a aquel estrago.

Aún no había acogido la Palestina al enjambre judío que de Egipto venía, ni al pueblo de que procede la secta cristiana, no habiéndose todavía establecido en aquel país cuando una lluvia de fuego consumió las regiones circunvecinas suyas, Sodoma y Gomorra. A quema huele aún aquella tierra, y si allí alguno que otro árbol se empeña en presentar frutas ante los ojos, al punto de tocarlos se esfuman cual pavesas.

Tampoco la Etruria y la Campania se querellaban todavía contra los cristianos cuando la ciudad de los volsinios (Orvieto) fue arrasada por el fuego del cielo y Pompeya [140] por el de su propia montaña (el Vesubio). Nadie aún adoraba en Roma al Dios verdadero cuando Aníbal, ganada la batalla de Cannas [141], recogía en un celemín los anillos romanos y con ellos sus degüellos en masa. Todos vuestros dioses eran de todos adorados cuando los senones (o galos) ocuparon el Capitolio mismo.

Y ¡qué bien! Cuando algo de adverso sobrevino a las ciudades, los mismos estragos afectaron a templos que a murallas, lo cual me convence más y más de que las desgracias no vienen de los dioses, cuando ellos son sus primeras víctimas.

SIEMPRE LA HUMANIDAD MERECIÓ MAL DE DIOS. Por lo pronto ha sido infiel a sus deberes para con El, pues cuando en parte lo comprendía no sólo no le buscó, mas aun inventó otros dioses a quienes adorar. Luego, al no buscar al Maestro de la inocencia y juez del crimen, sumióse en todos los vicios y desmanes. Que si le hubiese buscado para conocerle, hubiera reconocido al que buscaba; al reco-

---

138. Según Platón, el gran cataclismo habría sumido en las aguas al mundo entero.

139. Y así, Júpiter en Creta nació y murió: allí se visitaba su sepulcro; Apolo y Diana nacieron en Delos, etc.

140. Pompeya y Herculano quedaron sepultadas por la lava del Vesubio en el año 79 después de Jesucristo, nueve años después de la destrucción de Jerusalén por Tito.

141. Cannas, ciudad de Apulia, en Italia, célebre por la victoria de Aníbal en 216 antes de Jesucristo.

nocerle hubiérale adorado; al adorarle hubiérale hallado más bien propicio que airado.

Luego preciso es decirse que el mismo que ahora vemos airado es el que fue irritado siempre en el pasado, antes de existir el nombre de cristianos. Gozaban los hombres de los bienes de que Dios les colmaba antes de que fabricasen para sí los dioses. Pues ¿por qué no entiende que las calamidades provienen también de El, ya que no comprendió que de El dimanan los beneficios? Es culpable contra El a fuer de ingrata para con El.

Mas si comparamos la catástrofe de antaño con las de hogaño, menores son desde que el mundo recibió a los cristianos [142]. Porque desde entonces la virtud ha templado las iniquidades del siglo y empezaron a existir intercesores ante Dios.

Finalmente, cuando el estío suspende las lluvias invernales y peligra la cosecha del año, vosotros, sin cesar de cebaros a diario y dispuestos siempre a comer mientras funcionan baños, tabernas y lupanares, decretáis sacrificios a Júpiter, a fin de alcanzar lluvia; prescribís al pueblo "nudipedales" [143]; buscáis al cielo en el Capitolio y aguardáis la lluvia de los techos de vuestros templos, ¡de espaldas al mismo Dios y al cielo!

Nosotros, en cambio, extenuados por los ayunos, exprimidos por todo género de continencia, desprendidos de todos los goces de la vida, revolcándonos en el cilicio y la ceniza, golpeamos al cielo con nuestros vehementes deseos, *invidia cælum tundimus* [144], tocamos a Dios, y cuando le hemos arrancado misericordia ¡os ponéis vosotros a honrar a Júpiter, descuidando a Dios!

---

142. Interesante observación. Realmente los cristianos son los pararrayos del mundo pecador. Son en el mundo –escribía ya Diogneto en su celebrada Epístola– lo que el alma es en el cuerpo: el principio que la informa y vivifica.

143. Los *aquilicia o aquaelicia* eran unas fiestas en honor de Júpiter para implorar la lluvia. Pontífices, matronas, nobleza y pueblo iban en procesión a su templo con los pies descalzos, de donde el nombre de *nudipedales*.

144. *Invidia* aquí y en otros lugares de Tertuliano significa vehemente deseo, como cuando en francés se dice todavía *avoir envie de... Caelum tundere* es también una de esas fuertes expresiones tertulianistas.

Son más bien los paganos quienes provocan las calamidades públicas, desprestigiando a Dios. Y ¿por qué tales calamidades afectan tanto a cristianos como a paganos?

(Cap. XLI.) Sois, pues, vosotros los que resultáis gravosos al mundo, vosotros los que atraéis las públicas calamidades, ya que entre vosotros Dios es despreciado y las estatuas adoradas. Porque como cierto debe creerse que se irritan los abandonados más bien que los honrados. O bien son injustísimos vuestros dioses si por razón de los cristianos castigan también a sus adoradores, cuando no debieran confundirlos con los cristianos culpables.

Pero decís: "Esto mismo rebota contra vuestro propio Dios, el cual permite también que sus adoradores sufran por causa de los impíos."

Mas reconoced primero sus miras y no retorceréis mi argumento. Porque Aquél que fijó una vez para siempre el eterno Juicio para el fin del mundo no precipita el examen, que es condición del juicio, antes del fin del mundo. Entretanto muéstrase igual para con todo género de hombres, ya en sus favores, ya en sus rigores: quiso que los bienes fuesen comunes también a los impíos, como los males comunes a los suyos, a fin de probarlos a todos con un parecido tratamiento, cuándo de lenidad, cuándo de severidad.

Y como esto lo hemos aprendido de El mismo, amamos su lenidad, tememos su severidad: vosotros despreciáis entrambas, de donde resulta que para nosotros todas las plagas de este mundo, si llegan a afectarnos, sírvennos de aviso, mientras que para vosotros son castigos venidos de Dios.

Por lo demás, SOMOS INVULNERABLES: lo primero, por cuanto NADA NOS IMPORTA EN ESTE MUNDO COMO NO SEA EL SALIR PRONTO DEL MISMO [145]; luego, porque si algo de adverso nos aflige debe atribuirse a vuestros méritos. Mas si algún chispazo nos alcanza por estar junto a vosotros nos alegramos más viendo cumplidas las divinas profecías, que confirman nuestra confianza y la fe de nuestra esperanza.

---

145. Efectivamente, las convicciones cristianas dan un tino y una seguridad que se acerca a la invulnerabilidad, por lo que Santa Teresa escribía: "Nada te turbe, nada te espante; sólo Dios basta." La desgracia no es desgracia, pudiendo reportar de ella preciosa ganancia; la muerte misma no es muerte, sino comienzo de verdadera vida y de cumplido descanso; el enemigo no es enemigo y aun el verdugo es un bienhechor: algunos mártires le besaron y dieron gracias.

Mas si por nuestra causa os vienen todos los males de aquellos a quienes adoráis, ¿por qué seguís adorando a los que os son tan ingratos, tan injustos, cuando debieran ayudaros y protegeros para dolor de los cristianos?

7. Los cristianos no son miembros inútiles de la sociedad.

a) Como todo ciudadano, se ocupan de sus negocios, que nunca contrarían a la religión ni a la sana moral.

(Cap. XLII.) Y todavía se nos demanda por otra cosa injusta: se dice que somos incapaces para los negocios.

¿Cómo pudiéramos serlo nosotros, que convivimos entre vosotros, que tenemos la misma comida, el mismo vestido, que estamos sometidos a las mismas necesidades de la vida? Porque no somos ni brahmanes ni gimnosofistas [146] de la India, habitantes de las selvas ni desterrados de la sociedad.

Nos acordamos de que debemos gratitud a Dios Señor Creador; no repudiamos ninguno de sus frutos, aunque sí usamos de ellos con templanza para no abusar por el exceso. Por lo cual vivimos con vosotros en este mundo, frecuentando vuestro foro, vuestro mercado, vuestros baños, vuestros comercios, vuestras oficinas, vuestras hospederías, vuestras ferias y demás lugares en donde se ventilan los negocios.

Con vosotros también navegamos, y servimos en la milicia, y trabajamos el suelo, y ejercemos el comercio, cambiando, por tanto, con vosotros el producto de nuestra industria y de nuestro trabajo. ¿Cómo podemos parecer inútiles para vuestros negocios, pues que con vosotros y de vosotros vivimos? No lo entiendo.

Mas si no frecuento tus ceremonias no por eso dejo en ese día de ser hombre. No me baño al amanecer durante las saturnales [147] por no perder el día y la noche, pero me baño a hora conveniente y saludable que me conserve el calor y la salud; una vez muerto, puedo también quedarme rígido y pálido tras del baño.

---

146. De los brahmanes trataba ya Estrabón. Son los mismos que esos sabios o filósofos o gimnofisitas de la India.
147. Eran las saturnales una nefanda carnavalada que comenzaba el 17 de diciembre; se daba a la plebe y a los mismos esclavos amplia libertad, y en carnaval todo pasa...

No me pongo a comer en la calle en las fiestas de Líber, según acostumbran los bestiarios al tomar su suprema cena; pero allí donde ceno, los mismos platos que tú ceno. No compro para mi cabeza una corona, mas sí compro flores. ¿A ti qué te importa en qué las empleo? Estoy conforme en que es más agradable dejarlas libres y sueltas y flotantes por doquier. Y cuando nos servimos de flores tejidas en corona, con la nariz respiramos la fragancia de la corona; allá se las hayan los que perciben los olores por el cabello.

No venimos con vosotros a los espectáculos; pero si me viene en gana comprar algo de lo que en tales reuniones se vende lo adquiriré con preferencia en los lugares donde se vende.

Cierto que no compramos inciensos; si los árabes se quejan, sepan los sabeos que se compran sus mercancías en mayor cantidad y precio para la sepultura de los cristianos que para fumigar a los dioses [148].

Es evidente, decís, que los ingresos de los templos decrecen a diario: ¡contados son ya los que echan monedas en ellos! Pero nosotros no bastamos a socorrer a los hombres y a vuestros dioses mendigos, y creemos no se ha de dar limosna sino a quienes la piden. Pues bien: tienda Júpiter la mano y recibirá, pues nuestra misericordia gasta más en las calles, *vicatim,* que vuestra piedad en los templos, *templatim.*

Y en cuanto a los demás impuestos, gracias han de dar a los cristianos, que pagamos lo debido hasta el punto de abstenernos de tomar el bien ajeno [149]; que si fuera a computarse cuánto se pierde para el erario público por los fraudes y mentiras de vuestras declaraciones fiscales, fácilmente se nivelarían las cuentas, pues la única pérdida de que decís tener motivo de quejaros veríase bien compensada por la ganancia habida por otros conceptos.

---

148. Se ve que los cristianos seguían la tradición oriental de fajar a los muertos o al menos de envolverlos entre mirra, incienso y otras resinas o aromas contra la putrefacción.

149. Por algo había insistido San Pablo en que el ciudadano cristiano satisfaga puntualmente los impuestos fiscales como deber de justicia social. Nadie tan patriota como él, porque ve en la patria una prolongación de sus padres y en sus padres a Dios. Por donde más tarde San Agustín insistirá con todo aplomo y sin temor a ser desmentido, que los mejores ciudadanos en todo sentido son siempre cristianos.

b) No son inútiles los cristianos sino para quienes trafican con el crimen y la infamia.

(Cap. XLIII.) Confesaré, sin embargo, que hay quizá quienes verdaderamente pueden quejarse de la inutilidad de los cristianos.

Estos son, en primer término, los que sostienen los lupanares, los sobornadores, los acuariolos [150]; luego los sicarios, los envenenadores, los magos, como también los harúspices, los que echan la buenaventura, los astrólogos [151]. Gran ganancia es no dar la más mínima ganancia a tales gentes.

Y sin embargo, cualquiera que fuere el perjuicio que nuestra "secta" pueda inferir a vuestros negocios, cabe ser compensado también con alguna ventaja. ¿Qué caso hacéis, no digo ya de los que arrojan los demonios de vuestros cuerpos, ni de los que por vosotros, como por sí mismos, ofrecen sus plegarias al verdadero Dios, pero de los que vosotros no podéis temer nada?

c) No deben los cristianos ser tan malos, pues no los hay en las cárceles.

(Cap. XLIV.) Pero lo que sí resulta detrimento para la república, detrimento tan grande como real, y nadie lo considera; lo que sí es un perjuicio para la sociedad, y nadie lo calcula, es el que tantos justos seamos sacrificados, el que a tantos inocentes se nos quite la vida.

En efecto, tomamos por testigos a vuestros registros; a vosotros, que diariamente presidís al juicio de tantos encarcelados; a vosotros, que con vuestras sentencias falláis los procesos. De tantos como ante vosotros desfilan acusados como culpables por mil causas, ¿quién de ellos, siendo también cristiano, está inscrito como asesino, como ratero de bolsillos, como sacrílego, o corruptor, o ladrón de bañistas? [152]. O bien entre los que se os presenta porque son cristianos, ¿quién de ellos semeja a esos criminales? De los vuestros están siempre ardiendo las cárceles; de los vuestros son siempre los que gimen en las minas; de los vuestros son siempre los que engordan a las fieras; de los vuestros son siempre los que los organizadores de espectáculos

---

150. Llamaban acuariolos a los sórdidos seguidores de las mujeres corrompidas y que les preparaban el baño.
151. Matemáticos o también caldeos eran los astrólogos, que decían adivinar por la marcha de los astros.
152. Había en las termas lugares para depositar las ropas de los que se bañaban.

reclutan los rebaños de criminales, a los que apacientan. Ningún cristiano hay allí, a menos que no sea sino cristiano, o bien si fuere culpable de otro crimen no es ya cristiano.

d) Los cristianos son los únicos que se abstienen del mal. ¿Por qué?

(Cap. XLV.) LUEGO, NOSOTROS SOLOS SOMOS LOS INOCENTES. ¿De qué maravillarse, si es una necesidad? Porque verdaderamente es una necesidad [153].

Habiendo aprendido de Dios la inocencia [154] y conociéndola perfectamente, revelada como ha sido por un perfecto Maestro, fielmente la guardamos también, como mandada por un Juez al que nadie puede burlar.

A vosotros, en cambio, os ha sido impuesta la inocencia por un poder humano, por lo cual vuestra disciplina no es ni completa ni capaz de inspirar tanto temor en lo concerniente a la inocencia verdadera. ¿Hasta dónde alcanza la prudencia del hombre para demostrar lo que verdaderamente es bueno? ¿Hasta dónde su autoridad para exigirlo? Tan fácil es de ser engañada aquélla como despreciada ésta.

Y por otra parte, ¿qué mandamiento es más completo: decir "No matarás" o bien "No te irrites siquiera"? ¿Qué es más perfecto: prohibir el adulterio o retraer aun de la concupiscencia solitaria de los ojos? ¿Qué es más prudente: prohibir las malas acciones o también la palabra mala? ¿Qué es más instructivo: no permitir la injusticia o no autorizar ni siquiera la represalia?

Y tened por bien sabido que esas mismas leyes vuestras, que parecen llevaros a la virtud, están tomadas de la Ley divina, habiéndoles ella, como anterior, servido de arquetipo. Hablamos ya de la antigüedad de Moisés (cap. 19).

Pero, ¡qué frágil es la autoridad de las leyes humanas cuando el hombre logra con frecuencia burlarlas, cometiendo delitos a la sombra y aun a veces a burlarla, al verse arrastrado al mal por la pasión o por la necesidad, y si se piensa también en la brevedad de cualquier suplicio, pues, por largo que sea, no ha de permanecer más allá de la muerte. Así, Epicuro desprecia todo tormento y dolor, declarando que

---

153. Afirmación profundamente verdadera y no desmentida por la historia.

154. *Inocencia* se toma en sentido propio y etimológico: no ser nocivo, no dañar a nadie.

el dolor, si es moderado, es fácil de aguantar y si es grande no es duradero.

Ciertamente nosotros, que somos juzgados por un Dios que todo lo ve y que sabemos de antemano que la pena por él impuesta es eterna, somos naturalmente los únicos que marchamos por la vía de la inocencia, y por la plenitud de la divina sabiduría, y por la dificultad de esconderse, y por la magnitud del tormento, no tan largo como sempiterno; tememos a Aquél a quien debiera temer el hombre mismo que juzga a los que temen, temiendo a Dios, no al procónsul [155].

155. El procónsul era un gobernador de provincia.

III. LAS CREENCIAS DE LOS CRISTIANOS
(Capítulos 46-50)

A. TRANSICION.–Después de exponer y defender el "totum statum nostrum", procede a demostrar la "veritas nostra".

1. El cristiano no es una de tantas filosofías; es algo divino. Paralelo moral y respuesta a una objeción.

(Cap. XLVI.) Creo haberme enfrentado contra todos los alegatos de crímenes que reclaman la sangre de los cristianos. Hemos mostrado en qué consiste todo nuestro vivir y por qué modos podemos probar ser así, conforme queda probado, apoyándonos en la autoridad y antigüedad de las Divinas Letras (caps. 19-21) y aun de las potestades espirituales (caps. 22-23).

¿Quién, pues, se atreverá a refutarnos no ya con artificios retóricos, sino con argumentos basados como los nuestros en verdad?

Pero si la verdad de nuestra religión es a todos palmaria, la incredulidad, aunque convencida de lo bueno que hay en esta "secta", bien conocida por la experiencia y el trato, no por eso la tiene como algo divino, sino como una especie de filosofía. Dice: "Eso mismo aconsejan y profesan ya los filósofos: inocencia, justicia, paciencia, sobriedad, castidad."

Luego, ¿por qué, si se nos compara a los filósofos en cuanto a la doctrina [156], no se nos iguala en cuanto a la libertad e impunidad de la doctrina? O ¿por qué a los filósofos, siendo a nosotros semejantes, no se les obliga a desempeñar menesteres cuyo incumplimiento es para nosotros tan peligroso?

---

156. Celso había escrito que el cristianismo es una mera filosofía ética; pero el cristianismo es más que moral: es *negotium divinum,* dice Tertuliano; es la verdad absoluta, que de Dios dimana; es *ethos,* pero es primero *Logos;* es una religión totalitaria, o sea, que alcanza al vivir entero, al mundano y al del trasmundo.

Porque, ¿quién obliga a un filósofo a sacrificar, o a jurar, o a poner a mediodía lámparas inútiles? Muy por el contrario, ellos llegan a destruir a vuestros dioses y atacan a vuestras supersticiones en sus escritos, ¡y vosotros los alabáis! Los más ladran contra los príncipes, ¡y los aguantáis vosotros y les premiáis con estatuas y subvenciones en vez de condenarlos a las fieras!

¡Pero es muy natural, pues llevan el nombre de "filósofo", no de "cristiano"!

Aunque el nombre de filósofo no lanza demonios. ¿Qué digo, si los filósofos colocan a los demonios en segundo lugar después de los dioses? Dicho de Sócrates es: "Si mi demonio lo permite." Aun cuando llegó a comprender algo de la verdad, al negar a los dioses, estando para morir, mandó sacrificar un gallo a Esculapio, quizás en honor de su padre Apolo, pues éste había declarado a Sócrates [157] el más sabio de todos.

¡Oh atolondrado Apolo! ¡Ha testificado la sabiduría de un hombre que negaba la existencia de los dioses! En cuanto la verdad irrita al odio, en tanto el que sinceramente la profesa se hace detestar; mas el que la mixtifica y la finge se ha granjeado el título máximo al favor de los perseguidores de la verdad, la verdad que los filósofos farsantes y burlones simulan con su mueca y corrompen con su disimulo, atentos sólo a captarse gloria, buscándola necesariamente los cristianos y profesándola en su integridad como quienes cuidan de su salvación.

Por tanto, ni por la ciencia ni por la disciplina nos igualamos a ellos, como vosotros pensáis. Porque Tales, aquel príncipe de los físicos, ¿qué de fijo respondió a Creso al preguntarle éste por la divinidad? Más de una vez eludió el reunirse para deliberar.

Pues cualquier artesano cristiano conoce a Dios y le muestra a otros y, por ende, afirma con su vivir todo cuanto los filósofos indagan acerca de Dios, aunque Platón afirme no es fácil conocer al Arquitecto del universo y darle a conocer a otros después de conocido por uno mismo.

---

157. Véase cómo hombres tan sesudos como Sócrates incurrieron en tamañas ridiculeces y en supersticiones comprensibles sólo en la ignnorante plebe. Por algo dijo San Pablo que aun a estos filósofos que, conociendo a Dios, no le honraron cual se merece, los entregó a su réporobo sentido.

Por lo demás, si se nos ataca respecto a la castidad, os leo algo de la sentencia de los atenienses contra Sócrates, pues le condena como a "corruptor de menores". Pero un cristiano ni siquiera cambia de mujer. Conozco también a la prostituta Friné [158], que peca con Diógenes, el cual satisface en ella su pasión. Oigo que un tal Seusipo, de la escuela platónica, fue muerto en flagrante delito de adulterio. UN CRISTIANO NO NACE VARÓN SINO PARA SU MUJER: *christianus uxori suæ soli masculus nascitur.*

Demócrito, al vaciarse sus propios ojos por no poder mirar a mujeres sin concupiscencia, sufriendo por no podérselas apropiar, declara su incontinencia por la pena a sí mismo impuesta. UN CRISTIANO, AUN CONSERVANDO SUS OJOS, NO VE A MUJERES: CIEGO DE ALMA ESTÁ CONTRA LA LIBÍDINE.

Si defiendo nuestra probidad, he ahí a Diógenes, que con soberbia pisa, con los pies enlodados, los soberbios tapices de Platón. UN CRISTIANO NO ES ARROGANTE NI CON EL POBRE: *christianus nec in pauperem superbit.*

Si sobre la moderación disputo, ahí tenéis a Pitágoras, quien aspira a la tiranía entre los turios, y a Zenón, entre los prienios. Pero un cristiano no apetece ni siquiera ser concejal.

Si discuto acerca de la ecuanimidad, Licurgo quiso morir [159], *apocartéresin optavit,* por haber los laconenses cambiado sus leyes. UN CRISTIANO DA GRACIAS AUN CUANDO LE CONDENAN: *Christianus etiam damnatus, gratias agit* [160].

Si comparo la fidelidad, Anaxágoras [161] negó un depósito que sus huéspedes le hicieron. Un cristiano es fiel aun con quienes no son cristianos.

---

158. Era célebre Friné, prostituta de Tespies en Beocia, como también Lais de Corinto.

159. La hazaña del famoso alcalde Cork y la repetida del mahatma Ghandi no son nuevas, según se ve.

160. Efectivamente, en las Actas de los mártires se oye el grito "Deo gratias" cuando éstos oían su propia sentencia de muerte, siendo las más notables las de los santos escilitanos de Africa.

161. Fue el primero en implantar en Atenas la filosofía. Nació en Lidia hacia el año 500 antes de Jesucristo. Fue maestro de Pericles, pero hubo de huir de Atenas por su ateísmo (asézeia). No se sabe de dónde proviene este cargo de hurto que le hace Tertuliano.

Si mi controversia gira sobre la lealtad, Aristóteles lanzó vergonzosamente de su sitial a su amigo Hermias. Un cristiano NI A SU ENEMIGO OFENDE: *christianus nec inimicum suum lædit*. El propio Aristóteles adula vergonzosamente a Alejandro en vez de dirigirle, y no menos torpemente defiende Dionisio a Platón, dado a la glotonería.

Aristipo [162], vestido de púrpura, bajo máscara de gravedad, lleva una vida disoluta, e Hipias es asesinado mientras urde conjuraciones contra su patria. Esto no lo intentó nunca jamás un cristiano en venganza de sus hermanos, diezmados por todo linaje de atrocidades.

Mas alguien dirá: "Aun entre los nuestros hay quien se excede de la regla de disciplina."

Sí; pero dejan entre nosotros de ser tenidos como cristianos, cuando entre vosotros esos filósofos, tras de tales acciones, siguen gozando de nombradía y consideración de sabios.

Por tanto, ¿qué de parecido tienen un filósofo y un cristiano, el discípulo de Grecia y el del cielo, el que labora por la fama [163] y el que trabaja por su salvación, el que teje bellos discursos y el que obra buenas acciones, el que edifica y el que destruye, el que todo lo interpola de errores y el que todo lo llena de verdad, el que hurta ésta o el que la guarda con santo celo?

2. Las verdades conocidas de los filósofos y de los poetas dimanan de la divina Escritura, aunque desfiguradas.

(Cap. XLVII.) Y todavía abona a favor mío la antigüedad de las Divinas Letras que antes dejé asentada, con lo cual más fácilmente admitiréis ser un tesoro del que ha tomado toda la sabiduría a ella posterior. Y si no fuera por aligerar el peso de este volumen haría también una excursión en probanza de esto.

---

162. Aristipo, africano de Cirene, fundó la escuela hedónica, que funda toda la filosofía en el placer, y así era su vida, como de la piara de Epicuro.

163. *Gloriae animal*, animal de gloria, define Tertuliano al filósofo, lo que repetirá después San Jerónimo con fruición. Por eso también San Justino llamaba al filósofo Crescencio *pilopsofos kai filokompos* = amigo del ruido y de la ostentación, y también decía de él *ou filósofos alla filódoxos* = no amante de la sabiduría, sino amante de la gloria.

¿Qué poeta, qué sofista [164] no ha bebido en la fuente de los profetas? En ellas, sí, desalteraron los filósofos la sed de su ingenio, y precisamente lo que de los nuestros tienen es lo que a nosotros les asemeja. Por donde llego a creer que la filosofía por eso fue desterrada de ciertas legislaciones, como sucedió entre los tebanos, los espartanos y los argivos. En su afán de igualar lo nuestro cuando esas gentes, únicamente ávidas de gloria y de elocuencia, tropezaron en nuestros Libros Santos con algo acomodado al espíritu curioso de éstos, adaptáronlo a su propio sistema, aunque sin creer suficientemente que son divinas, interpolándolas, por lo tanto, y no entendiéndolas tampoco lo bastante, siendo todavía entonces nubosas, sombreadas, aun para los mismos judíos, de quienes parecían propiedad. Y cuanto más sencilla era la verdad, más vacilaba la humana sutileza en darle crédito, por donde involucraron con lo incierto lo que hallaron ser cierto. Así, habiendo hallado sencillamente a Dios, no hablaron de El conforme al modo en que le habían descubierto, sino que disputaron de su esencia, de su naturaleza y de su residencia. Unos le aseguran incorpóreo, otros corporal, tales como platónicos y estoicos; éstos le creen compuesto de átomos, aquéllos de números, según se llamen Epicuro o Pitágoras; otros del fuego, cual opina Heráclito. Y los platónicos dicen se preocupa del mundo; los epicúreos, en cambio, le creen ocioso y despreocupado: es un nadie en medio de las cosas humanas, si así puedo expresarme.

Para los estoicos está al margen del mundo, a modo de alfarero, que desde fuera da vuelta a la gigantesca mole; para los platónicos reside dentro del mundo, a modo de gobernalle que está dentro de la nave, a fin de dirigirla.

Y así también varían las opiniones sobre si el mundo mismo tuvo principio o no, si terminará o permanecerá para siempre. La misma variedad respecto al estado del alma, que unos sostienen ser divino y eterno, otros disoluble: según el sentir de cada quien, así se pone o se quita.

Y no es de extrañar que un documento tan antiguo (como el Antiguo Testamento) lo hayan desfigurado los ingenios de los filóso-

---

164. Llamábanse sofistas ciertos filósofos de los promedios del siglo V antes de Jesucristo que hacían profesión de poseer la *sofía*, la ciencia, enseñándola a precio de oro. Estos negaban toda la realidad objetiva. Su mayor enemigo fue Sócrates.

fos. Algunos que salieron de su semilla han falseado con sus opiniones incluso a nuestros Libros recientes (Nuevo Testamento), adaptándolos a sus sistemas filosóficos, y de un solo camino dividido han hecho muchos torcidos y laberínticos senderos. Lo insinúo de paso, temiendo que la variedad harto conocida de sectas cristianas se preste a equipararnos con los filósofos concluyendo al decaimiento de la verdad. Apresuradamente oponemos a estos corruptores, salidos de nuestros cuadros, nuestro derecho de prescripción, diciéndoles que nuestra regla de fe es la que viene de Cristo, transmitida por sus propios discípulos, a quienes fácil será probar que los tales novadores son posteriores. Todo lo que contra la verdad se ha construido sobre la verdad misma se ha construido, siendo los espíritus del error los causantes de esta emulación. Ellos, en secreto, han fabricado las falsificaciones de esta saludable doctrina; ellos son también los introductores de ciertas fábulas que, por semejanza, debilitasen la fe debida a la verdad o atrajesen a sí mismos esa fe para que no se piense hay que creer a los cristianos, como tampoco es preciso creer a poetas ni filósofos, o bien se piense ha de creerse más a poetas y filósofos, por cuanto no se debe creer a los cristianos.

Y así se ríen de nosotros cuando les predecimos que Dios ha de venir a juzgar, porque, en efecto, poetas y filósofos ponen un tribunal en los infiernos.

Si amenazamos con la Gehenna, lugar encerrado de fuego misterioso y subterráneo destinado al castigo, se burlan también de nosotros; pero también ellos admiten existe en la mansión de los muertos el río Piriflegeton [165].

Y si mencionamos el paraíso [166], lugar de divina amenidad destinado a admitir a los espíritus de los santos y separado de la tierra común a los hombres por una especie de muralla formada por la famosa zona de fuego, nos encontramos ya con la creencia en los Campos Elíseos [167]. Os ruego me digáis de dónde filósofos y poetas han sacado cosas tan semejantes. No de otro lugar que de nuestros misterios.

---

165. Era el río de los infiernos; sus ondas eran fuego y llamas (*pur*, fuego, y *flego*, quemar).
166. paradeisos = jardín. Sobre el paraíso escribió un tratado Tertuliano, pero se ha perdido.
167. El Elíseo es un apartado de los infiernos, residencia de las almas de los justos, una especie de limbo.

Luego, si de nuestros misterios las han tomado, como de anteriores más verídicos son éstos y más creíbles, pues a la mera copia se le presta ya tal crédito. Si las han fabricado en su majín, nuestros misterios habían de tomarse como copia de cosas que tras de ellos vinieron, lo que no consiente la naturaleza de las cosas, pues nunca jamás preexiste la sombra al cuerpo o la sombra de la verdad precede a la verdad.

B. RESURRECCION DE LOS CUERPOS Y LA VIDA FUTURA.

1. Pruebas de esta creencia.

(Cap. XLVIII.) Adelante ya. Si algún filósofo afirmase, como Laberio [168] dice, fiado en Pitágoras [169], que un mulo al morir se convierte en hombre y una mujer en víbora, y si en prueba de dicha teoría esgrimiese todos los argumentos de que la elocuencia es capaz, ¿no movería vuestro asentimiento, clavando en vosotros la fe, de que debierais absteneros de la carne de animales, persuadiéndose con ello de no comprar al acaso en el mercado carne de buey, proviniente quizás de alguno de los abuelos?

Pero es cierto que si un cristiano asegura que el hombre tornará a ser hombre, que Gayo volverá a ser Gayo, al punto mismo se busca una vejiga [170] (con que sacudirle las narices) y el pueblo le despide no digo a puñetazos, sino a pedradas, cual si la razón misma, cualquiera que sea y que preside, no exigiese la vuelta de las almas humanas a los propios cuerpos, consistiendo en eso el resucitar: "en ser lo que fueron". Que si no son lo que fueron, o sea, por revestir el alma el mismo cuerpo humano, ya ellas mismas no son las mismas que fueron. Por tanto, si ya no son ellas mismas, ¿cómo se dice que vuelven? O hechas otra cosa no serán las mismas, o permaneciendo ellas mismas no serán de otra procedencia.

---

168. Laberio (Decimus), caballero romano y autor de "Mimos", nacido en 107 antes de Jesucristo.
169. Pitágoras enseñaba la ridícula trasmigración de las almas, o sea, la doctrina de la metempsicosis, ahora tan de moda en los centros espiritistas y teosofistas.
170. Era una demostración de burla y de envidia; *vesica* significa también envidia, quizás por la vejiga de la hiel, amarilla y amarga como la envidia.

De mucho humor y ocio habríamos menester si quisiéramos en esto divertirnos examinando en qué clase de animal habría cada cual de convertirse. Pero laboramos más en pro de nuestra defensa sosteniendo ser bastante más razonable creer que un hombre tornará a ser hombre, hombre por hombre y sólo hombre, y, por fin, que un alma, salva su naturaleza, reasumirá la misma condición, ya que no la misma figura.

Seguramente, siendo el motivo de la resurrección el fallo de la sentencia, se precisa que el hombre mismo que fue sea rehecho para recibir de Dios el premio por el bien o el castigo por el mal. Por esa razón serán también restaurados aun los cuerpos, pues ni padecer puede el alma sola sin materia estable, o sea, sin la carne [171], y porque el trato que a las almas se dará en consecuencia de su juicio no ha sido merecido por ellas sin la carne habiéndolo hecho todo en ella.

Pero dirás cómo la materia una vez disuelta puede ser restaurada. Mira, ¡oh hombre!, lo que antes de ser eras ya y hallarás la razón de creer en esto. Recuerda lo que eras antes de existir. Ciertamente no eras nada: te acordarías si algo hubieras sido [172]. Pues tú, que nada eras antes de exitir; tú, que nada serás tampoco cuando hayas cesado de existir [173], ¿por qué no podrías salir de la nada por la voluntad de aquel mismo Autor que quiso un día sacarte de la nada? ¿Qué novedad habrá en ello para ti? Tú, que no eres, fuiste hecho; cuando de nuevo no seas volverás a ser hecho. Da, si puedes, la razón por la que fuiste hecho, y entonces indagarás la razón por la que serás hecho. Y sin embargo, más fácilmente serás hecho lo que un día fuiste no habiendo sido difícil hacerte lo que antes nunca fuiste.

¿Se dudará quizás del poder de Dios, que de la nada creó todo ese inmenso cuerpo del mundo, no menos que si lo sacase del vacío y de la nada de la muerte; que lo animó del soplo animador de todas las almas, haciendo en esto, para que os sirva de testimonio, un expresivo ejemplo de la resurrección del hombre?

---

171. Afirmación errónea, que el mismo Tertuliano enmienda en otro lugar. Las almas separadas padecen en el purgatorio y en el infierno, bien que sin la carne: padecen *miris et veris modis*, como enseña el Concilio de Trento.

172. Por donde se ve que Tertuliano no estaba nada contagiado de platonismo, de aquella teoría de la preexistencia de las almas antes de haber informado los cuerpos en pena de alguna culpa, aunque olvidada.

173. Refiérese al cuerpo, no al alma, inmortal como es.

A diario se extingue la luz y torna a brillar y las tinieblas regularmente van y vuelven; reviven los astros difuntos; donde terminaron comienzan los tiempos, consúmense los tiempos y tornan de nuevo; y cierto, las semillas no surgen fecundas sino después de corrompidas y disueltas: todas las cosas se conservan pereciendo, todo renace después de haber muerto [174].

Y tú, hombre, cuyo nombre es tan grande, si supieras lo que eres, aun cuando sólo lo hubieses aprendido por la inscripción de la Pitia [175]; tú, amo de todo lo que muere y renace, ¿morirás para perecer? En cualquier parte que tu cuerpo se disuelva, cualquiera que sea la materia que lo destruya, que lo trague, que lo sustituya, que lo reduzca a la nada, te lo devolverá. De Aquél es la nada misma de quien es el todo. *Eius est nihilum ipsum, cuius et totum.*

Y ahora decís: "Luego, ¿habrá que estar muriendo siempre y renaciendo siempre?" Si tal hubiera dispuesto el Señor de todas las cosas, te someterías de grado o por fuerza a la ley de tu condición. Mas, de hecho, no otra cosa decidió que lo que predijo. La misma sabia Razón que compuso la universalidad de los seres de la diversidad de los elementos, de manera que en todas las cosas, sin perjuicio de su unidad, se ven combinadas por sustancias contrarias: de vacío y de sólido, de animado y de inanimado, de palpable y de impalpable, de luz y de tinieblas, de la misma vida y de la muerte; esa misma Sabiduría ha trabado en la eternidad dos distintos períodos: este primero, en el que vivimos desde el principio de los seres, fluye y terminará al no tener sino limitada duración; el otro, que aguardamos, se extenderá hasta la infinita eternidad.

Cuando, pues, llegare el término y límite que a entrambos períodos separa; cuando el mundo mismo, igualmente temporal, haya cambiado el aspecto, que, a modo de telón de escenario, vela la eternidad por Dios establecida, entonces será restaurado el género humano, a fin de deliberar lo que en esta vida mereció por el bien o por el mal y ser luego pagado para la perpetuidad inmensa de la eternidad. Y ya entonces no habrá ni más muerte ni más resurrección, sino que seremos los mismos que ahora, sin cambiar en adelante: los adoradores de

---

174. Es lo que ya había dicho San Pablo escribiendo a los corintios.
175. Esta inscripción o título contenía el célebre dicho *gnothi seauton* = conócete a ti mismo, que Sócrates había tomado por divisa.

Dios estarán siempre unidos a Dios, revestidos de la sustancia propia de la inmortalidad; mas los impíos y los no íntegros ante Dios sufrirán como pena un FUEGO IGUALMENTE ETERNO, que posee por su peculiar naturaleza la incorruptibilidad que Dios le suministra.

Los mismos filósofos conocieron la diferencia entre este misterioso fuego y el ordinario. Así, muy distinto es el fuego destinado al uso humano y el fuego que sirve para la ejecución del juicio divino, fuego que tan pronto lanza rayos del cielo como vomita de la tierra por las cimas de los montes, siendo tal que NO CONSUME LO QUE ABRASA, SINO QUE MIENTRAS DESTRUYE REPARA: *non enim absumit quod exurit, sed dum erogat, reparat.*

Por eso las montañas siguen siempre ardiendo y el hombre fulminado por el rayo queda indemne, hasta el punto de no poder ningún otro fuego reducirle a ceniza [176]. Lo cual es también un testimonio de aquel fuego eterno, imagen del que mantiene la pena del perenne juicio de Dios. Arden los montes y perduran. ¿Qué será de los malhechores y enemigos de Dios?

2. La creencia de la resurrección es saludable, por cuanto mejora las costumbres. No es absurda, y, como inofensiva, no se la debe perseguir.

(Cap. XLIX.) He aquí las creencias, que sólo refiriéndose a nosotros se llaman "prejuicios" y hallándose en filósofos y poetas se llaman adquisiciones de una ciencia consumada y de un genio superior. ¡Ellos son "sabios", nosotros "ineptos"! ¡Para ellos los honores; para nosotros las burlas, mucho más aún: el castigo!

Pero pasen como falsas las creencias que defendemos y que merecen ser tratadas como prejuicios. Son, no obstante, necesarias: aunque ineptas, son útiles, siendo cierto que obligan a hacerse mejores a los que las creen por el miedo del eterno suplicio y la esperanza del eterno refrigerio. Por tanto, no conviene tratar de falso e inepto lo que conviene mirar como verdadero. NO HAY TÍTULO ALGUNO POR EL QUE ESTÉ BIEN CONDENAR LO QUE SÓLO PRODUCE BIEN.

---

176. Es una creencia de la que no se halla rastro alguno en otros autores, como no sea en la apología gemela de Minucio Félix.

En vosotros sí que anida el tal prejuicio, el mismo que condena lo útil. Por lo cual ciertamente cabe que esas creencias sean ineptas; mas aun cuando fuesen falsas e ineptas a nadie perjudican, semejantes a otras muchas creencias contra las que no decretáis castigo alguno con ser vanas y fabulosas, que nadie acusa ni castiga por ser inofensivas.

Y aun tratándose de semejantes errores, si es que vale la pena el condenarlos, preferible es condenarlos al ridículo que no a la espada, al fuego, a la cruz y a las fieras. Es ello una injusta crueldad, de la que no solamente goza este ciego mundo, sino que algunos de los vuestros se glorían, captando con la iniquidad el favor del populacho, cual si todo el poder que sobre nosotros tenéis no dependiera totalmente de nosotros mismos.

Porque, ciertamente, SI SOY CRISTIANO ES PORQUE QUIERO. Luego, tú no me condenarás si yo no quiero ser condenado. Pues si no puedes lo que contra mí puedes sino en cuanto yo lo quiero, lo que puedes de mi voluntad depende y no de tu poder. Por tanto, vanamente goza el vulgo de nuestros tormentos: nuestro es el gozo que para sí reivindica, pues preferimos ser condenados que apartarnos de Dios. Al contrario, dolerse debieran los que nos odian, no alegrarse, al conseguir nosotros lo que elegimos.

C. EL MARTIRIO CRISTIANO.

(Cap. L.) Decís: "Luego, ¿por qué os quejáis de que os persigamos, si queréis sufrir? Debiérais, por el contrario, amar a aquellos por los cuales padecéis lo que queréis."

Cierto, queremos sufrir; pero al modo del que sufre la guerra, aunque nadie la quiere. Sin embargo, el guerrear necesariamente impone temores y peligros. Pero, sin embargo, el luchador como el vencedor gozan con la guerra por conquistarles ella gloria y botín, aun cuando se dolían de la guerra. Nuestra guerra consiste en ser llevados ante los tribunales para allí pelear por la verdad con riesgo de nuestra cabeza.

Pues victoria es obtener aquello por lo que se lucha. Esta nuestra victoria tiene la gloria de agradar a Dios y el botín de la vida eterna.

"¡Pero sucumbimos!" Sí, ciertamente; mas después de haber alcanzado lo que pretendíamos. Luego, somos vencedores muriendo y escapamos cuando sucumbimos.

Llamadnos ahora, si os place, "sarmenticios" y "posteros", pues

nos atáis a postes y nos rodeáis de sarmientos para quemarnos. Esa es nuestra actitud en la victoria, ésa nuestra túnica palmada, ése nuestro carro triunfal.

Natural, por tanto, es que no agrademos a los vencidos, y he ahí por qué se nos conceptúa "desesperados y locos frenéticos". Mas tal desesperación y tal frenesí ante vosotros es izar la bandera del valor cuando en ello van la gloria y la fama.

Mucio Escévola dejó voluntariamente sobre el altar su mano derecha. ¡Oh qué ánimo tan sublime!

Empédocles se lanzó todo a los incendios del Etna, próximo a Catania (Sicilia). ¡Oh qué vigor de alma!

Cierta fundadora de Cartago (Dido) dio su segundo matrimonio a la hoguera. ¡Oh pregón de castidad!

Régulo, no queriendo ser el único en salvar la vida de un enjambre de enemigos, sufre en todo su cuerpo el suplicio de la cruz. ¡Oh varón victorioso en la misma cautividad!

Anaxarco, al ser apisonado en un pilón de cebada, decía: "¡Golpea, golpea el envoltorio de Anaxarco, porque a Anaxarco mismo no le mueles!" ¡Oh qué magnanimidad la de este filósofo, que bromeaba aun estando ya para expirar!

No mentaré a los que creyeron conquistarse gloria traspasándose con su propia espada o bien con algún otro género de muerte más dulce. He ahí quiénes son los que vosotros coronáis por su constancia en la lucha contra los tormentos.

Cierta ramera de Atenas, después de haber cansado a su verdugo, cortóse la lengua a dentelladas, escupiéndola a la cara misma del cruel tirano [177] para escupir con ella su voz y no verse expuesta a denunciar a los conjurados aun cuando, vencida por la tortura, hubiera querido hacerlo.

Zenón de Elea (año 448 antes de Jesucristo) [178], al preguntarle Dionisio qué podía dar de sí la filosofía, contestó: "El desprecio de la muerte", y, sometido a los azotes del tirano, selló su respuesta con su sangre hasta morir.

---

177. También un mártir egipcio escupió su propia lengua cortada, con el cuajaron de sangre, sobre la cara de la mujer provocadora que le presentaron teniéndole desnudo y atado a un mullido y perfumado lecho. Pero cambia la especie: al mártir le hace, más que la *pena, la causa;* la pena de la prostituta era la misma que la del mártir; la causa, muy distinta.

178. Zenón es el fundador de la *Stoa,* o sea, de la Escuela Estoica, que contó en su seno filósofos tan notables como el cordobés Séneca.

Sabido es que la flagelación entre los lacedemonios, agravada por la presencia y las exhortaciones de los familiares, confiere a la casa tanto mayor lustre por haber sufrido cuanto más sangre vertieron. ¡Oh gloria legítima a fuer de humana!

No se la atribuya ni a furiosa demencia ni a creencia desesperada, no obstante el desprecio del morir y de toda atrocidad. Está permitido padecer en pro de la patria, en pro del territorio, en pro del imperio, en pro de la amistad. ¡UNICAMENTE NO ES LÍCITO PADECER POR DIOS!

Y sin embargo, ¡a todos estos les fundís estatuas de bronce, les grabáis retratos, les insculpís inscripciones para eterna memoria! Dais vosotros mismos a esos muertos una especie de resurrección, naturalmente, en cuanto tales monumentos consienten hacerlo, ¡y el que de Dios espera la verdadera resurrección, si sufre por Dios, es un insensato!

DESAFIO FINAL

¡Ea! Seguid, buenos presidentes, que os hacéis mejores ante el pueblo si le inmoláis cristianos. ATORMENTADNOS, TORTURADNOS, CONDENADNOS, TRITURADNOS. Probación de la inocencia nuestra es la injusticia vuestra. Por eso sufre Dios el que suframos nosotros. Porque aun no ha mucho, al condenar a cierta cristiana al lupanar *(lenonem)* más bien que al león *(leonem),* habéis reconocido que una mácula en el pudor se reputa entre nosotros más atroz pena que todas las penas y que todas las muertes.

Pero de nada sirven cualesquiera de vuestras más refinadas crueldades; antes son un estímulo para nuestra "secta".

NOS HACEMOS MÁS NUMEROSOS CADA VEZ QUE NOS COSECHÁIS: SEMILLA ES LA SANGRE DE CRISTIANOS: *semen est sanguis christianorum.*

Muchos entre vosotros exhortan a sufrir el dolor y la muerte, como Cicerón en sus "Tusculanas", Séneca en sus "Fortuitas", Diógenes, Pirro, Galínico. Mas con sus palabras no hallan ellos tantos discípulos como con sus obras los cristianos.

Esa misma "obstinación" que en nosotros reprendéis es una lección magistral. Porque, ¿quién al contemplarlo no se siente impelido a examinar qué hay en el fondo de tal fenómeno? ¿Quién tras de examinar el caso no se acercó a nosotros y, después de acercarse, no aspiró a padecer a trueque de comprar la plenitud de la gracia divina, a fin de alcanzar el perdón total mediante el precio de su sangre?

Porque no hay culpa que con el martirio no se perdone, razón por la cual os damos al punto gracias por vuestras sentencias.Tal contradicción media entre las cosas divinas y las humanas:

CUANDO NOS CONDENÁIS VOSOTROS, DIOS NOS ABSUELVE.

INDICE ANALITICO

DIVISION GENERAL

Refutación de las acusaciones contra:

1. La vida *privada* de los cristianos *(in oculto)*.
2. La vida *pública* de los cristianos *(palam)*.

Los cristianos no son:

a) *Scelesti* (crímenes secretos). Caps. 7-8.
b) *Vani* (crimen de sacrilegio). Caps. 9-28.
c) *Damnandi* (crimen de lesa majestad, de leso Imperio, de lesa sociedad). Caps. 29-45.
d) *Invidendi* (moral y creencias cristianas). Caps. 46-50.

INTRODUCCION

Prefacio. Toma la pluma porque no se permite hablar en público a los cristianos en propia defensa (Cap. 1). Muestra después la injusticia del trato dado a los cristianos ante el tribunal del gobernador.

1. Es injusto condenar una causa antes de instruirla y odiar lo que se ignora o se afecta ignorar (Cap. 1).
2. Es injusto al par que absurdo perseguir el mero nombre de "cristiano" sin decir ni cerciorarse de lo que tal nombre pueda tener de criminal (Caps. 2-3).

ADVERTENCIA

Previene contra una objeción (Cap. 3).

Se opone contra los cristianos la autoridad de la ley, que dice: "Non licet esse vos" (Cap. 3).

Si existe una ley injusta es preciso abrogarla en obsequio de las mismas leyes. Ya los romanos han suprimido leyes por hallarlas injustas (Cap. 4).

La legislación contra los cristianos es inicua y aun absurda.

La prueba de que son absurdas es que jamás han sido llevadas a la práctica sino por emperadores malos (Cap. 5), además de que los romanos han renunciado a no pocas de sus instituciones (Cap. 6).

PRIMERA PARTE

CRIMENES SECRETOS IMPUTADOS A LOS CRISTIANOS

Se les acusa de:

1. *Infanticida.*
2. *Incesta* en sus convites.

REFUTACIÓN GENERAL (Cap. 7). Se dice esto, mas sin probarlo. Aunque rodeados de enemigos, los cristianos jamás han sido sorprendidos en flagrante delito. Es una simple habladuría.

REFUTACIÓN GENERAL.

1. Esas monstruosas acusaciones son inverosímiles: apela a la naturaleza.
2. Retuerce la acusación: quienes cometen el infanticio y el incesto son los paganos (Cap. 9). Los cristianos se abstienen de esto por su vida pura.

SEGUNDA PARTE

DOS ACTOS IMPUTADOS A LOS CRISTIANOS.

1. No adoráis a los dioses (*sacrilegi rei).*
2. No ofrecéis sacrificios por los emperadores (*majestatis rei).*

I. EL SACRILEGIO (Caps. 10-28)

A. *Deos non colitis.* No cometemos sacrilegio no adorando a vuestros dioses, por cuanto no son dioses (Cap. 10). Vuestros dioses son hombres divinizados (Cap. 10).

a) Lo prueba *históricamente* refiriéndose a Saturno, el más viejo de los dioses (Cap. 10).

b) Argumentación *lógica:*

1. ¿Quién les habría hecho dioses? Un dios supremo, sin duda (Cap. 11). Pero ese Dios supremo no tenía por qué rodearse de dioses inferiores:
    1. Pues antes que ellos gobernaba ya el universo (Cap. 11).
    2. Nada han inventado útil a los hombres (Cap. 11).

3. No han merecido por su vida llegar a ser dioses, sino castigados por sus crímenes (Cap. 10-14).

4. Muchos hombres hay que lo hubieran merecido mejor que ellos (Cap. 11).

2. Cómo se fabrican las estatuas de los dioses: no son dioses, por lo que tampoco pueden ser ofendidos (Cap. 12).
3. Cómo tratan los mismos paganos a los dioses (Caps. 13 y 14).
4. Cómo poetas y filósofos han tratado a los dioses (Cap. 14).
5. Los dioses salen mal parados del teatro y del anfiteatro (Cap.15).

B. Culto de los cristianos.

a) *Lo que no es.* Los cristianos no adoran una cabeza de asno (Cap. 16), ni una cruz, ni al sol, ni a un dios híbrido.

b) *Lo que es.*

1. El Dios único (Cap. 17) revelado por las Escrituras (Cap. 18), que son más antiguas que todos los libros paganos (Cap. 19) y cuya autoridad queda además establecida por las profecías ya cumplidas (Cap. 20).

2. Naturaleza, nacimiento, vida y milagros, Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo. Misión de los apóstoles (Cap. 21).

3. Demonología. Existencia y operaciones de los demonios. Identidad de los dioses y de los demonios (Caps. 22-23).

C. Libertad religiosa (Cap. 24).

1. Como los dioses paganos nos son dioses, los cristianos no se hacen culpables de sacrilegio rehusando adorarlos, sino que los paganos son culpables de impiedad cuando rehusan adorar al verdadero Dios.
2. Aun cuando Dios tuviera a su servicio dioses interiores, aun entonces los supremos honores corresponderían al Dios supremo.
3. Pero déjese a cada cual adorar a quien quiera: suprimir la libertad religiosa es el verdadero crimen de irreligión.
4. Esa libertad a todos se concede menos a los cristianos, a quienes se les niega el *derecho común.*

D. El argumento político. No son los dioses quienes han promovido la grandeza de Roma (Caps. 25-26).

No son los dioses forasteros (Cap. 25) ni los dioses romanos los que dan el Imperio. ¿De quién lo habrían ellos mismos recibido?

(Cap. 25). Han llegado después del apogeo del poderío romano (Cap. 25). Finalmente, los romanos no se han hecho grandes por su piedad con los dioses, sino por su impiedad (Cap. 25).

¿Quién, pues, ha dado el poder sucesivamente a todos los pueblos, finalmente a los romanos? El único verdadero Dios, de quien provienen todos los imperios (Cap. 26).

Conclusión general de los capítulos 10-26: Puesto que los dioses no existen, los cristianos no se hacen culpables de sacrilegio rehusándoles honores que no van sino a los demonios (Cap. 27).

E. Refutación de una objeción. "Sacrificad a los dioses para salvaros y pensad luego como queráis" (Caps. 27-18).
a) Eso sería una traición a nuestra fe, y es lo que el demonio quiere. Morir por nuestra fe es el triunfo más hermoso que podamos ganar contra el espíritu del mal (Cap. 27).
b) La religión es asunto de buena voluntad y no admite violencia. Nueva reivindicación de la libertad de conciencia (Cap. 28).

II. LESA MAJESTAD (Caps. 28-45)

Este crimen es mayor para los romanos que el mismo sacrilegio: para ellos la majestad imperial es más augusta que la de los dioses porque es más temible (Cap. 28).

A. Actitud de los cristianos respecto al emperador.
1. Los dioses nada pueden en pro del emperador, y no se le falta no sacrificando por él a dioses impotentes (Cap. 29).
2. Los cristianos invocan a favor del emperador al Dios verdadero, que es todopoderoso (Cap. 30): las Escrituras se lo imponen como un deber (Cap. 31).
3. Los cristianos no pueden jurar por el *genio* del emperador porque el genio es un demonio, pero pueden jurar por la salud del emperador (Cap. 32).
4. Los cristianos no pueden ver en el emperador un dios, pero le conceden el primer puesto después de Dios y respetan en él al soberano escogido por Dios (Cap. 33).
5. Los cristianos no pueden llamar al emperador ni "Señor" ni "Maestro" ni "Dios", nombres que pertenecen privativamente a Dios (Cap. 34).

B. Los cristianos ante el Estado.

1. No puede acusarse a los cristianos de ser "enemigos del Estado" por no asistir a las fiestas imperiales (Cap. 35).

a) Tales fiestas son ocasión de escándalo.

b) Para muchos son una ceremonia hipócrita, porque en medio del entusiasmo popular desean y conspiran contra el emperador.

2. Los cristianos quieren el bien del emperador como el de todos los hombres: es su deber (Cap. 36).

3. A pesar de ser numerosos, los cristianos no piensan en vengarse de las persecuciones que sufren (Cap. 37), aunque fácil les sería vengarse amotinándose o huyendo, lo que sería desastroso para el Imperio.

4. Los cristianos no perturban al Estado porque no aspiran a los honores (Cap. 38). Si se abstienen de los espectáculos es porque forman parte del culto pagano; déjeseles libertad de divertirse a su gusto.

5. La comunidad cristiana es inofensiva (Cap. 39). Admirable cuadro de la vida que llevan.

6. Los cristianos no son causa de las calamidades *públicas* (Cap. 40). Son más bien los paganos quienes las provocan despreciando al verdadero Dios. ¿Por qué razón esas calamidades azotan a cristianos como a paganos? (Cap. 41).

7. Los cristianos no son *miembros inútiles* de la sociedad.

a) Ocúpanse de los negocios humanos en cuanto no contrarían a la religión y a la moral (Cap. 42).

b) No son inútiles sino para quienes trafican con el crimen y la infamia (Cap. 43).

c) No hay cristianos en las prisiones (Cap. 44).

d) Los cristianos son los únicos que se abstienen del mal. ¿Por qué? (Cap. 45).

Conclusión. "Ergo nos soli innocentes". Los llamados "enemigos públicos" son en realidad los mejores ciudadanos, los súbditos más fieles del emperador.

III. Las creencias de los cristianos (Caps. 45-50)

Transición. Después de exponer y defender *totum statum nostrum* en la parte dogmática fundida en la tesis jurídica, Tertuliano ha queri-

do demostrar cómo el cristianismo es también *veritas nostra*, la verdad (Cap. 46. 2).

En esta tercera parte hace ciertos esclarecimientos sobre:

A. El cristianismo y la filosofía (Caps. 46-47).

1. El cristianismo no es una de tantas filosofías: es un asunto divino (Cap. 46).

La doctrina de los cristianos y la de los filósofos:

a) Se trata a los filósofos de otro modo que a los cristianos. ¿Por qué? (Cap. 46).

b) Sólo los cristianos, y aun los más modestos entre ellos, conocen la verdad completa. Ejemplos (Cap. 46).

c) Paralelo moral (Cap. 46).

d) Respuesta a una objeción (Cap. 46).

2. Las verdades conocidas de los filósofos y de los poetas se han tomado de la Escritura, a ellos anterior, y que frecuentemente han desfigurado (Cap. 47).

Los herejes han desfigurado asimismo el Antiguo Testamento, mezclando a la verdad las teorías de los filósofos (Cap. 47).

Los demonios han inspirado a poetas y a filósofos fábulas semejantes a los dogmas cristianos para impedir se crea en ellos. Ejemplos (Cap. 47).

B. La resurrección de los cuerpos y la vida futura.

Pruebas de esta creencia (Cap. 48).

Es *saludable* porque vuelve mejores a los hombres y, por tanto, no es *absurda*. En todo caso es *inofensiva*, resultando injusto el perseguirla (Cap. 49.

C. El martirio cristiano (Cap. 50).

El martirio es la victoria, porque conduce al término final (Cap. 50).

Heroísmo de los mártires cristianos: mueren por Dios, como tantos héroes paganos han muerto por la patria; de ahí su valor y no de la desesperación o del fanatismo (Cap. 50).

Doble efecto del martirio:

a) Produce conversiones (Cap. 50).

b) Merece al cristiano el perdón y la gracia de Dios, razón por la cual los mártires dan gracias a los jueces (Cap. 50).